
Una cena perfecta
REBECCA SERLE
13

En algún momento de la vida, alguien nos preguntará quiénes son las cinco personas más importantes de nuestra vida.

O quizás, como le pasó a Sabrina, tu mejor amiga te haga escribir en un papel con qué cinco personas te gustaría cenar dentro de muchos años, cuando cumplas treinta, por ejemplo. ¿Por qué escogemos a ciertas personas y no a otras? ¿Y qué ocurriría si finalmente esa velada tuviera lugar?

Cuando Sabrina llega a la celebración de su treinta cumpleaños, descubre que no va a cenar solo con su mejor amiga, sino también con tres personas muy importantes de su pasado y, además, con Audrey Hepburn. Son los cinco nombres que, muchos años atrás, Sabrina escribió en aquella nota.

Deliciosa sin caer en la indulgencia, dulce, pero con una pequeña dosis de sabor amargo, Una cena perfecta es un maravilloso melodrama que, sin duda, abrirá el apetito de los lectores. Buen provecho.

Rebecca Serle

Una cena perfecta



Título original: *The Dinner List*
Rebecca Serle, 2018
Traducción: Paula Vicens, 2019

-

Revisión: 1.0
26/08/2021

Para mi abuela, Sylvia Pesin,
que me enseñó que, lo primero, nena,
es quererte a ti misma.

Y para su Sam: la primera persona de mi lista.

¿Cuántas millas hasta Babilonia?
Tres veintenas más diez[1]*…*
¿Puedo llegar
a la luz de las velas?
Sí, y volver…
Si tienes los pies veloces y ligeros
puedes llegar
a la luz de las velas.

Canción infantil tradicional

Las estrellas que ves de noche
son ojos imperturbables de elefantes
que duermen con un ojo abierto
para vigilamos mejor.

GREGORY COLBERT,
Cenizas y nieve

19.30

—Llevamos una hora esperando.

Es lo que dice Audrey, con cierto retintín.

Lo primero que pienso no es que «Audrey Hepburn ha venido a mi cena de cumpleaños», sino que «Audrey Hepburn está molesta».

Lleva el pelo más largo que en la imagen mental que me había hecho de ella. Viste un traje pantalón, al parecer, pero como la mesa le oculta las piernas no podría asegurarlo. La blusa es negra, con el cuello color crema y tres botones redondos en la pechera. Hay un cárdigan colgado del respaldo de la silla.

Retrocedo un paso y los miro a todos. Están sentados a una mesa redonda situada en el centro del restaurante. Audrey mirando hacia la puerta, con el profesor Conrad a su derecha y Robert a su izquierda. Tobias está al otro lado de Robert, y entre él y Jessica queda el asiento libre que me corresponde.

—Hemos empezado sin ti, Sabrina —dice Conrad, alzando la copa. Toma vino tinto, como Jessica. Audrey, un escocés sin hielo; Tobias, cerveza; Robert, nada.

—¿Te sientas? —me pregunta Tobias con la voz un poco ronca. Seguramente sigue fumando.

—No lo sé —respondo.

Me sorprende ser capaz de articular palabra, porque esto es de locos. A lo mejor estoy soñando. A lo mejor es una especie de trastorno mental. Aprieto los párpados. Quizá cuando abra los ojos la única que habrá sentada a la mesa será Jessica, tal como yo esperaba. Me dan ganas de salir corriendo por la puerta o de ir al

baño y echarme agua en la cara para saber si están o no realmente presentes o si estamos realmente todos juntos aquí.

—Por favor —dice con un dejo de desesperación.

«Por favor». Fue lo que dijo antes de irse. «Por favor». Eso no supuso ninguna diferencia entonces.

Pienso en ello porque no sé qué hacer, porque Conrad se sirve Merlot de la botella y porque no puedo hacer otra cosa que quedarme aquí de pie.

—Me estoy asustando —confieso—. ¿Qué está pasando aquí?

—Es tu cumpleaños —responde Audrey.

—Me encanta este restaurante —añade Conrad—. Sigue igualito que hace veinticinco años.

—Sabías que yo vendría —me dice Jessica—. Solo hemos hecho hueco para unos cuantos más.

Me pregunto qué habrá dicho cuando ha llegado. Si se ha llevado una sorpresa o se ha sentido encantada.

—Podríamos hablar, a lo mejor —dice Robert.

Tobias no dice nada. Ese ha sido siempre nuestro problema. Está más que dispuesto a dejar que el silencio hable por él. La frustración que siento teniéndolo cerca supera mi incredulidad por la situación. Me siento.

A nuestro alrededor el restaurante bulle de actividad. A los comensales no los afecta lo que está pasando. Un padre trata de calmar a un niño pequeño; un camarero llena copas de vino. El restaurante es pequeño, puede que haya doce mesas en total. Al lado de la puerta, macetas de hortensias rojas y una ristra de luces festivas suaves en la parte superior de la pared, pegadas al techo. Al fin y al cabo es diciembre.

—Necesito una copa —aseguro.

El profesor Conrad junta las manos de una palmada. Recuerdo que solía hacer eso antes de salir de clase o de pedir un trabajo importante. Es su manera de anticipar la acción.

—He venido de California para este dichoso evento, así que lo menos que podrías hacer es contarme qué haces ahora. Ni siquiera sé en qué te especializaste al final.

—¿Quieres que te ponga al corriente de mi vida? —le pregunto.

A mi lado, Jessica pone los ojos en blanco.

—Medios de comunicación —responde.

El profesor Conrad se lleva una mano al pecho con fingida consternación.

—Soy editora —le espeto, un poco a la defensiva—. Jessica, ¿qué pasa aquí?

Ella niega con la cabeza.

—Es tu cena.

Mi lista. Lo sabe, claro. Estaba conmigo cuando la hice. Se le ocurrió a ella. De las cinco personas, vivas o muertas, con las que te gustaría cenar.

—¿Esto no te parece una locura? —le pregunto.

Toma un sorbo de vino.

—Un poco. Pero cosas raras pasan todos los días. ¿No te lo digo siempre?

Cuando vivíamos juntas en aquel apartamento atestado de la calle Veintiuno ponía citas inspiradoras por todas partes. En el espejo del baño. En el mueble de Ikea para el televisor. Justo al lado de la puerta. «Preocuparse es desear lo que no quieres. El hombre propone y Dios dispone».

—¿Estamos todos? —inquiere Robert.

—Espero que sí —dice Audrey, haciendo un gesto displicente con la mano.

Tomo un sorbo de vino y respiro hondo.

—Sí —respondo—. Estamos todos.

Me miran los cinco. Parecen expectantes, confiados. Como si yo fuera a decirles por qué están aquí.

Sin embargo, no puedo. Todavía no, en cualquier caso. Así que lo que hago es abrir el menú.

—¿Por qué no pedimos? —sugiero.

Y eso hacemos.

UNO

La primera vez que vi a Tobías fue en una exposición de arte en el muelle de Santa Mónica. Cuatro años más tarde nos presentamos formalmente en el metro que se había quedado parado bajo la calle Catorce, nuestra primera cita fue cruzando el puente de Brooklyn. Nuestra historia duró exactamente una década hasta el día que terminó. Pero, como suele decirse, es más fácil ver el comienzo de las cosas que el final.

Yo iba a la universidad. Cursaba segundo. Asistía a la clase de filosofía de Conrad. El curso incluía una excursión semanal que iban organizando por turnos los estudiantes. Uno nos llevó al cartel de Hollywood; otro, a una casa abandonada en Mulholland diseñada por un famoso arquitecto del que yo nunca había oído hablar. No sé bien cuál era el propósito de aquello, únicamente que a Conrad, como él mismo admitía, le gustaba salir del aula. «No es aquí donde se aprende», solía decir.

Para mi excursión elegí la exposición «Cenizas y nieve». Había oído hablar de ella a unos amigos que la habían visto el fin de semana anterior. En dos tiendas enormes levantadas en la playa, junto al muelle de Santa Mónica, el artista Gregory Colbert exponía su trabajo: hermosas fotografías de gran tamaño de seres humanos viviendo en harmonía con la naturaleza salvaje. Una valla publicitaria enorme había estado en Sunset Boulevard durante todo 2006: de un niño leyéndole a un elefante arrodillado.

Faltaba una semana para Acción de Gracias. Al día siguiente me iba en avión a Filadelfia para pasar la fiesta con unos parientes

lejanos de mi madre, que estaba considerando mudarse de nuevo al Este, de donde procedía. Llevaba con ella en California desde los seis años. Desde justo después de que mi padre se fuera.

Estaba nerviosa. Recuerdo que me maldije por haberme apuntado para organizar aquello teniendo tantas otras cosas entre manos. Estaba peleada con Anthony, mi intermitente novio y estudiante de comercio, que raramente salía de los confines de su fraternidad excepto para las fiestas «alrededor del mundo», en las que el único viaje era para ir al baño después de haber mezclado demasiadas clases de alcohol. No era una verdadera relación. Consistía más que nada en mensajes de texto y noches de borrachera a los que de algún modo habíamos conseguido infundir un sentido de pertenencia. En realidad esperábamos nuestro momento. Él era dos años mayor, un estudiante de último curso con un empleo en finanzas en Nueva York reservado para él. Yo creía vagamente que algún día pasaríamos de ese fingimiento a jugar a las casitas, aunque por supuesto nunca lo hicimos.

«Cenizas y nieve» era algo asombroso. Un espacio espectacular pero sereno al mismo tiempo: como practicar yoga al borde mismo de un acantilado.

Nuestro grupo se disgregó enseguida, hipnotizado por aquella grandiosidad. Un niño besando un león, un pequeño durmiendo con un lince, un hombre nadando con ballenas. Y entonces lo vi a él. Estaba de pie frente a una fotografía que recuerdo únicamente como un tirón en el corazón tan fuerte que tuve que retroceder un paso. Era la foto de un niño de corta edad, con los ojos cerrados y unas alas de águila extendidas a su espalda.

Me quedé sobrecogida al instante. Por las fotografías, por aquella imagen en concreto y por ese chico. El que estaba delante de la foto. Pelo castaño greñudo, vaqueros de cintura baja, dos camisetas de color terroso superpuestas. Al principio no le vi los ojos. Todavía no sabía que eran de un verde abrasador, como joyas, tan penetrantes que te atravesaban.

Me situé a su lado. No nos miramos. Estuvimos así varios minutos, cinco o incluso más. No sé bien lo que miraba, si a él o al

niño. Sin embargo, noté una corriente eléctrica entre nosotros; la arena se movía a nuestro alrededor como si también estuviera cargada de electricidad. Todo convergía. Por un momento, hermoso, exquisito, no hubo separación.

—Ya he venido cuatro veces —me dijo, sin dejar de mirar al frente—. No quisiera irme nunca de aquí.

—Qué guapo es —contesté.

—Toda la exposición es increíble.

—¿Vas a la universidad?

—Ajá —repuso, y me miró—. A la UCLA.

—Yo a la USC. —Me palmeé el pecho.

Si hubiera sido otra clase de chico, pongamos que Anthony, habría hecho una mueca. Me habría hablado de nuestra rivalidad. Pero ni siquiera estoy segura de que estuviera al tanto del ritual en el que supuestamente estábamos metidos: Troyanos *versus* Osos[2].

—¿Qué estudias? —le pregunté.

Señaló la obra expuesta.

—Soy fotógrafo.

—¿Qué clase de fotógrafo?

—No estoy seguro todavía. Ahora mismo mi especialidad es ser moderadamente malo en todo. —Se rio.

Yo también me reí.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Miré de nuevo la fotografía—. Simplemente lo dudo.

Se nos acercó un grupo de adolescentes que le echaron el ojo. Cuando las miré se marcharon entre risitas. No podía culparlas: era despampanante.

—¿Y tú qué? —me preguntó—. A ver si lo adivino. Actriz.

—Ja. Ni de lejos. Medios y comunicación —le dije.

—Me he acercado bastante. —Me apuntó con el índice y tuve ganas de agarrárselo—. De todos modos, es un buen talento. «Lo más importante para la comunicación es oír lo que no se dice». —Eso decía mi madre.

Entonces se volvió y me miró a los ojos. No sé describirlo de otro modo: fue como la llave en la cerradura. Abrió la puerta de par en par.

Se levantó viento y se me alborotó el pelo. Entonces lo llevaba más largo, mucho más que ahora. Intenté sujetármelo, pero era como tratar de cazar una mariposa. No se dejaba.

—Pareces una leona —comentó—. Ojalá tuviera la cámara.

—Lo llevo demasiado largo —dije. Me había ruborizado. Esperaba que el pelo me tapara el rubor.

Se limitó a sonreírme.

—Tengo que irme —dijo—, aunque ahora no quiera.

Vi a Conrad detrás de él, con cuatro de nuestro grupo, pontificando cerca de la foto de una jirafa que parecía casi de tamaño natural. Conrad me saludó con la mano.

—Yo también. Quiero decir… Yo tampoco.

Quería añadir algo más o que lo hiciera él. Me quedé inmóvil, esperando a que me pidiera el teléfono, cualquier dato sobre mí, pero no lo hizo. Me saludó brevemente, se alejó hacia Conrad y salió de la tienda. Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Jessica estaba en casa cuando volví a nuestro dormitorio. Éramos las dos únicas estudiantes de segundo de todo el campus de la USC que seguíamos en la residencia de estudiantes. Era más barato y ninguna de las dos podía permitirse mudarse. No teníamos dinero del condado de Orange o de Hollywood como muchos de nuestros compañeros de estudios.

Por aquel entonces, Jessica llevaba una larga melena castaña y gafas grandes, y se ponía vestidos largos y sueltos casi todos los días, incluso en invierno. Aunque el invierno más frío había sido en los años cincuenta.

—¿Qué tal la exposición? ¿Quieres que esta noche vayamos a Pi Kapp? Sumir ha dicho que están organizando una fiesta temática en la playa, pero no tenemos que vestirnos.

Tiré el bolso y me derrumbé en la butaca de la salita. No cabía un sofá. Jessica estaba en el suelo.

—Puede —contesté.

—Llama a Anthony. —Se levantó para apagar el hervidor de agua, que estaba silbando.

—Me parece que no quiero volver a estar con él —dije.

La oí servir agua en una taza y abrir la bolsita de té.

—A qué te refieres cuando dices que «te parece».

Pellizqué el dobladillo de los vaqueros cortos.

—Hoy en la exposición había un chico.

Jessica volvió con una taza humeante y me la ofreció. Negué con la cabeza.

—Cuéntame —me pidió—. ¿De la clase?

—No, estaba ahí por su cuenta.

—¿A qué se dedica?

—Es fotógrafo. Va a la UCLA.

Jessica sopló para enfriar el té y volvió a sentarse en el suelo.

—¿Y vais a veros?

—No. No sé ni cómo se llama.

Jessica frunció el ceño. Había tenido un solo novio, Sumir Bedi, el hombre que al cabo de unos años se convertiría en su marido. Su relación no me parecía demasiado romántica; sigue sin parecérmelo. Los dos estaban en el mismo alojamiento para alumnos de primer curso. Él la invitó a su fraternidad, ella aceptó y empezaron a salir. Al cabo de un año se acostaron. Para ambos fue la primera vez. Ella no le hablaba y se ponía sentimental, pero rara vez discutían. A mí me parecía que eso era porque ninguno de los dos bebía mucho. Ella era una romántica, sin embargo, y se implicaba mucho en mi vida sentimental. Quería saber todos los detalles. A veces me daba cuenta de que embellecía las cosas para darle materia de escucha.

—Simplemente, creo que ya no quiero volver a estar con Anthony. —¿Cómo explicar lo que me había pasado? Que en un instante le había entregado el corazón a un desconocido al que tal vez no volviera a ver.

Dejó la taza en la mesita.

—Vale —dijo—. Tenemos que encontrar a ese tío.

El corazón se me hinchó de cariño por ella. Así era Jessica: no le hacía falta un cómo, solo un por qué.

—Estás como una cabra —le dije. Me levanté a mirar por nuestra ventana de la vigésima planta. Los estudiantes iban y venían por el campus como soldaditos en una misión. Desde allí arriba todo parecía muy organizado y con una clara intención—. Ni siquiera es de la USC. Es imposible.

—Ten un poco de fe. Me parece que tu problema es que no crees en el destino.

Jessica pertenecía a una familia conservadora de Michigan. Iba a contemplar su lenta evolución de cristiana del Medio Oeste a *hippie* liberal convencida y, luego, al cabo de muchos años, dar un brusco giro hacia la derecha conservadora de la Costa Este.

Hacía una semana que había llegado a casa con un montón de revistas, papel y lápices de colores.

—Vamos a hacer carteles de deseos —anunció.

Eché un vistazo al material y volví a mi libro.

—No, gracias.

Jessica había hecho un cursillo de espiritualidad (algo así como un remedo de «Libera el poder que hay en ti», Tony Robbins) impartido por una mujer que se había bautizado a sí misma con un nombre hindú.

—No has hecho ni un solo ejercicio conmigo —me dijo, dejándose caer en un almohadón del suelo.

Me la quedé mirando.

—¿No tienes nada que proponerme un poco menos cursi?

Se le iluminó la mirada.

—Swani nos ha dicho que hagamos una lista de las cinco personas, vivas o muertas, con las que nos gustaría cenar. —Rebuscó en la bolsa de material y sacó un taco de pósits—. No es cursi.

—Si eso te hace feliz… —Cerré el libro con resignación.

—Durante más o menos una hora —dijo, pero le hacían chiribitas los ojos.

Yo nunca me avenía a cosas así, a pesar de que ella no dejaba de pedírmelo.

Se puso a hablar por los codos. Del ejercicio, del sentido que tenía, de que la cena de ficción era como un reconocimiento de las

partes de ti misma con las que necesitabas hacer las paces, blablablá. En realidad, no la estaba escuchando; me puse a hacer un borrador.

La primera de la lista fue fácil, porque tenía diecinueve años: Audrey Hepburn. Platón, porque había leído *La República* cuatro veces desde el bachillerato y me tenía cautivada…, y porque el profesor Conrad solía hablar de su contribución a la filosofía. Escribí «Robert», sin pensar. En cuanto me di cuenta de lo que había escrito quise tacharlo, pero no lo hice. Seguía siendo mi padre, a pesar de que apenas me acordaba de él.

Dos más.

Adoraba a mi abuela materna. Se llamaba Sylvia y había muerto el año anterior. La echaba de menos. Escribí su nombre. No se me ocurría el quinto.

Miré a Jessica, que redactaba su lista cuidadosamente en una hoja enorme de papel vegetal usando rotuladores dorado y rojo.

Le tendí mi nota. La leyó, asintió y me la devolvió. Me la guardé en el bolsillo y volví a concentrarme en el libro. Se había aplacado, por lo visto.

Pero esta vez, con Tobías, no se había aplacado.

—Creo en el destino —le dije. No había creído hasta entonces, pero ahora creía en él. No era fácil explicar que las grandes ideas sobre la vida y el amor se habían consolidado en mí en los diez minutos que había estado de pie junto a él—. No debería haber dicho nada. Ha sido una estupidez. Solo ha sido un instante.

Pero era Un instante que me sabía a poco, así que nos fuimos a buscarlo.

No dimos con él en internet (buscar «ojos verdes» y «UCLA» en Facebook no nos dio muy buen resultado, y algo me decía que no era de los que tienen un perfil), así que fuimos al campus de la UCLA en el Toyota Corolla de Sumir, que no iba a más de sesenta por la autopista.

—¿Qué vas a hacer cuando lleguemos? —le pregunté a Jessica —. ¿Ponerte a gritar: «¡Eh, el del pelo castaño!»?

—Tranquila. Yo no grito.

Estacionó en Westwood y fuimos a pie hacia el norte del

campus, donde están los adosados y los apartamentos de estudiantes. Ocupan tres calles paralelas que desembocan en Sunset cuesta abajo, y cuesta arriba, en las colinas impecables de Bel Air. Yo iba detrás, agradecida de que fuera un día soleado, de que hubiera mucha gente alrededor y pasáramos desapercibidas.

—Está mal reconocerlo —comenté—, pero la UCLA es mucho más bonita que la USC.

—Nada más que por la ubicación —repuso.

Se paró delante de un tablón de anuncios de la fachada del edificio de la biblioteca, quizá. No estaba segura.

—Ajá —dijo—. Como esperaba.

Eché un vistazo más de cerca. Era un tablón de los clubes. El club gastronómico, el club de poesía. Seguí el índice de Jessica, con el que daba golpecitos en un pasquín amarillo.

—«Club de fotografía» —leí.

Jessica me sonrió de oreja a oreja.

—De nada.

—Estoy impresionada. Pero esto no significa nada. Seguramente no es del club. No me dio la impresión de ser un chico de club. Además, ¿qué vamos a hacer? ¿Presentarnos de sopetón en su reunión?

Jessica puso los ojos en blanco.

—Por encantadora que me parezca tu negatividad, tienen una jornada de puertas abiertas el martes que viene, así que basta con que asistas.

Negué con la cabeza.

—Si está, le pareceré una loca.

—O viviréis felices para siempre.

—Es verdad —convine—. Una cosa o la otra. —Sin embargo, me invadió la emoción. ¿Y si volvía a verlo? ¿Qué le diría?

En ese momento me protestó el estómago.

—¿Quieres que vayamos a un In-N-Out? —me sugirió Jessica.

—Genial.

Fuimos paseando hasta el Corolla, pero no antes de que arrancara el pasquín y me lo guardara en el bolsillo.

—No he visto nada —dijo Jessica, cogiéndome del brazo.

Cuando llegamos a casa saqué el pósit y añadí el quinto nombre: «Él».

19.45

—¿A nadie más le gusta la carpa? —pregunta Conrad. Todavía no hemos pedido porque no nos ponemos de acuerdo en qué pedir. Conrad está empeñado en compartir, Robert quiere que cada cual pida por su cuenta, a Audrey no le gusta el menú y Jessica y Tobias ya se han zampado dos cestas de pan. Me fastidia que Tobias tenga siquiera apetito.

—Todavía estoy dando el pecho —comenta Jessica a nadie en particular—. Necesito los carbohidratos.

El camarero se acerca por segunda vez.

—Yo tomaré ensalada de escarola y el *risotto* —suelto sin esperar más, y miro de reojo a Conrad, que asiente.

—Yo los escalopes —dice— y un afrodisíaco de esos.

El camarero se queda desconcertado. Abre la boca y la vuelve a cerrar.

Audrey aporta su aclaración:

—Ostras. Yo tomaré lo mismo, con la ensalada de escarola.

El profesor Conrad le da un codazo.

—Audrey, no me lo puedo creer —comenta.

No cuela. Audrey sigue molesta.

Me impresiona que todos pidan. Pasta y sopa para Jessica, filete con ensalada para Robert. Realmente no había pensado en esto. Cuando elegí a estas cinco personas para mi lista fue por mí, por mis asuntos con cada una y mi confuso deseo de estar con ellas. No se me pasó por la cabeza si se llevarían bien entre sí.

Miro de reojo a Tobias. Sé lo que va a pedir. Lo he sabido en

cuanto ha abierto el menú. Hago eso a veces, ahora, cuando voy a un restaurante. Leo el menú y escojo lo que él querría. Sé que pedirá hamburguesa con patatas y extra de mostaza. Y la ensalada de remolacha. Le encanta la remolacha. Fue vegetariano una temporada, pero no cuajó.

—Jamón y escalopes —dice.

Me vuelvo hacia él. Se encoge de hombros.

—La hamburguesa también tiene buena pinta, pero he comido mucho pan.

Antes Tobias se preocupaba mucho por su salud. A veces me parecía que tenía la manía de estar delgado, a lo mejor porque le hacía parecer un artista hambriento, quizá. No hacía ejercicio, no corría, pero a veces se saltaba las comidas o venía a casa con un exprimidor nuevo y decía que no iba a tomar platos preparados nunca más. Era un excelente cocinero. El jamón. Debería haberlo supuesto.

El camarero nos sirve y Audrey se inclina hacia delante. Por primera vez veo que tiene unas leves patas de gallo. Tendrá casi cincuenta años.

—Tengo unos cuantos temas de conversación —me dice, con esa voz suave y susurrante que tan bien conocemos todos. Es delicada, dolorosamente femenina. Siento una punzada de remordimiento por tenerla compartiendo mesa con nosotros. No debería estar aquí. Esto no merece que le dedique tiempo.

—No necesitamos varios temas de conversación —asegura Conrad, menospreciando la propuesta—. Lo único que nos hace falta es vino y un único tema.

—¿Un tema? —Robert lo mira por encima del borde de la copa de agua. Es un hombrecito bajo. Incluso sentado se nota. Mi madre era cinco centímetros más alta. Siempre había pensado que me parecía a los dos por lo que veía en las fotos antiguas, pero ahora que lo tengo delante sé que me parezco solo a él.

Tenemos los mismos ojos verdes, la misma nariz larga, la misma sonrisa torcida y el pelo rizado cobrizo. No fue a la universidad. Nadie de su familia fue a la universidad. A los diecinueve años tuvo

tuberculosis y se pasó un año y medio hospitalizado. Confinado en solitario. Incluso su madre tenía que verlo a través de un cristal cuando lo visitaba.

Mi madre me lo contó años después. Años después de que él se hubiera ido y después incluso de su muerte, cuando ya no podía preguntarle nada directamente. Nunca he sabido si se suponía que esto lo humanizaba o hacía que pareciera más opaco, más abstracto, más… intocable. Tampoco he sabido nunca si ella seguía amándolo. Sigo sin saberlo.

—¡Un tema! —exclama Conrad—. Vamos a elegirlo.

—Los servicios globales —propone Audrey.

Conrad asiente. Saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo de la camisa. Siempre llevaba una libreta en el bolsillo, por si le venía la inspiración. Solía sacarla de vez en cuando en clase para hacer anotaciones.

—¡Te toca, Julie!

Jessica lo mira con un trozo de *baguette* en la boca.

—Me llamo Jessica.

—Claro, Jessica.

—La familia —dice con un suspiro—, aunque no creo que sea buen momento.

—La responsabilidad —propone Robert.

Trato sin éxito de aguantar la risa. La responsabilidad. ¡Qué gracia!

Le toca a Tobias. Se retrepa en la silla y cruza las manos detrás de la nuca.

—El amor —dice.

Lo dice con tanta sencillez, con tanta naturalidad. Porque es evidente. Es la única respuesta posible a la pregunta de Conrad.

Pero no lo es, claro, porque si lo fuera no me haría falta que él estuviera en esta cena. Si eso fuera cierto, habríamos seguido juntos.

Carraspeo.

—La historia —digo, como para contrarrestar.

Conrad asiente. Audrey toma un sorbo, Jessica se opone.

—Ya hemos pasado por esto —dice, mirándonos fijamente a mí

y a Tobias—. No podéis seguir viviendo en el pasado.

«Dios proveerá».

—Hay veces que es imposible seguir adelante sin antes haber entendido lo sucedido. —Es una aportación de Conrad.

—¿Qué pasó? —pregunta Audrey.

No levanto los ojos de la mesa, pero noto los de Tobias mirándome. Ojalá estuviera sentado donde está Conrad. Ojalá no oliera su aroma, denso y estimulante, ni estuvieran sus pies debajo de la mesa, tan cerca que si quisiera podría tenerlos entre los míos.

—De todo —digo por fin—. Pasó de todo.

—Bien —tercia Conrad—. Empecemos por ahí.

DOS

El martes, después de nuestra investigación en la UCLA, estaba en el despacho del profesor Conrad tratando de convencerlo para que me subiera a C+ la nota de un examen escrito que me había salido fatal. Su asignatura me iba de pena. No llegaba. Tampoco es que me estuviera esforzando mucho. Lo cierto es que no me había preocupado por las notas. No tenía ninguna razón para no hacerlo, aparte del hecho de que estaba cansada de la facultad, de los trabajos, las conferencias y los exámenes. Quería dejarlo. Y el drama con Anthony no contribuía a mejorar las cosas.

—A lo mejor te has equivocado de carrera —me había dicho Jessica.

Era demasiado tarde para cambiar, sin embargo. Hacerlo habría implicado seguir tres cursos más, lo cual era inviable en todos los aspectos, incluido el económico.

—Te has hecho a la idea de que los resultados son irrelevantes —dijo Conrad—. En mi asignatura no lo son, por lo que a mí respecta.

—Por favor… —Estaba a punto de llorar—. ¿Puedo subir nota de algún modo?

Conrad negó con la cabeza.

—En mi asignatura no.

—No puedo sacar una D.

—Sí que puedes. De hecho, la has sacado.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Lo siento —murmuré.

Conrad me puso una mano en el hombro de un modo que me pareció paternal. No estaba acostumbrada a eso.

—En el próximo examen puedes hacerlo mejor y subir la media —me dijo—. No es la nota final.

Recogí mis cosas y salí del despacho, enojada, cabreada. Miré la hora. Si me iba inmediatamente llegaría al campus de la UCLA a las siete. El papel arrugado que llevaba en el fondo del bolso decía que la jornada de puertas abiertas del club de fotografía no empezaba hasta las siete.

Llamé a Jessica.

—Tengo que estudiar —me dijo—, pero Sumir está en clase y tengo las llaves de su coche esperándote.

—Nos vemos abajo.

Había tráfico en la 405. Puse la radio. Entre el 98.7 del dial y la NPR daban un programa especial sobre los protocolos de la NASA. Entrevistaban a alguien que acababa de volver de dar un paseo por el espacio.

«Lo que más me ha impactado ha sido que algunos tenemos una capacidad de medir el universo realmente finita. ¿Cómo podemos llegar a comprender el final del fin?».

Volví a poner a Britney Spears.

Según el pasquín, la presentación sería en el teatro Billy Wilder. Cuando llegué a la UCLA le pedí indicaciones a un guardia de seguridad y, después de equivocarme unas cuantas veces al girar, encontré un aparcamiento. Mi reloj marcaba las 18.57. Justo a tiempo.

El corazón se me aceleró en cuanto puse un pie en la acera y mientras subía los escalones del teatro. ¿Y si estaba? ¿Qué le diría? ¿Cómo justificaría mi presencia allí? Me haría la sorprendida. «Un amigo me dijo que viniera». Eso no era del todo mentira. Tal vez ni siquiera me reconociera.

Saqué un pintalabios del bolso. Me retoqué, inspiré profundamente y empujé la puerta.

La exposición estaba instalada en el escenario. Las fotografías ocupaban diversos paneles y había gente en los pasillos con vasos de

plástico llenos de vino tinto.

Me acerqué al escenario. De momento, ni rastro de él.

—¿Eres una de las artistas? —me preguntó una chica con una larga trenza. Llevaba unos vaqueros acampanados y una blusa de crepé holgada de Forever 21. Lo supe porque Jessica se había probado la misma en el Beverly Center el fin de semana anterior.

—No —le contesté—. Solo he venido a mirar.

Asintió en silencio y tomó un sorbo de vino.

—¿Y tú?

—Mi obra está ahí arriba. —Indicó el panel situado al fondo a la izquierda del escenario. Vi color. Un montón.

—¿Te importa si le echo un vistazo?

—Siempre y cuando no me pidas que te acompañe. Mi obra es más efectiva si no la explico.

La dejé para subir al escenario. Una mirada alrededor. No estaba. Tampoco estaba en ningún pasillo. No había mucha gente, puede que treinta personas en total. Pensé en irme, pero mi nueva amiga no me quitaba ojo, así que decidí acercarme a su obra.

Mientras lo hacía, algo me llamó la atención. Era la foto de un hombre. De alguna tribu. Puede que de Marruecos. De cintura para arriba, fumando un puro, soltando el humo. Tenía los ojos grises muy abiertos y las arrugas de la cara como marcas de tiza en una pizarra.

Supe que era suya. No sé por qué, pero lo supe.

—Perdona —le dije a un chico con vaqueros y gorra de béisbol que estaba de pie delante del panel contiguo—, ¿de quién es esta foto?

Se encogió de hombros y me indicó la placa de más abajo. «Tobias Saltman», ponía junto a la foto del chico de «Cenizas y nieve». Yo estaba en lo cierto.

Noté que la sangre se me agolpaba en el cuello.

—¿Está aquí?

Me miró de reojo.

—No creo.

—¿Y alguien que lo conozca?

Miró hacia los pasillos y me indicó con la cabeza la chica con la que acababa de hablar.

—Pregúntale a su novia.

Sofoco. Eso sentí. Vergüenza y bochorno. Por supuesto que tenía novia. Era algo evidente y una estupidez haber pensado que no la tenía. Quería irme, ya.

Sin embargo, vi una cifra al lado de la foto del hombre. Setenta y cinco dólares. Estaba en venta.

No tenía setenta y cinco dólares. En la cuenta bancaria me quedaban solo cuarenta y nueve y puede que tuviera doscientos ahorrados. Fuera como fuese, tenía que comprarla. Ya era mía.

Rebusqué en el bolso. Fue un golpe de suerte que ese día llevara encima el talonario de cheques.

—¿Cómo compro una foto? —le pregunté a una chica que estaba junto a una composición fotográfica de girasoles—. ¿Puedo pagar con un cheque?

—Jenkins te ayudará. —Me indicó una joven con vaqueros, un top de brocado y el pelo muy corto que, apoyada en la pared del fondo, hablaba gesticulando mucho con las manos.

Me acerqué a ella.

—Quiero comprar esa foto —le dije, señalando la obra de Tobias.

Se apartó de la pared.

—Pues claro. Su obra es una pasada, ¿eh?

Asentí.

—Creo que es la primera que vende. ¡Qué pena que no esté aquí!

Extendí el cheque, decidida a ingresar suficiente dinero en la cuenta para que no lo rechazaran, y ella me envolvió la foto con papel de estraza y cordel. No tenía celo.

—¡Mierda! —se quejó—. Se me ha olvidado comprarlo. Es nuestra primera venta.

Saludé con la mano a la novia de Tobias al marcharme. Me sonrió. Tenía las paletas separadas. Mi aprecio por él creció incluso más.

Puse la foto en el asiento del acompañante mientras conducía de vuelta a casa. Cuando llegué al piso, Jessica había salido. Sabía que no lo colgaría. Después, cuando me lo preguntó, le dije que Tobias no había aparecido, que no debía ser del club.

—Al menos lo has intentado —dijo ella.

Dos años tuve la foto envuelta en papel marrón debajo de la cama. A veces, de noche, la sacaba del envoltorio y la sostenía como si fuera un objeto robado.

19.52

—La historia —dice Conrad, dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa.

—Una elección interesante.

—Yo era profesor de historia —añade Robert.

—¿En serio? —digo.

Robert mira fijamente el vaso de agua.

—Lo fui durante diez años.

Conrad da una palmada.

—Estupendo —exclama—. Vamos allá. Ayúdanos a empezar.

—Tendríamos que acotar el tema —dice Audrey—. ¿De qué época? ¿De América? ¿De Europa? Es demasiado amplio.

—Personal —replica Tobias a mi lado. Me parece lo primero que ha dicho desde que nos hemos sentado, aunque sé que no lo es; ya hemos hablado del jamón y luego ha salido el tema del amor.

Cierro los ojos. Los abro. Paso a paso.

—¿Dónde? —le pregunto a Robert.

—En Sherman Oaks.

—En California.

Asiente en silencio.

—Mi mujer…

—No —lo interrumpo. No quiero oír hablar de su mujer, ni de sus hijos, ni de su otra vida—. Nosotros vivíamos en Fresno. Solo hace diez años que mamá regresó a Philly. Todo este tiempo…

—No lo sabía —dice Robert.

—Sí. Y, sin embargo, ¿nunca se te pasó por la cabeza volver?,

¿ver cómo estábamos?, ¿preguntar por lo menos? ¿Nunca se te ocurrió que a lo mejor nos debías en parte tu recién descubierta buena suerte?

Audrey se inclina hacia delante sonriente.

—Amigos —dice—, seamos civilizados.

—¿Por qué? —Echo chispas por los ojos, pero cuando me cruzo con los suyos, castaños y suaves, se me dulcifica la mirada.

—Porque ni siquiera hemos empezado con los entrantes —bromea—. Y nadie va a ninguna parte.

—No me enteré de tu muerte hasta seis meses después —le digo a Robert—. Seis meses.

—Tuve lo que merecía —me responde.

—No digas eso —tercia Tobias. Mira a Robert con una mezcla de benevolencia y una intensidad que no acabo de situar y me doy cuenta de que, como me ha sucedido muchas veces, no sé qué intención tiene, si está siendo compasivo o desafiante.

—Mirad —dice Jessica—, la comida.

Tres camareros nos traen los entrantes. Inmediatamente, me arrepiento de haber pedido la ensalada. Parece una obra de arte moderno. Brotes de germinados entremezclados con virutas de queso parmesano. ¿Tobias me dará un poco de jamón? Solía hacer eso: ponerme comida en el plato sin que yo se lo hubiera pedido.

—Me gustaría mucho explicar lo que pasó —dice Robert cuando nos han servido los entrantes a todos.

—Seguimos con la historia —anuncia Conrad—. Estaría muy bien, me parece.

Lo miro y arquea una ceja.

—¿Qué? ¿Todo esto es solo para hablar del clima?

Muevo la cabeza sin decir ni que sí ni que no, más bien que cedo.

—Adelante —proclama Audrey—. Te escuchamos.

—No tuve ocasión de despedirme —empieza Robert—. Me echó a patadas. Tu madre nunca quiso que volviera.

—Eras un borracho —le espeto.

Me meto un brote del plato en la boca. Sabe a arena.

—Lo era. Marcie quería tener otro hijo. Quería toda una vida que yo no podía darle.

—Así que se la diste a otra.

—Tuve ayuda.

—Eso está bien —interviene Conrad—. Un hombre debería definirse por su capacidad para crecer.

«La vida es crecimiento. Si dejamos de crecer, estamos muertos».

—No todos los cambios implican crecimiento —comenta Audrey.

La miro agradecida.

—No estoy de acuerdo. —Es Tobias quien habla—. El simple hecho de arriesgarse, de cambiar, es por definición un acto evolutivo. Y cuando evolucionamos, crecemos. De eso se trata.

—¿De qué? —pregunto.

—De la existencia humana —sostiene Jessica. Se lleva a la boca una cucharada de sopa de tomate y se abanica los labios con la mano porque quema.

La miro hastiada. A veces me gustaría que, simplemente, sin preguntar, se pusiera de mi parte.

—No digo que lo que hice estuviera bien —prosigue Robert—, pero era necesario. Era la única manera. Tenía que marcharme.

—La necesidad —insiste Conrad, pero no añade nada más.

—Tenía cinco años —digo.

—Tenía que conseguir ayuda. No podía cambiar en aquellas circunstancias. Tu madre no tuvo la culpa. Simplemente…, no funcionaba.

—¿Y luego? ¿Después qué? ¿Por qué no volviste cuando ya estabas mejor?

—Porque la conocí —me responde—, y entonces tuve miedo.

Nadie pregunta de qué. Lo sabemos. De perder la nueva vida. De perder la salud. De perderla a ella. Todo lo que ya había perdido no importaba.

—Va a hacer falta más de una cena —digo.

—Pero Sabrina —me contesta Robert, mirándome a los ojos por

primera vez desde que nos hemos sentado a la mesa—, es que no tenemos más que una cena.

TRES

¿El metro se había parado? Me dan miedo los espacios cerrados desde que, cuando tenía cinco años, me quedé encerrada en el armario del fregadero. Fue un mal momento, pero no por culpa de la niñera. Jugábamos al escondite y la puerta se atascó. Me pasó una sola vez, pero con una bastó.

Estaba usando todos los trucos que conocía. Respirar profundamente. No bloquear la entrada de aire. Sentarme derecha. Controlar el pensamiento. Centrarme en la respiración. Entender que no era más que una sensación y que no corría ningún peligro.

«Esto pasará».

—¿Estás bien?

Solo había cuatro personas en el vagón. Gracias a Dios. Aunque era temprano y todavía no me había tomado el café del desayuno, lo había visto al entrar. Casi se me cae el bolso. Al principio me dije que no podía ser, pero no lo había confundido con otro. Aquel pelo greñudo, los vaqueros rasgados y la barbilla con una sombra de barba. Habían pasado cuatro años desde la exposición «Cenizas y nieve» en Los Ángeles, y allí estábamos, en la otra punta del país, en Nueva York, y a mí me parecía haber llegado por fin al otro extremo de una línea recta.

La vida en Nueva York no estaba tan mal. Compartía casa con Jessica, y nuestros compañeros David y Ellie también estaban por allí. David, ahora en la banca, siempre quedaba con hombres mayores, poderosos e inalcanzables. Era uno de los únicos tres negros de la clase de Goldman, lo que, según él, le daba ventaja.

Nunca había visto que David no consiguiera sobresalir u obtener lo que quería…, y los urbanitas no eran ninguna excepción. Después estaba Ellie, la eterna soltera, que trabajaba como publicista para un famoso diseñador de joyas. Salíamos mucho con ellos, íbamos a ver obras de teatro más que alternativo que solían ser una porquería, pero costaban solo veinte pavos. Yo tenía un grado y era la ayudante de una diseñadora de moda que planeaba una vuelta sonada. Llevaba sin tener éxito desde finales de los noventa, pero iba a sacar una nueva línea de baño que la relanzara.

Un año después de mi marcha tuvo un exitazo, porque tengo el don de estar siempre en el sitio oportuno en el momento oportuno; pero, en esa época, rumbo a la parte alta de la ciudad, trabajábamos detrás de un estrecho escaparate. No tenía ganas de pasarme ocho horas en la húmeda oscuridad.

Pero tampoco quería pasarme el día bajo tierra.

—Estoy bien —le dije.

Alcé la mirada. Esperaba que me reconociera, pero su expresión no cambió. Estaba apoyado en un poste de metal.

—El tiempo medio que pasa un metro parado es de tres minutos y treinta y cinco segundos. —Sacó el móvil—. Creo que te quedan dos. ¿Aguantarás dos?

No estaba segura de si lo decía con sarcasmo o no. Era un problema que solíamos tener. Yo quería sinceridad, pero no como él me la ofrecía, siendo tan franco.

Me encogí de hombros y le indiqué el asiento de plástico de al lado. Siempre había creído que cuando volviera a verlo él también caería en la cuenta. Que diría «Eres tú», y eso sería todo.

Se sentó.

—¿Vives aquí? —me preguntó.

—No exactamente —repuse. Se quedó inexpresivo—. Lo que quiero decir es que vivo en Chelsea. —Indiqué hacia fuera…, hacia el túnel en el que estábamos atrapados.

—Chelsea —repitió, como si fuera una palabra extranjera. «Azafrán. Indonesia».

—¿Y tú?

—En Williamsburg.

—Claro.

No podía ser de otra manera. Tendríamos muchas discusiones a lo largo de los años sobre Brooklyn *versus* Manhattan. En mi opinión no me había mudado hasta allí para vivir en las afueras, sobre todo en aquel entonces, pero, para Tobias, Brooklyn era la ciudad. La única razón por la que estaba en el metro ese día, bajo tierra, en Manhattan, era porque acababa de tener una entrevista en una galería y se dirigía a la parte alta de la ciudad para ver una exposición de fotografía en el Whitney.

—¿Qué galería? —le pregunté cuando me lo dijo.

Yo conocía las galerías de Chelsea. Desde que me había enterado de la muerte de Robert, hacía un año, me había dado por deambular por nuestro barrio. Lo hacía para aclararme las ideas. Su muerte no había cambiado nada, porque no lo veía desde pequeña, pero en cierto modo sí que había cambiado algo. Simplemente, la posibilidad se había esfumado para siempre.

Cenaría en el Empire Diner y pasearía por la Décima Avenida, subiendo y bajando entre la calle Veinte y la Treinta, entrando en cualquier galería donde hubiera una inauguración. Eran un buen sitio para tomar vino gratis.

—En la Red Roof —afirmó.

—La detesto.

No sé por qué lo dije. Se me escapó. Era verdad, la detestaba. Siempre exponían un arte experimental tremendamente obvio y simplista. Desnudos hechos con envoltorios de caramelo. El legado de la sociedad en manos de la cultura pop. «Podredumbre de azúcar».

—Estupendo —añadió—. Yo también.

Sonrió, nos miramos y una moneda cayó en la tragaperras hasta lo más hondo de mi ser. La maquinaria se puso en marcha. Después recordaría ese instante y me preguntaría qué habría pasado si hubiera mentido. Si le hubiera dicho que conocía la galería y que me gustaba. No estoy segura de que hubiéramos acabado juntos.

—Entonces, ¿por qué la entrevista?

Se encogió de hombros y apoyó la cabeza en la ventana.

—Es un trabajo —repuso.

—Eres un artista. —Yo ya lo sabía, claro.

—Sí. ¿Estoy diciendo a gritos «soy un muerto de hambre» o algo así?

Supongo que no era difícil de intuir.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó con la cabeza gacha.

Inspiré profundamente. Hinché tanto el pecho porque ya no recordaba que estábamos bajo tierra. Lo de decirnos el nombre me indujo a pensar, mejor dicho, a estar segura de que esta vez sería el comienzo de algo.

—Sabrina.

—Como la bruja.

—Ja! No. Como la pe…

El vagón dio una sacudida. Volvíamos a movernos. Estaba realmente decepcionada. Ahora que llegábamos a algo… Pero cuando el metro paró en la calle Cuarenta y dos me tendió la mano.

—¿Un café? —me preguntó.

—Llego tarde a trabajar. —Quería una verdadera cita y se nos acababa el tiempo—. Aquí está. —Saqué un bolígrafo.

Le puse la palma de la mano hacia arriba y le escribí mi número de teléfono. Las puertas se cerraron. Apoyó la mano en el cristal. «Que no se emborrone», pensé.

Me llamó al día siguiente y, cuando lo hizo, empezó. Era como si hubiera tardado esos cuatro años en prepararme, y una vez transcurrido ese tiempo de ordenar, barrer y limpiar, hubiera mucho espacio. Nos apresuramos a ocuparlo. Lo llenamos hasta que estalló.

20.00

Damos cuenta de los entrantes en silencio. Jessica sigue pinchando en mi plato con el tenedor, un hábito *suyo* que no echo de menos de cuando convivíamos. Tiene la habilidad de querer siempre lo que tengo en el plato: se formó en las trincheras de las cafeterías de primer curso.

Cuando vivíamos juntas, yo siempre terminaba comprando de más de lo mío para que pudiéramos comer las dos. Ahora su marido también lo hace.

Dudo que haya puesto alguna vez un pie en un colmado.

—¿Y a tu mujer cómo la conociste? —pregunta Audrey.

—En rehabilitación —contesta Robert, nervioso, lanzándome una ojeada—. También sigue sobria.

Audrey toma un sorbo de su copa.

Le acerco el plato a Jessica mientras recapacito sobre lo que Robert acaba de decir. Sobre cómo se fue, conoció a una chica en rehabilitación y empezó una nueva vida. Sé todas esas cosas, pero nunca se las había oído contar a él, nunca las había oído de la fuente.

—Nos entendíamos. No sé cómo podría vivir con alguien que no supiera lo que implica ser un adicto.

Tobias asiente y de repente me dan esas ganas tremendas de abofetearlo tan conocidas. Siempre hacía lo mismo cuando estábamos juntos. Era despreocupadamente tolerante con las cosas que me molestaban o incluso con las que me herían. Me decía: «Tu problema es que eres demasiado crítica». Como si eso fuera profundo. Como si no fuera más que un insulto.

—Lo comprendo —dice Audrey—. Nunca he sido muy aficionada a las drogas, pero he visto cómo se han llevado a muchos conocidos. Una lástima. Creo que tuvo mucho que ver con la falta de compañía.

Compañerismo. «Deja que me siente contigo en silencio. Dame la mano y deja que te entienda».

—¿Tenéis hijos? —continúa Audrey. Coge una ostra y le pone encima un trozo de rábano picante.

—Tres chicas —le responde Robert—. Sabrina, claro, y Daisy y Alexandra.

—Alexandra —repite Audrey, distraídamente.

—Tienen diecisiete y catorce años. A la pequeña le gusta cantar. La mayor… —Deja de hablar, niega con la cabeza y ríe entre dientes.

Noto en el pecho una tensión tan fuerte que temo que vaya a rompérseme.

Conrad es el único que se da cuenta, por lo visto.

—Eso no es precisamente una disculpa —dice. Toma un buen sorbo de vino y se retrepa en la silla.

—No. No lo es —reconoce Robert.

—No quiero una disculpa —digo—. De todos modos, no puedes decir nada que lo sea.

—¿Por qué estaba en la lista? —Lo pregunta tan de repente que estoy tentada de responderle con sinceridad.

Lo añadí a la lista antes de su muerte. Lo dejé en ella porque quería saber. Porque tenía la misma duda que él: ¿por qué?

—Quiere que lo intentes —dice Jessica a la desesperada.

—Ajá. La familia. —Conrad mira a Jessica, que toma un sorbo de agua—. Astuta contribución.

Ella traga.

—Gracias.

—Olvidaste todas las anécdotas, todos los recuerdos —digo—. Te olvidaste de todo.

—Sí. —Robert se muerde los labios.

Tengo un *déjà vu*. El mismo gesto. El bote del café en la

encimera. Un desayuno con dibujos animados y facturas.

—¿Tu madre te contó alguna vez cómo te llevamos a casa desde el hospital la noche que naciste?

Me encojo de hombros.

—No sé. No me acuerdo. Es posible.

—Adelante —lo anima Conrad—, te escuchamos. —Lo señala con la mano.

—Nevaba —dice Robert.

—¡Qué bonito! —comenta Audrey.

—Suena a falso, pero sigue, por favor —dice Conrad.

—Nevaba. Era la época en que vivíamos en una pequeña granja en Pensilvania. ¿Te acuerdas de la granja?

—Dos gallinas, una cabra, tres hámsters, porque Sabby los quería —añade Tobias.

Robert está impresionado. Todavía no conoce realmente a Tobias. Quién es. Me pregunto si lo sabe.

—Sí, vale. Bueno, vivíamos a casi cincuenta kilómetros del hospital.

Le había oído contar la historia a mi madre. Tiene razón. Había tormenta y tuvieron que parar en el arcén porque las condiciones eran pésimas. Mi madre me tenía en brazos en el coche y mi padre fue hasta un establo cercano para usar el teléfono. La calefacción no funcionaba, o el coche no tenía, no estoy segura. Ahora me estoy enterando de los detalles.

—No. —Robert niega con la cabeza—. Tu madre no se quedó en el coche. Entró conmigo y pasamos la primera noche allí, en el establo.

—¡Dios bendito! —exclama Conrad—. Sabrina podría ser la verdadera hija de Dios.

—Llamaste por teléfono, esperasteis una hora a resguardo de la tormenta y volvisteis a casa —le digo—. Eso no es lo que pasó.

—Esperamos a resguardo de la tormenta toda la noche. No había teléfono. La línea estaba cortada.

—¿Por qué iba a mentirme mamá en eso?

Robert rasca el plato con el tenedor. La cerámica chirría.

—Es posible que lo olvidara.

¿No se supone que debes recordar solo lo bueno? Cuando repaso mi relación con Tobias tiendo a hacerlo. Recuerdo lo más destacado. Nuestros grandes éxitos. La cizaña, lo que nos apartó, lo olvido fácilmente.

—¿Dormisteis en el suelo con un bebé recién nacido? —se extraña Jessica. Su hijo, Douglas, tiene siete meses. Todavía lo amamanta. Le encanta hablar de eso. No es que me importe, o, debería decir, no es que no esté acostumbrada. Jessica ha sido siempre mucho más abierta que yo. Se paseaba por nuestro piso en *topless*. Por lo visto, el sujetador es cancerígeno.

—Había mantas —continúa Robert—. Marcie estuvo despierta toda la noche alimentando a Sabrina. El granjero nos dio comida y agua.

—¿Nací en el siglo catorce? —Recién nacida, envuelta en arpillera en los brazos de mis amorosos padres en un establo. La imagen me revuelve un poco el estómago. Empujo un poco de parmesano hacia los brotes, me lo llevo todo a la boca y mastico.

—Éramos felices —asegura Robert.

—Pues solo esa noche —le digo.

—Un año. Fuimos felices un año.

Es cierto que no sé mucho de mi primera infancia. Supongo que nunca hice preguntas y que mi madre nunca se ofreció a contarme nada. Ahora sé por qué. Cuando alguien se marcha, recordar la alegría es mucho más doloroso que recordar las penas.

—Pues dime qué paso —le pido.

—La responsabilidad —dice Audrey. Parece un poco triste al decirlo y tomo nota. Tengo que hablar con ella. Preguntarle cosas de su vida. Una vez más me siento mal por haberla metido en esto, en mi drama personal.

—Siempre estuvo ahí —responde Robert—. Fue a peor, no a mejor. Siempre nos peleábamos. Yo no estaba tanto como tendría que haber estado. Ella quería que me fuera.

—Así no.

—No. Así no.

—Marcie volvió a casarse —tercia Jessica.

La miro y se encoge de hombros.

—¿Qué? Lo hizo —sostiene—. Y creo que es feliz.

—¿Sí? —Robert me mira, tan esperanzado que casi sonrío.

—Eso no implica ninguna diferencia —le respondo.

—Implica una —dice Tobias—. Implica que no fue su única oportunidad de ser feliz, y que tal vez ella tampoco lo era.

—¿Y?

—Pues que no puedes culpar solo a quien se va. Si dos son desgraciados, fichar a la que sale por la puerta es un simple tecnicismo.

—Qué conveniente —le digo.

Conrad se aclara la garganta.

—Nos estamos adelantando —dice.

—Es imposible no hacerlo —añade Audrey. Se la ve entretenida, un poco alegre.

—Todo sucede a la vez. —Jessica se pone una mano en la frente y la mantiene allí.

—Cierto, querida —asiente Conrad—. Y todo está sucediendo en este preciso momento, así que también podemos averiguar qué es.

CUATRO

Era tarde. Yo estaba en el extremo de Manhattan del puente de Brooklyn. Iba a ser nuestra primera cita. Me había llamado para pedirme que diéramos un paseo, y en eso estábamos.

Era un día otoñal. El 21 de septiembre. Un día fresco, pero no frío. Sin embargo, quería moverme. Estaba ansiosa por que llegara.

Llegó corriendo treinta y tres minutos después de lo acordado. Llegó procedente de Brooklyn, con una sonrisa de tonto.

—Estábamos cada uno en un lado —dijo—. Tendría que haber concretado, supongo.

Me sonrió. Le sonreí. Caminamos.

El paseo por el puente de Brooklyn es siempre espectacular, pero al anochecer es apabullante. Era como si el universo nos hubiera puesto a cada uno en un extremo para que pudiéramos pasear juntos en aquel momento, con el cielo pasando de la rabia (rojo, naranja) a la rendición (azul, amarillo) a nuestro alrededor.

En algún punto intermedio me cogió de la mano. Yo estaba en tensión.

—Cuéntame cosas acerca de ti —le pedí.

—Preferiría oír cosas acerca de ti.

—No soy muy interesante.

—No es verdad. —Me apartó el pelo de la cara con la mano libre—. Eres la chica más interesante del mundo.

Tragué saliva.

—Bueno. Estudié en la USC y me vine aquí a vivir en cuanto terminé el grado. Vivo con mi mejor amiga.

—En Chelsea —puntualizó.

—Eso es, en Chelsea. Trabajo para una diseñadora de moda loca.

—¿Qué quieres hacer?

—No estoy segura. Creo que ahí está el problema. —Me apretó la mano y yo le devolví el apretón—. ¿Y tú?

—Me han dado el trabajo.

—¿En la Red Roof?

Asintió en silencio.

—Lo he aceptado —dijo, como si estuviera confesándose de algo.

—Magnífico.

—¿Sí?

—Sí. Está a una manzana de mi piso.

Me eché a reír, avergonzada por lo que implicaba lo que acababa de decir. Él me apretó un poco más la mano.

—¿Te apetece ver una película? —me preguntó.

—Sí.

—Tú la eliges y yo pago.

Acabamos viendo un pase de *Con la muerte en los talones* en un teatro de Williamsburg en el que yo nunca había estado y donde exhibían películas independientes y reestrenos en una pantalla desplegable, acompañadas de tintorro y cervezas a cuatro dólares.

Cabeza contra cabeza, me abrazó los hombros. Cuando Cary Grant dijo: «Por lo visto, lo único que te satisface es que me haga el muerto», Tobias se inclinó a besarme.

No fue un beso apasionado. De esos nos habíamos dado muchos. Fue un punto de referencia. Una marca de tiza en el asfalto. «Salida». Tenía los labios suaves, cálidos, y recuerdo que sabían a cigarrillos y miel. Nunca me di cuenta de que era una combinación que me encantaba, pero poco después empecé a fumar porque Tobias fumaba. Era algo que hacíamos juntos: acurrucamos en la escalera de incendios de mi quinto piso, por la mañana, con las manos agrietadas de frío y temblando. Era invierno por entonces. Prácticamente vivía conmigo, y estábamos enamorados.

20.30

—¿Qué haces, Tobias? —pregunta Conrad. Ha pedido otra botella de Merlot y le está llenando la copa a Audrey a pesar de sus protestas. Jessica consulta la hora y echa un vistazo a su alrededor para localizar al camarero.

—Soy fotógrafo.

A mi lado, Jessica se rebulle en la silla.

—Un artista —comenta Audrey—. ¡Qué monada!

—Tú has trabajado con algunos de los grandes —le dice Tobias.

Audrey sonríe. Por primera vez en toda la velada me siento inexplicable e irreprimiblemente atraída por ella, por el modo en que separa apenas los labios, como si estuviera a punto de escapársele un antiguo secreto.

—Mi preferido era Bob Willoughby —dice—. Trabajaba para la Paramount. Tuvimos una buena relación. Usaba la luz de una manera… Solía fotografiarme a primera hora de la mañana. ¿Te imaginas? Siempre al amanecer.

Tobias se retrepa en la silla. Parece satisfecho. Creo que en una ocasión me contó eso acerca de Willoughby. A veces también él me sacaba de la cama muy temprano por la mañana. Siempre perseguía la luz.

—¿Qué me dices de William Holden? —le pregunta Conrad—. Siempre quise conocerlo.

Audrey se ruboriza cuando le mencionan a su supuesto amante. Alza la copa de vino. Conrad ríe entre dientes.

—Complicado —le responde ella.

—¿Solo eso? —insiste Conrad.

—No. Pero una señora no cuenta esas cosas.

Audrey finge sentirse insultada, pero estoy segura de que, de hecho, no es así. Conrad empieza a gustarle. Estoy segura de que le gusta y me alegra que haya alguien en esta mesa capaz de hacerla sentir cómoda, de hacerla reír.

Audrey tose levemente.

—¿De qué te acuerdas más? —le pregunta Robert.

Ella toma un sorbito, pensativa. Esa expresión la favorece.

—Los primeros años con los niños —responde—. En realidad, eso era lo único que había querido siempre: ser madre. —Calla y lo señala con el índice—. Un momento, espera. ¿Me estás preguntando de qué me acuerdo más o de qué disfruté más?

Robert está desconcertado. Me doy cuenta de que, para él, desde luego, es lo mismo una cosa que la otra.

—Ambas cosas —contesta ella.

—¡Las dos! —dice Conrad.

—*Desayuno con diamantes* me encantó —responde ella—. Muchos creen que no, nunca he sabido muy bien por qué. —Se está sincerando. Como una gota de tinta va cambiando el agua, despacio, de manera fluida, adquiere color—. Fue un rodaje difícil. Tuve muchos problemas para ser esa chica extrovertida porque soy bastante intro… —Deja de hablar un instante y luego prosigue—. Pero posiblemente es la película de la que más orgullosa me siento. Capote y todo eso.

—No me digas —dice Robert.

—Mi preferida es *Vacaciones en Roma* —dice Jessica—. Sabby y yo la veíamos a menudo.

—Es verdad —confirmo. Recuerdo que nos acurrucábamos en el sofá, con unas palomitas quemadas entre las dos. Parece que haya pasado una eternidad.

—¡Me siento halagada! —dice Audrey—. Fue mi primera película. Recuerdo ese proyecto con cariño. Gracias.

Y entonces, como si cayera en la cuenta, hace un gesto de rechazo con la mano.

—Me estoy enrollando —declara.

Conrad cabecea.

—Tonterías —dice—. Queremos saberlo. —Me mira.

—Es fascinante —le digo yo—. Todos somos grandes admiradores tuyos.

Tobias asiente. Es cierto, desde luego. Él es uno de sus admiradores. Pero ¿quién no admira a Audrey Hepburn?

—Y a mí me gustaría decir que aún no hemos hablado de tu servicio global —interviene Conrad, tocando el cuaderno—. Muy humanitario.

—No, no, es justo lo que debemos hacer. Sobre todo ahora.

—Sobre todo —repite Conrad.

—El mundo se ha convertido en un lugar sombrío en los últimos años —dice Robert.

Conrad niega con la cabeza.

—Siempre lo ha sido. Es simplemente que ahora la gente presta atención.

—No se puede tener el bien sin el mal —expone Audrey—. Son como cadenas de ADN. Intrincadas e irrevocablemente ligadas. A veces gana el bien, a veces lo hace el mal. No luchamos por el triunfo permanente del bien, sino por el equilibrio. Así es la vida.

—Así es la vida —repite Conrad.

CINCO

Había un juego al que solíamos jugar Tobias y yo. Describir tu vida en el momento presente, en este preciso instante, con cinco palabras.

Me lo pedía en cualquier sito. En la ducha, lo primero por la mañana. A veces por escrito o por correo electrónico. Una tarde lluviosa de domingo, en su piso, tratando de que le confesara si quería *pizza* o comida china. Una vez en plena pelea.

—¿Cinco?

La primera vez que jugamos fue al final de nuestra primera cita. Después del puente de Brooklyn y de la película y de las dos botellas de tintorro español me acompañó andando a casa. En ese momento tenía la sensación de que habíamos cruzado todos los distritos de Nueva York. Llevábamos caminando una eternidad.

Se me acercó. Nos habíamos estado besando toda la noche. En el teatro, cuando había pasado un brazo por encima del respaldo de mi asiento y me había agarrado el hombro; de camino a casa; en la calle, bajo las farolas de la Octava Avenida.

—Dime cinco —dijo.

—¿Cinco qué?

—Cinco palabras —repuso—. Sobre cómo es tu vida en este preciso momento.

—¿En este preciso momento? ¿Ahora mismo?

Me tocó la punta de la nariz con el índice.

—Ahora. Justo ahora.

—¿Y si me basta con una? —le pregunté.

Se apoyó en el rincón de la puerta principal de mi edificio. Un poco de pintura desconchada le ensució la chaqueta. De lana, con los puños deshilachados.

—Vale. ¿Cuál es?

—Feliz.

Nos miramos. Tiró de mí hacia el rincón. Me puso una palma en cada mejilla y me besó. Recuerdo que me sentí anclada, en cierto modo. Como si su beso no me hubiera hecho flotar sino echar raíces. Su beso me hizo sentir que por fin, por fin, estaba en el lugar que me correspondía.

—Dime tus cinco palabras —le pedí, entre sus labios.

—Calidez —responde, con el aliento en mi mejilla—. Sinceridad —prosiguió, besándome el párpado.

Respiré pegada a él. Agarré por ambos lados su chaqueta y tiré de ella.

—Rendida —dije—. Sí, rendida.

—Empezando —dijo él.

Cuando lo dijo el corazón me saltó del pecho. Era absurdo. Parecía un personaje de dibujos animados.

—¿Y la última? —le pregunté.

Giró conmigo para apoyarme en la madera. Se me enderezó la columna y di un respingo cuando me metió las manos por debajo de la chaqueta.

—Ahora —repuso.

Nos pegamos el lote en ese portal durante mucho tiempo. Había amanecido cuando entré y subí la escalera. Cuando llegué, Jessica estaba boca abajo sobre su esterilla de yoga.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—Con Tobias.

Se puso boca arriba.

—¡Guau! Son las siete de la mañana.

—Vimos una película. Hemos dado una vuelta por la ciudad.

—¿En serio? ¡Qué romántico! Me cuesta creerlo. Me cuesta creer que sea con él. —Ya no me miraba. Tenía la mirada fija en un punto del techo—. ¿Cómo ha estado? —me preguntó, mirándome a

los ojos de sopetón.

Me senté a su lado. No dije una palabra.

—Así de bien, ¿eh? —resopló ligeramente.

—Incluso más, Creo que estoy enamorándome de él. —Era mentira, claro. Ya estaba enamorada—. Compré su foto —proseguí—. ¿Sabes cuando fui al club de fotografía? Había una exposición. Él no estaba, pero compré la foto. No te lo había dicho.

Jessica se quedó mirándome y cabeceó.

—Todo este tiempo… —dijo—, él ha estado justo ahí.

—Sí.

—¿No es de locos? ¿No te extraña haber tardado tanto en encontrarlo?

No me extrañaba. Simplemente, me alegraba de haberlo hecho. Durante los cuatro años transcurridos entre Santa Mónica y el metro había tomado muchas decisiones temerarias. Me había mudado a Nueva York en parte por Anthony, ese novio de la universidad con quien, a pesar de lo que ya sentía, no había cortado. Se había ido a vivir a la gran ciudad después de graduarse y yo lo había seguido un año después. Él cortó conmigo definitivamente poco después de que mi avión aterrizara. Para ser justos, nuestra relación a tanta distancia era de pena. Le ponía los cuernos. Estoy segura de que él a mí también. Era nuevo en Nueva York, trabajaba cien horas semanales y cobraba el sueldo de un banquero. Se tiraba a jóvenes modelos y le pagaba las copas a Goldman. Yo estaba a punto de empezar como ayudante en *Skyline Magazine*, un puesto en el que duré aproximadamente tres meses antes de irme con la diseñadora. El de la revista no era ni siquiera un trabajo de verdad, la paga era ínfima y me veía obligada a hacer de canguro por las noches y durante los fines de semana.

Anthony y yo quedamos en el Washington Square Park cuatro días después de mi llegada. Me dijo que todo había terminado. En realidad no fue eso lo que dijo. Lo que dijo fue: «No estoy preparado». Lloré durante semanas a pesar de que no me importaba, a pesar de que sabía que me daba igual. Escuché piezas malas de *rhythm and blues*. Perdí casi tres kilos, pero no se me rompió el

corazón, en realidad. Eso no lo supe hasta que me lo rompió Tobias. Fue una simple decepción. Cumplía con las formalidades. Jessica se sentaba en el suelo conmigo y preparaba *brownies* y veíamos *Casablanca* por razones de las que ya ni me acuerdo. «¿Siempre nos quedará París?». Después tuve una serie de aventuras amorosas, todas ellas un poco falsas. Jessica me consolaba y me tranquilizaba. Ella se aferraba al amor como a un salvavidas en un océano infestado de tiburones. A veces su pleno convencimiento de que todo se solucionaría me molestaba, pero aquel día no. Aquel día me encantó.

Jessica se sentó sobre los talones.

—Parece el principio de algo, ¿no? —me dijo—. Justo ahora. ¿Y si es el hombre de tu vida?

Para Jessica se trataba de seguir una trayectoria, en todo. Matrimonio. Hijos. Una casa. Seguía con Sumir. Habían pasado juntos por todas las etapas: virginidad, graduación, primer trabajo.

Sin embargo, en aquellos primeros años míos con Tobias, la cuestión no era cómo acabaríamos. Se trataba únicamente de cómo estábamos en ese momento.

Un cartel de la pared me engañaba: LO QUE SIEMBRES HOY, COSECHARÁS MAÑANA.

Jessica se levantó del suelo para ir a la cocina.

—*Love is in the air* —me gritó, girando la cabeza[3].

Y lo estaba.

20.54

—Tengo que sacarme la leche —me susurra Jessica.

Se aparta la chaqueta de los pechos hinchados.

—¿Tienes ese trasto? —le pregunto. Aunque la he visto yendo de un lado para otro con ese artilugio atado al pecho que la ordeña como a una vaca (glup, glup, glup) no tengo ni idea de cómo funciona, ni de lo grande que es.

—Me esconderé en el baño —responde—. Me lo he traído.

—¿Podrás hacerlo? —le pregunta Tobias.

En un primer momento no me doy cuenta de que se dirige a nosotras, de que nos ha oído y se está refiriendo al hecho de que Jessica se levante y se marche. Si se levanta de la mesa, ¿podrá volver?

—Se me está saliendo —dice ella—. Ya lo veremos.

Aparta la silla y se cuelga el bolso del hombro.

Todos la observamos, pero no pasa nada. La perdemos de vista cuando dobla la esquina, momento en que Conrad reclama nuestra atención.

—Creo que nuestro tema se está estancando —añade—. Juguemos mientras esperamos que nos sirvan la cena.

Tobias apoya los codos en la mesa.

—Pero si estábamos llegando a lo bueno —dice—. El amor.

—Es mejor que vayamos tanteando —sugiere Conrad—. Ya hemos hablado de eso y seguiremos hablando.

—Es bastante justo.

Audrey frunce los labios. Le pone una mano en el brazo a

Conrad para que no siga.

—¿Qué os pasó a vosotros dos? —nos pregunta a Tobias y a mí.

Él me mira. Es la primera vez desde que nos hemos sentado que lo miro a los ojos.

—Supongo que no queríamos lo mismo —responde.

Desvío la mirada hacia la mesa para evitar poner los ojos en blanco. Tobias capta inmediatamente mi incomodidad. No lo hago por timidez.

—¿No es verdad? —me pregunta.

—¿No queríamos lo mismo? ¿En serio?

Tobias se cruza de brazos.

—No lo sé.

—Los dos lo queríamos todo —le digo—. Ese era el problema.

—Para mí eso no ha sido nunca un problema.

—Sí que lo era. ¿Te acuerdas de ese día en Great Barrington? Me dijiste que estabas seguro de que no teníamos por qué pelearnos tanto por una cosa.

—Sí. Me reafirmo en eso.

—Entonces, ¿te parecía bien?

—¿Qué? ¿Qué estuviéramos juntos?

Asiento en silencio.

—Es que me parecía bien. Lo que no me parecía bien era lo triste que estabas.

—Lo siento —dice Audrey—. Es una situación singular. A lo mejor hemos ido demasiado deprisa al meollo de la cuestión.

Tobias niega con la cabeza.

—Todo da lo mismo, ahora. No es más que el pasado.

El pasado. Me gustaría añadir algo, pero me reprimo, porque no estoy segura de querer sacar esto a colación. Estoy acostumbrada a dudar. Algunas veces, cuando salía con Tobias, tenía la sensación de estar jugando al Jenga. ¿Cuánto puedo decir? Si revelo esto, ¿se derrumbará toda la torre? Si le digo cómo me siento realmente, ¿será mi última jugada? Era aterrador pero estimulante, porque siempre que sacaba una pieza y la torre seguía en pie me sentía vencedora. De lo que no me acordaba era de que, en determinado momento del

juego, la torre cae. Ocurre siempre, sin excepción. Es así como termina el juego. ¿Por qué seguí jugando, entonces, si sabía que me descartaría con los escombros?

SEIS

Al día siguiente de nuestra primera cita se presentó en mi piso. Eran las tres de la tarde de un sábado. Jessica no estaba en casa; había ido con Sumir a pasar el día paseando en coche por el norte, viendo casas de campo que no podían permitirse.

Yo me estaba pintando las uñas de los pies en el alféizar. Estábamos a finales de verano y me había puesto unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas. Llamó al timbre, pero no lo oí. Luego me llamó a gritos. Mi habitación daba a la Décima Avenida y lo vi, cinco pisos más abajo, con los ojos entrecerrados por culpa del sol.

—¡Eh! —me gritó.

Me saludó con la mano.

—¿Quieres subir?

Negó con la cabeza.

—Quiero que bajes.

—Me estoy pintando las uñas de los pies —le dije. Le enseñé la botellita por la ventana. Era azul neón. Night Racer.

—Esperaré —repuso. Me indicó la acera de enfrente—. Un café.

Lo vi entrar en el restaurante Empire y sentarse junto a la ventana. Metí los dedos con las uñas todavía húmedas por debajo de las tiras de las chancletas y bajé corriendo la escalera. El corazón me retumbaba en el pecho mientras cruzaba la calle para reunirme con él.

—¡Oh, bien! —dijo al verme entrar. Se levantó del banco, puso

un billete de cinco dólares en la mesa, me cogió de la mano y salimos.

—¿No querías un café?

—No vamos a pasarnos el día ahí dentro.

Me hizo girar para abrazarme. Había veces que estar con él era como bailar. El vals, el *two-step*, a veces el *jitterbug* y el tango siempre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté un poco sin aliento.

—Pensaba en ti. Y me ha parecido una estupidez.

—¿Una estupidez? —me envaré entre sus brazos.

—Eso, una estupidez. ¿Por qué quedarme sentado pensando en ti si podía verte?

Me besó. Echamos a andar. Me daba igual adonde íbamos, pero de todos modos se lo pregunté.

—Al río —me dijo—. Bueno, si tú quieres.

A veces era así, tímido, un poco inseguro. Le pasaba en los momentos más extraños.

Fuimos cogidos de la mano, balanceando el brazo. Corrimos en los cruces de calles. Nos desviamos después de la calle Catorce y cruzamos el Hudson.

Cuando llegamos eran casi las cuatro. No me había molestado en coger un jersey. Nos sentamos en el césped de uno de los muelles y Tobias se sacó la sudadera, me la puso sobre los hombros y yo crucé los brazos. Olía a él. Como a cigarrillos y miel y una ligera brisa marina.

—Gracias —le dije.

Me quedé esa sudadera cuando él me dejó, porque seguía oliendo a él. No la lavaba, pero dormía con ella y al cabo de un tiempo olía a sudor y a mi champú de coco. Tuve que admitir que no era más que una sudadera. Él se había ido.

Se tumbó boca arriba y yo hice otro tanto. No nos tocábamos, pero notaba su cuerpo a mi lado. Tenía la sensación de que nos hundíamos en la tierra convirtiéndonos en parte de ella. Como si nos encontráramos ahí…, en algún lugar del centro entre la tierra fresca. Donde empiezan las cosas.

—Me encanta Nueva York —le dije. Era un comentario muy general, pero en realidad era lo que sentía.

—Yo creo que podría vivir en Portland —dijo él—. Es un sueño que tengo. Despertar e ir de excursión. Cocinar. Escuchar la lluvia.

—Muy patagónico.

—Sí. —Entrelazó sus dedos con los míos—. Pero vivir en algún lugar donde haya verdadera calidad de vida. Un sitio tranquilo. Me encanta Brooklyn, pero a veces me pregunto si es la vida mejor para mí.

—Claro que no. La mejor es pasar el rato en un yate, en Mónaco, fotografiando a las modelos de Victoria's Secret.

—La fotografía comercial nos es lo mío.

—Por favor, que sea un comentario sarcástico —dije, aunque no me tomé la molestia de girar la cabeza para comprobarlo.

—A medias.

Tobias solía decía eso: «A medias».

Al principio, me encantaba. Significaba que era complicado, que rechazaba las cosas definitivas, que, a mi entender, veía la verdad en lo frívolo y la frivolidad en lo fundamental. Era un modo de entender la vida que dejaba entrar el aire. Al cabo de unos años, sin embargo, empezó a confundirme. Era como arenas movedizas, ya no estaba segura de lo que pensaba en realidad. Cuando le preguntaba si estaba enfadado conmigo y decía «a medias», ¿qué significaba?

Me estremecí. Soplaba viento. Frente a nosotros, Jersey se perfiló por encima del agua.

—Tengo una máquina para hacer palomitas de maíz y *Vacaciones en Roma* en DVD —me dijo.

Era convincente y atractivo, y el universo nos estaba uniendo y le gustaba Audrey Hepburn. Me sentí como si hubiera entrado en una realidad diferente: esa en la que viven los jóvenes de la realeza y las celebridades. La gente que siempre está sonriendo, porque ¿de qué hay que preocuparse? La vida era magnífica.

Regresamos a su piso, un *loft* en Woodpoint con las paredes de un azul vivo llenas de enormes lienzos a medio pintar.

—Mi compañero de piso es artista —dijo Tobias—. Bueno, uno de tantos.

Había cinco habitaciones, pero solo Tobias y Matty vivían permanentemente en la casa. Dos de los compañeros de él eran arqueólogos que estaban en una excavación, en Egipto. Solo los vi una vez: el día que Tobias dejó el *loft*. Uno tenía una novia con la que iba en serio que vivía en Greenpoint (el artista), y el otro era Matty, un tranquilo estudiante de informática del Brooklyn College de diecinueve años. La familia de Matty había emigrado de la República Dominicana cuando él tenía tres meses, y aunque a veces se comportaba como si tuviera dieciséis años, había madurez en él.

Tobias decía que Matty era su mejor amigo, y me di cuenta de que era cierto. Formaban una pareja extraña. Tobias era impaciente y espontáneo, todo rizos y oro y aire. Matty era metódico y predecible y estaba encantado de ser el escudero. Iba a la universidad, pero ya pagaba la mitad del alquiler de sus padres en el Bronx.

—¡Matty! —exclamó al entrar—. Tengo una chica.

Le di un codazo en las costillas.

Matty se asomó desde la tercera habitación. En la puerta había un letrero con la foto de una chica sentada en un escritorio abrazando con las piernas al tío que ocupaba la silla y que rezaba: SESIÓN DE ESTUDIO EN MARCHA. Inmediatamente supe que se lo había comprado Tobias.

—Hola —me saludó, y me tendió la mano, pero no salió de detrás de la puerta.

Se la estreché.

—Hola.

—Vamos a ver a Audrey Hepburn. ¿Te apuntas?

Matty asomó más la cabeza.

—Es un poco marmota —dijo Tobias—. No te lo tomes a mal.

—Me encantan las marmotas —afirmé.

Tobias me sonrió. Me abrazó los hombros y me dio un apretón.

—A mí también, Sabrina. A mí también.

—Mañana tengo un examen de economía —dijo Matty—. Pero

si la veis a un volumen normal, podré oírla.

—Es multitarea —apuntó Tobias—. Me encanta.

Matty cerró la puerta.

—Es gracioso —le susurré.

—Es adorable —me respondió, también en un susurro.

Matty tenía diecinueve años y nosotros, veintitrés. Entonces esos cuatro años parecían décadas, una enormidad de tiempo que nos permitía ser más viejos, más sabios, estar más curtidos. A veces nos sentíamos como si fuéramos sus padres, aunque no tuviéramos derecho. Matty era más inteligente que los dos juntos.

—Ven aquí —me dijo Tobias.

Me puso encima de él y empezamos a besarnos. Me puso las manos en las caderas y luego en la parte baja de la espalda y las metió debajo de mi camiseta. Suspiré en su boca.

—Vamos a ver la película —le susurré.

—También podemos ser multitarea —repuso.

Me atrajo hacia sí para besarme profundamente, se levantó del sofá y puso la película. Le miré la espalda, todavía llevaba su sudadera y él solo una fina camiseta gris. Se le estiraba cuando se movía como un bailarín haciendo calentamiento.

Bajó la pantalla del proyector justo cuando la música del principio empezaba a sonar en algún lugar del piso.

—Esto es ver una película «desmontada» —dije.

Se volvió y me miró divertido.

—¿Qué pasa? Es genial —añadí rápidamente, y él puso los ojos en blanco.

—Tú ganas.

La película se estaba reproduciendo, pero no llegué a verla porque me llevó de la mano por el pasillo hasta el quinto dormitorio. Era una habitación pequeña con una cama, sábanas azules y librerías que cubrían cada centímetro de pared. Un alegre desorden.

Me puso las manos en las mejillas. Me empujó hacia atrás y aterricé en la cama. No había otro sitio.

—Bueno, hay que ver —le dije.

—Sí. Hay que ver.

21.02

Jessica vuelve corriendo a la mesa, guardando al mismo tiempo el sacaleches en el bolso.

—Perdón —se disculpa—. ¡Ya estoy aquí!

Han retirado los entrantes (no he comido jamón).

—Creo que empezamos a avanzar con esto —dice Audrey. Nos indica con un gesto a Tobias y a mí.

Jessica deja el bolso en el suelo y se peina con los dedos.

—¿Con Sabby y Tobias? —pregunta.

Conrad se inclina hacia la mesa y la señala.

—Puede que tú seas la única que sabe la verdad de esta historia —le dice.

—¡Oh, no! Entonces tenemos un problema.

Jessica lo mira con fingido enfado y se me encoge el corazón al recordar cómo solían llevarse los dos…, cómo solíamos llevarnos los tres.

Audrey está desconcertada. Conrad suelta una risita. Robert inclina el respaldo de la silla hacia atrás.

—¿Y eso por qué?

—No. —Jessica toma un sorbo de vino. Desde que tuvo el bebé ha vuelto a beber. Me mira—. ¿En serio que quieres que lo cuente?

Adelante, le indico con la mano.

—De todos modos, esta conversación ya ha ido muy lejos —digo.

—Esta conversación ya es bastante profunda allí.

—Fueron diez años —dice Jessica con cautela, mirando

fijamente a Tobias—. Un camino muy largo. Yo… —Exhala con fuerza—. ¿Estás segura?

—Por favor —le pide Conrad—. Sigue.

—Se querían. A veces creo que ese era precisamente el problema. Se querían demasiado; eso complicó las cosas que deberían haber sido fáciles.

—El amor no es siempre fácil —asegura Audrey.

—Si no estás con la persona idónea —se le escapa a Jessica. Enmudece, con los ojos abiertos como platos. Acaba de corregir a Audrey Hepburn.

—Creo que Jessica tiene razón —dice Robert.

—Mi respaldo categórico —no puedo evitar decir.

—¿No creías que fuesen adecuados el uno para el otro? —pregunta Audrey.

—Creía que lo eran —expone Jessica—. Al principio y durante mucho tiempo, de hecho. Pero… no siguieron creciendo. A veces me daba la sensación de que su relación los mantenía perpetuamente en la edad que tenían cuando se conocieron.

—Tenías dieciocho años cuando conociste a Sumir —le digo—. Eso no es justo.

—No ibais a ninguna parte —me suelta Jessica.

—¿Por qué siempre tiene que haber un destino? —le pregunto—. ¿No eras tú quien siempre hablaba del viaje? Solías creer en esas cosas, en el flujo de la vida o lo que sea.

—La vida se mueve hacia delante —dice Jessica—. No estoy diciendo que tuvierais que casaros. Solo digo que necesitabais evolucionar, y no lo hacíais.

Me pellizco el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Tobias se vuelve hacia nosotras.

—En cierto modo tienes razón —le dice.

—Claro. —Jessica le sonríe.

—La amaba. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Toda la vida ha sido ella, siempre.

Jessica lo interrumpe antes de que me dé tiempo a asimilar sus palabras.

—Lo sé. Eso nunca lo he dudado.

Pienso en los dos años que pasamos separados. Cuando se fue a California a trabajar como ayudante del fotógrafo de un roquero de Santa Mónica.

—¿Qué más da? —digo—. Tobias lo ha dicho: es cosa del pasado.

—¿Y no es por eso que estamos aquí? —pregunta Audrey.

Miro alrededor de la mesa.

—Creía que teníamos algo fundamental —le digo—, que éramos esenciales, que estábamos destinados a volver a encajar.

—Pues no estoy segura de que encajéis en absoluto —añade Jessica con un bufido—. Tobias siempre ha sido una flor.

Ella tiene la teoría de que, en las relaciones de pareja, hay flores y jardineros. Dos flores no deben emparejarse; necesitan a alguien que las apoye, que las ayude a crecer.

—Me gustaba así.

—¿Y tú? —pregunta Audrey.

—Soy jardinera —le respondo—. Ese no era nuestro problema. Funcionaba.

Jessica niega con la cabeza. Levanta la copa. De repente parece muy muy triste.

—No eras jardinera —me dice—. Te convertiste en eso.

SIETE

—Eres una orquídea, me parece.

Eso me dijo Tobias mientras estábamos tumbados en aquella camita estrecha de su piso de cinco habitaciones escuchando las últimas notas de *Vacaciones en Roma* que sonaban fuera, en alguna parte, soñadora, lejana.

Matty había dejado de estudiar para preparar comida, y lo oía en la cocina americana, trasteando con el microondas.

—¿Te parezco una flor?

Tobias se apoyó en un codo. Me recorrió la curva del hombro con las yemas de los dedos en sentido ascendente y bajando por la concavidad de la clavícula.

—Por supuesto.

—Tenemos un problema, entonces —le dije. Acababa de hablarle de la teoría de Jessica. No sé por qué. El sexo surte ese efecto a veces. Reduce el tiempo de espera. Te hace pensar que es adecuado avanzar más por el camino hasta algún lugar en el que aún no estás lista para estar.

—¿Lo tenemos? —Puso los labios donde tenía los dedos. Lo peiné con las manos—. No me lo parece.

—Bueno, es evidente que eres una flor.

—¿Soy una flor?

—Lo eres. Y dos flores no pueden estar juntas.

Recuerdo que contuve la respiración. «Estar juntas». ¿Lo había dicho demasiado pronto? ¿Qué quería decir con eso? Yo sabía a qué me refería. Me refería a todo. Me refería a vivir, trabajar, crear,

respirar. Me refería a entrelazar nuestras vidas hasta que no pudieran separarse, aunque sea una locura pensar eso cuando conoces a alguien desde hace apenas setenta y dos horas.

El problema, por supuesto, era que creía conocerlo desde aquel día en Santa Mónica, que creía que lo conocía desde hacía cuatro años.

—¿Cómo es eso? —fue todo lo que dijo.

—Hay flores y hay jardineros. Las flores florecen; los jardineros las atienden. Dos flores no se cuidan. Todo muere.

—O se vuelve invasivo —dijo. Me besó un poco más. Eso ayudó —. ¿A quién se le ocurrió esto?

—A mi compañera de piso.

—Tu compañera de piso. —Se apartó de mí y me miró de reojo —. No te ofendas, pero me parece bastante simplista y no del todo cierto.

—No me ofendo. La teoría no es mía.

—Pero ¿te la crees?

Dejé caer la cabeza en la almohada.

—Sí. Me la creo. Opino que hay dos papeles en una relación de pareja. —Otra vez. ¿Por qué había dicho eso? Relación de pareja. Resultaba muy inadecuado en aquel momento, en medio de nuestra conversación—. La persona que es la base y la que es la altura.

—No querría impedirle a nadie que crezca —dijo.

—Pero no eres jardinero.

—¿Por qué no podemos crecer juntos? —Me miró y supe que no se refería a en general, como norma. Supe que se refería a nosotros.

—Tal vez podamos —le respondí.

Hicimos el amor otra vez, pero esta vez fue diferente. La primera había sido divertido, incómodo, un poco penoso, como suele ser el sexo las primeras veces, cuando más te la juegas. Pero esta vez fue como si nos lo tomáramos verdaderamente en serio, en el pleno sentido de la palabra: dos personas fundidas en una.

Más tarde, Matty se nos unió para cenar en ese hindú de Bedford que tenía el mejor chutney de *daal* y tamarindo. Fuimos allí a menudo en los años posteriores.

A veces Matty y yo, a veces Tobias y yo, a veces Matty y Tobias. Esa noche hicimos manitas debajo de la mesa. Hablamos de ir a la India y nos reímos porque ambos sabíamos lo que el otro estaba pensando, lo que queríamos decir: vamos juntos. Pero a pesar de nuestra tarde de intimidad todavía era demasiado nuevo todo. No quería romper el hechizo ni siquiera con una promesa de lo que vendría. Era demasiado delicado: todo aire, nubes, la neblina espejada de una burbuja gigantesca. Todavía tenía que solidificarse.

—¿Qué tal la película? —nos preguntó Matty.

—Reveladora —dijo Tobias, acariciándome la muñeca con el pulgar.

—Genial —dije yo.

Tobias me miró arqueando las cejas. Matty arrancó un pedazo de *naan*.

—No me parece que ese haya sido su mejor papel —dijo. Algunas veces, Matty se tomaba en serio cosas a las que no tendría por qué haber prestado atención: críticas de restaurantes, películas de hacía décadas.

—¿No? —Tobias se inclinó sobre la mesa, que bailó al cargar con su peso.

—*Desayuno con diamantes* —dijo Matty—. Es la clásica.

—Ya sabes que simplemente porque algo sea muy conocido no implica que sea estupendo, ni siquiera bueno —dijo Tobias.

—Claro que no. Pero casi siempre es muy conocido por algún motivo. La popularidad de algo implica que a la gente le gusta, ¿y no hay una estrecha relación entre placer y calidad?

—¿Es eso cierto? —pregunté—. Creo que puede que sea simplemente que reconocen el título. Es decir, ¿a la mayoría de la gente le gusta *Desayuno con diamantes* o la mayoría de la gente simplemente «conoce» *Desayuno con diamantes*? Está en el dormitorio de todas las universitarias. Bueno, eso y las estatuitas de la torre Eiffel.

—Es lo mismo —respondió Matty—. La mayoría de la gente la conoce porque es su mejor película.

—Eso es como decir que los nazis eran buenos porque la gente

conocía su existencia —dije.

—No he dicho buena —repuso Matty—. He dicho la mejor. Por la que todos te conocen, dejas huella en la historia, etcétera.

Tobias me puso la mano en el cogote.

—Déjalo —dijo—. Matty no sabe rendirse.

—No se trata de ganar —protestó Matty—. Es una verdad obvia, eso es todo.

Tobias se echó a reír, y yo también. Matty nos producía ese efecto: era capaz de unirnos simplemente siendo tal como era. Ya fuera en un posicionamiento acerca de una opinión sobre Matty (sobre lo que se había puesto, lo que le diría a una chica) o sobre sus creencias; no importaba.

Cuando los tres estábamos juntos, Tobias y yo siempre estábamos del mismo lado.

—¿Dónde la has conocido? —le preguntó a Tobias, inclinando la cabeza hacia mí.

—Nos hemos quedado atascados en el metro —le contestó.

—En la playa —dije yo al mismo tiempo.

—¿En la playa? —Tobias parecía divertido.

Todavía no le había hablado de nuestro primer encuentro. Me gustaba tener ese secreto acerca de nosotros. Era como tener una carta en la manga. Una que podía esconder y jugar cuando me hiciera verdadera falta. No sé por qué la destapé en aquel momento.

Tobias tenía algo que me obligaba a ser sincera, abierta, a admitir las cosas. La sinceridad por encima de todo. Sinceridad siempre. Ese era su lema.

Cuando Jessica y yo teníamos veintitrés años fuimos a ver a Su Santidad el Dalái Lama que daba una conferencia en Times Square. Jessica lo organizó. Había visto un folleto en la Universidad de Nueva York y participado en un sorteo, de modo que no solo pudimos ir, sino que tuvimos localidades asignadas. Seguramente nos separaban de él unas dos mil personas, pero la energía que emanaba el Dalái era palpable. Jessica lloró. Yo me quedé sin palabras.

Recuerdo que dijo: «Antes la bondad que la sinceridad».

Nos han enseñado que la sinceridad es la cualidad primordial. Di la verdad. No mientas. Etcétera. Pero en muchas circunstancias la sinceridad no es bondad, muchas en que lo más bondadoso es guardarte lo que vas a decir.

Tobias no lo entendía. Me lo decía todo. Al final, yo también. Y a medida que aumentaba la sinceridad lo hacía también la crueldad. Me parece que algunas veces éramos sinceros solo para ver hasta qué punto podíamos herimos.

—En «Cenizas y nieve» —dije—. Hablamos de la foto del niño con alas de águila.

Debajo de la mesa, Tobias me soltó la mano.

—No te entiendo.

—Lo supe en cuanto te vi en el metro. Te reconocí, quiero decir. —Me pasé una mano por el pelo. Notaba el calor en las mejillas—. Parezco una loca.

Matty nos miraba alternativamente, como si estuviera viendo los últimos segundos de un partido.

Tobias se retrepó en la silla. Se pasó una mano por la frente.

—¿«Cenizas y nieve»? Eso fue hace… ¿cuánto? ¿Cuatro años?

—Sí. Yo iba a la facultad. Fui con los de la clase. No tiene importancia.

—Sí que la tiene.

Estuve a punto de preguntarle si estaba loco, pero no lo hice.

—No me acuerdo —reconoció finalmente.

Me importó más de lo que dejé ver. Tendría que haberse acordado. Yo no había podido olvidarlo.

—No estaba segura —dije. Era mentira, pero me pareció preferible decir eso.

—Pero luego sí.

—Supongo. Una extraña coincidencia, nada más.

—Una coincidencia —repitió Matty—. Es una idea absurda.

Lo miramos ambos.

—Todo en el universo sucede al azar —añadió—. El orden no existe. Reina el caos.

—Entonces, ¿por qué esa insistencia en tener una habitación

que parece de hospital?

Suspiré aliviada.

—Porque no puedo pensar en medio del desorden —respondió Matty.

—Eres una contradicción con patas —le dijo Tobias, y me preguntó—: ¿Te gustó?

—¿La exposición?

Sonrió.

—Sí.

—Me encantó.

Tobias asintió en silencio.

—Creo que a mí no.

—¿En serio? —Mezclé arroz con guisantes y curri en el plato—. Dijiste todas esas cosas de la foto…

—¿Sí?

—Espacio y naturaleza y… No sé. Entonces te gustó. Dijiste que la habías visto varias veces.

Matty masticaba pensativo.

—En arte solía tener un gusto bastante malo. Algunas veces sigue teniéndolo.

Tobias le propinó una patada por debajo de la mesa.

—Vamos, tío…

—Lo digo en serio —insistió Matty—. Tenías un póster enmarcado de Thomas Kinkade. —Lo señaló con el tenedor—. No podría pintar semejante mierda ni si me lo propusiera.

—Alcancé la mayoría de edad en los noventa —dijo Tobias—. Me gustaba Disney.

—Deprimente —murmuró Matty con la boca llena.

—¿Quién es Thomas Kinkade? —le pregunté.

—¿Sabes esos cuadros bucólicos de casas de campo por las que al final deambulaban los personajes de Disney?

—Creo que sí. —No lo sabía, pero me gustaba oírlo hablar de eso. Era como un punto suyo tremendamente vulnerable, como una zona de su cuerpo donde la piel no se hubiera unido del todo.

—Mi madre los colgaba en su habitación. No sé. Me recordaban

mi infancia. —Miró a Matty—. ¿Ya has terminado?

—Ni mucho menos —respondió Matty—. Pero ella puede suponer algunas cosas por su cuenta.

—Algunas chicas encuentran encantadora mi naturaleza sensible —dijo Tobias, extendiendo un brazo sobre el respaldo de mi silla.

—Ella no —aseguró Matty—. Es inteligente, estoy seguro.

Tobias me sonrió.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo.

21.10

El restaurante está lleno. Los camareros se mueven entre las mesas. Oímos el tintineo de las copas de champán en otra mesa. Celebran algo.

Nos traen la cena. En el plato, un montículo perfecto de *risotto* con azafrán humeante, delicados tallarines con parmesano y salvia en salsa de mantequilla y un filete con una ramita de romero. Todo está tan pulcro y ordenado que por un momento lamento no estar en un restaurante italiano común y corriente, en un rincón donde compartirlo todo, con manchas de vino en la mesa y todos gritando para hacernos entender. Esas comidas resultan familiares. Alegres. Tal vez algo así nos habría aligerado los ánimos. Pero luego recuerdo que Jessica me preguntó dónde quería ir en mi cumpleaños y elegí esto.

Es la tradición desde que nos conocemos: salimos las dos el día de nuestro cumpleaños.

Muchas cosas se han escurrido por las grietas en los últimos años, pero esta se ha mantenido. De repente, me siento agradecida por eso. Por la alquimia que nos ha traído hasta aquí, sea cual sea.

—Esto tiene una pinta buenísima —dice Robert—. ¿Sabes que vine aquí una vez con… por negocios? —Se aclara la garganta—. Recuerdo que estuvo bien.

—Completamente de acuerdo. Mi mujer y yo lo frecuentábamos —dice Conrad.

—¿Los manteles eran rojos? —pregunta Audrey—. Los recuerdo rojos.

—¿Todos habéis estado aquí? —les digo, asombrada.

—Claro —me responde Audrey—. Tenía que ser en un lugar que nos fuera fácil encontrar. —Me guiña un ojo. Me siento igual que cuando he llegado: boquiabierta por lo que está pasando.

Conrad alza su copa de vino.

—¡Un brindis! —grita.

—¿Por qué brindamos? —inquiere Audrey. Se agarra el collar. Hace un poco de calor, o puede que el vino finalmente nos esté haciendo efecto. Estamos tomando un Barolo tinto. Conrad ha pedido disimuladamente otra botella.

—Por compartir una comida todos juntos —propone Conrad. Se encoge de hombros; un brindis tan bueno como cualquiera.

—Y por estar haciendo amigos —agrega Audrey.

—Gracias a todos por venir —digo, porque no se me ocurre nada más.

—Por Sabrina —dice Robert. Sostiene en alto el vaso de agua con una mezcla de orgullo y vacilación.

—Feliz cumpleaños —me desea Tobias.

—¡Sí! —conviene Conrad—. Feliz cumpleaños.

Entrechocamos los vasos. A mi lado, Jessica bosteza.

—Creo que estábamos llegando a un punto interesante —dice.

—Todo ha sido bastante interesante —comenta Tobias. ¿Se está burlando?; su tono roza el sarcasmo. A medias.

—Estoy muy arrepentido —dice Robert. La mesa queda en silencio.

Jessica y Conrad se ponen a jugar con la comida.

—Hay muchas pérdidas aquí —dice Audrey—. Extiende un brazo sobre la mesa y le aprieta la mano a Robert. —También siento la mía, en cierto modo.

—Gracias —dice Robert con la voz ronca. Se aclara la garganta.

—A veces me parece que el único modo de valorar realmente algo es perderlo —aporta Conrad.

Audrey lo mira. Hay ternura en sus ojos. Se ha puesto maternal en los últimos minutos.

—Entonces, ¿cómo podemos llegar a ser felices? —pregunta

Tobias.

—La felicidad no requiere constantemente que todo sea perfecto —responde Jessica.

—Qué deprimente —le digo.

—Es la pura verdad —dice Jessica. Levanta la vista del plato—. No me hace feliz pasar un día perfecto con Sumir sino el hecho de aceptar que rara vez, en el mejor de los casos, paso un día perfecto con Sumir. Mi felicidad se deriva de la aceptación de que el noventa y cinco por ciento de las veces mi vida es tremendamente imperfecta.

Conrad le guiña un ojo.

—Bien hecho —la felicita. Pincha un trozo de filete y se lo lleva a la boca—. Delicioso —murmura.

Los señalo alternativamente.

—Vosotros dos sois las personas más positivas que conozco. En la universidad me suspendiste porque, y cito tus palabras, «pasé por alto la pura belleza y lo compliqué todo».

—No te sirvió de mucho —murmura Conrad, riendo entre dientes.

—No lo entiendes —dice Robert. Está cortando el filete y deja el cuchillo en el plato.

Me pongo rígida. Se da cuenta.

—La pura belleza, como dices, es la de las cosas que no son completamente perfectas. No hay belleza en la perfección.

—No estoy de acuerdo —dice Tobias—. Para mí la belleza más pura es la de la naturaleza. Y la naturaleza no es otra cosa que perfecta.

A mi lado, Jessica protesta.

—¡Oh, vamos! —dice—. Eso es muy superficial.

—¿Lo es? Creo que en realidad es bastante profundo.

—No. No lo es. Es fácil ahí sentada poetizar sobre la naturaleza y su belleza o lo que sea, pero es inmaduro. No tenéis ni idea de lo que es una vida realmente sencilla.

—Ilumínanos —la invita Tobias. Se retrepa en la silla con los brazos cruzados sobre la tripa. Su comida está intacta.

Me noto, aquí sentada, físicamente en tensión entre ambos. A Jessica le encantaba Tobias, pero no la relación que teníamos él y yo. Pensaba que era porque no la entendía. Tenía muchos más altibajos que cualquier otra cosa de su vida.

Jessica se pone derecha.

—Una vida realmente sencilla es guardar los zapatos de tu marido cuando los deja en la puerta, aunque le hayas recordado mil veces que lo haga, y sin ningún comentario.

—Eso es transigir —le digo.

—Transigir no —tercia Audrey—. Es no poner en peligro.

Todos nos volvemos hacia ella, que nos regala una de sus deslumbrantes sonrisas de estrella de cine.

—Estaba casada, ¿sabéis? —dice.

—¿Qué pasó?

Quienes amamos a Audrey conocemos la historia de sus dos matrimonios. ¿Maltrato, tal vez? Celos. Arrepentimiento. Su arduo camino hacia la maternidad. Los tres abortos espontáneos, la caída de un caballo por la que sufría dolor crónico. Para ser alguien con una imagen pública perfecta, la vida personal de Audrey era trágica.

—Tuve que atenuar mi luz —responde con gravedad—. No era fácil estar casado con una celebridad. Como tampoco lo era estar casada con la oscuridad. Me fui atenuando hasta el punto de extinguirme.

Conrad se ríe. Es una reacción extraña a su sinceridad.

—Las palabras se te dan bien —dice, a medias para sí.

Para mi sorpresa, Audrey sonríe.

—Pues gracias. Siempre me ha gustado escribir. Escribía un poco de vez en cuando.

—Me gustaría que volviéramos a esa idea de no poner en peligro la relación —señala Robert. Ha levantado la mano como si estuviéramos en un aula.

—Cómo no —dice Conrad.

—¿Cómo sabes en cada momento qué es dar lo suficiente y qué es dar demasiado? Como puede atestiguar Audrey, el matrimonio por el matrimonio no es un premio en absoluto.

Audrey asiente. Jessica se rebulle en la silla.

—Requiere trabajo —asegura Audrey. Toma un pequeño bocado, mastica y traga.

—¿Cuánto? —Es Robert quien lo pregunta.

—No lo sé —le responde ella—. Siempre daba demasiado o demasiado poco, lo que era igualmente dañino.

—Mucho —tercia Jessica, un poco frustrada—. Requiere mucho trabajo.

—Has mencionado a tu mujer —le dice Tobias a Conrad—. ¿Has estado casado?

—Por supuesto.

—¿Cuánto tiempo?

Conrad deja el tenedor.

—Treinta y cinco años.

—¿Y?

Conrad se toma su tiempo. Reconozco esa actitud. Siempre lo hacía en clase: aprovechar para lograr un efecto dramático.

—Nunca coincidimos en el momento de querer divorciarnos.

—Una idea brillante. —Jessica busca a tientas en el bolso y saca una Moleskine manoseada—. Mierda —dice, todavía buscando.

Conrad se saca el bolígrafo del bolsillo exterior y lo tiende por encima de la mesa.

Tobias se lo pasa a ella por delante de mí.

Ella escribe apresuradamente, arranca la página y se la mete en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado con la chica que solía escribir «el amor es la respuesta» en el espejo de nuestro baño? —le pregunto.

—El amor sigue siendo la respuesta.

—Son las preguntas lo que deja de importar tanto —dice Audrey.

«¿Lo solucionaremos? ¿Podemos prolongar esto? ¿Podría estar con alguien más?».

Eran las preguntas que solía hacerme una y otra vez. Me las hacía constantemente. Me las he hecho en la puerta de este restaurante y me las sigo haciendo ahora que lo tengo sentado a mi

lado.

OCHO

—Tobias, esta es Jessica. Jessica, Tobias.

—El famoso hombre —dijo ella.

Tobias ladeó la cabeza.

—Espero que en el buen sentido.

—En el mejor.

Jessica estaba sentada sobre los talones en el sucio sofá blanco de nuestra sala de estar, con un gran chal sobre los hombros. Lo había comprado en Nuevo México durante un retiro de meditación al que había ido el verano anterior. Yo quería ir, pero no tenía dinero. Quinientos dólares eran mucho dinero por una semana de acampada y silencio. Ella había vendido el aparato de aire acondicionado de su dormitorio para poder pagárselo. El verano siguiente lo pasó casi todo en casa de Sumir.

—Bueno, es un alivio —dijo Tobias. Miró a Jessica y luego a mí —. Sabrina también es bastante famosa en mi mundo.

El estómago me dio un vuelco.

—Es como si ya te conociera —comentó Jessica—. Fui la capitana de la partida de búsqueda para encontrarte.

Tobias sonrió, aunque no habría podido decir si se divertía o si estaba confundido. Le lancé a Jessica una mirada de advertencia. Él no sabía nada del intento de encontrarlo en la UCLA.

—Me gusta esto —se limitó a decir él.

Empezó a mirar a su alrededor. Vi nuestro apartamento a través de sus ojos. El colgante de cristal de colores en la ventana, el montón de cojines de meditación marroquíes, las cortinas

desparejadas. Era como entrar en una tienda de minerales, pero sin el incienso. Teníamos muchas cosas.

—A nosotras también —le dije.

Tobias cambió el peso del cuerpo al pie izquierdo. Nos habíamos ido de su piso porque queríamos estar solos y Matty tenía ganas de conversación, por lo que cerrar la puerta era imposible. Del sexo con Tobias era de algo de lo que nunca me cansaba. Con mis anteriores novios me había parecido algo aparte, diferente en tono y resonancia del resto de la relación. Un tiempo fuera del tiempo. Sin embargo, con Tobias era una extensión. Hacía el amor como vivía: con intensidad, al límite. Tal vez por eso era impactante. Siempre que estábamos en la cama tenía la sensación, todavía subyacente, de que podía ser la última.

Entonces lo único que quería era encerrarlo en mi habitación. Por lo general, los fines de semana Jessica estaba en casa de Sumir. No se me había ocurrido que podría estar en casa.

—¿Qué hacéis? —preguntó Jessica.

—Pasar el rato —le respondí—. ¿Dónde está Sumir?

Jessica miró a su alrededor, como sorprendida de que no estuviera.

—Tenía que trabajar —dijo—. Oye, ¿queréis almorzar?

Tobias no dijo nada.

—Ya hemos comido —le contesté.

Jessica se levantó de un salto del sofá, arrebujándose en el chal.

—¿Fuera hace frío?

No supe responderle. No tenía ni idea de a qué temperatura estábamos. Habíamos pasado todo el trayecto en metro como dos adolescentes sin un lugar al que poder ir. ¿Frío? Para nosotros era julio en noviembre.

—Un poco —dijo Tobias—. Para ir con chaqueta y sin sombrero.

Jessica le sonrió.

—Gracias. —A mí me dijo—: Es más alto de lo que pensaba.

Puse los ojos en blanco y me reí; también Tobias.

Ella se fue a su cuarto.

—¡Encantada de conocerte! —le gritó, girando solo la cabeza.

Tobias me agarró de las caderas y me empujó contra la pared de la sala.

—Aquí no —susurré.

—Enséñame dónde.

Lo llevé a mi habitación. Las ventanas estaban abiertas, hacía mucho frío y había mucho ruido. En la Décima Avenida el alboroto era tremendo. Cerré una y bajé la otra hasta que solo quedó una abertura de un palmo.

Cuando me di la vuelta, Tobias estaba sentado en mi cama mirando la pared que separaba mis dos ventanas.

Me dio un vuelco el corazón porque sabía lo que estaba viendo.

—La foto —dijo.

La única. Un hombre con los ojos cerrados tras una nube de humo. Su propio trabajo. La foto que había comprado y llevado a dos pisos del campus y finalmente allí, a Nueva York, donde, al cabo de dos años, la había sacado de debajo de la cama, enmarcado y colgado. Era como un mapa, como un símbolo, como una profecía. Y Tobias lo sabía.

—Cómo… —No era una pregunta, no exactamente.

Me había quedado helada. No podía moverme. No sabía si aquello era bueno o el final. ¿Y si se asustaba? ¿No me hacía peor que una acosadora?

—Creo que yo también te he estado buscando —dijo.

No me lo decía a mí. Se lo decía a la fotografía. Me acerqué a él. Hicimos el amor por primera vez en mi cama, como si estuviéramos recuperando el tiempo perdido. Pero luego, y durante años, no pude evitar pensar en cómo lo había dicho, en qué le había llamado la atención. «Te he estado buscando».

Tal vez se refería al hombre. Tal vez se refería a la foto. Tal vez, al fin y al cabo, no se refería a mí.

21.16

—Quiero volver a hablar de la noche en que nací —digo.

Ya hemos hablado demasiado de Tobias. No estoy dispuesta a lidiar con eso. Empiezo a darme cuenta de que la razón por la que está aquí es más complicada de lo que creía.

Robert hace una pausa a medio bocado.

—Desde luego —responde Audrey—. Eso haremos.

Se siente cómoda en su papel de facilitadora. Conrad incita; Audrey anima. Forman equipo, y por la forma en que él le va llenando la copa y ella le pasa el pan, también sienten que comparten la responsabilidad.

—¿Qué quieres saber? —pregunta Robert.

Deja el tenedor y se limpia la boca con la servilleta; un movimiento que encuentro extrañamente formal. Siento un ramalazo de ira por lo reservado que está siendo, por lo correcto que es. No imagino a este hombre vestido con traje azul y el pelo canoso arrojando en un arrebato de furia una silla por la ventana.

Pero eso fue lo que hizo.

—Quiero saber si estabas enfermo ese día —le digo.

—Sí —me responde, sin la menor sombra de duda—. Claro que lo estaba. —Está desconcertado.

Conrad, al otro lado de la mesa, inspira profundamente.

—Lo que quieres es saber si tú fuiste la responsable —me dice—. Si fuiste tú la causante de que se volviera así.

—Eso es absurdo. —Jessica se me acerca—. ¿Cómo va a ser Sabrina responsable de eso? Robert era un alcohólico que dejó a su

familia en la estacada. Ella era una niña.

Conrad no dice nada, tampoco Audrey. Tobias es quien habla.

—No lo fuiste —me dice. Noto que busca mi mano debajo de la mesa, pero la alejo. ¿Es que no lo ve? ¿No recuerda que fue él quien me dejó?, ¿que ambos me dejaron?

Robert se rebulle en su asiento.

—Te diré lo que quieras saber —me asegura.

Miro a este hombre que supuestamente es mi padre. Nuestro parecido físico se hace más evidente cuanto más tiempo pasamos sentados a la misma mesa. Tal vez el factor sorpresa lo pone más de relieve. Mi madre nunca me lo mencionó. Nunca me dijo algo así como «Tienes la nariz de tu padre». Aunque estoy segura de que se daba cuenta. Estoy segura de que le dolía.

—¿Dónde están mis hermanas? —le pregunto. «Hermanas», vaya.

Robert se entretiene nuevamente con la servilleta. ¿Va a llorar? Cuesta saberlo. No lo conozco.

—Alexandra es ortodoncista, o lo será el año que viene. Daisy estudia cine. Quiere ser directora y escritora. Tiene… —Calla.

Sé que iba a decir «talento». Debería poder hablar de ellas con entusiasmo, son sus hijas, pero me dan vértigo los detalles, hasta qué punto las conoce.

—¿Dónde viven?

—Daisy está aquí, en Nueva York. Alexandra vive en California. Tiene un bebé.

—¿Está casada?

Robert asiente en silencio.

—Sí. Su marido trabaja mucho. Su madre la ayuda con el bebé.

—Qué bonito; seguro que la adora —comenta Audrey.

—Lo adora a él —dice Robert—, a Oliver. Alexandra es una madre estupenda. —Me mira—. Te habría gustado conocerla. —No dice el resto. No dice: «Tu madre no lo hubiera permitido». No hace falta.

—Creo que le daba miedo tener que compartirme —le digo, porque siento la necesidad de defenderla. Al fin y al cabo, no está

aquí. Y era una buena madre, sigue siéndolo. Distraída, con exceso de trabajo, pero presente en lo importante. Alimento, refugio, atención. Me decía que me quería todos los días. He sido tremendamente bendecida en todos los sentidos. En todos los sentidos mi vida ha sido mejor sin él.

—Naturalmente —conviene Audrey.

Robert se pasa una mano por la frente.

—Tenía una buena razón para mantenerte alejada —me dice—. No la culpo. Es muy importante que lo sepas.

Pienso en lo poco que mi madre y yo hablábamos de Robert. ¿Habría sido diferente si le hubiera insistido? ¿Tendría que haberlo hecho?

—Bien —le digo.

—No quiero que a partir de esta noche creas que ella es la mala. El malo soy yo. Siempre seré el malo. Nada va a cambiar eso.

—Entonces, ¿qué razón hay para todo esto? —Enfatizo la pregunta con un gesto de exclamación de mis manos. Por primera vez desde que nos hemos sentado tengo ganas de levantarme y salir por la puerta. Me lo planteo seriamente. También necesito un cigarrillo. Llevo tratando de dejar de fumar desde que Tobias y yo rompimos, pero nunca he llegado a conseguirlo definitivamente. No fumo como un carretero, pero, en momentos de tensión, no aguanto sin salir a fumarme uno. Llevo un paquete de emergencia en el fondo del bolso.

—Las cinco palabras —me dice Tobias. Tranquilo, se inclina un poco hacia mí al decírmelo, pero todos lo oyen.

—Frustrada —le espeto.

—Bien —dice Tobias—. ¿Qué más?

—Triste. —Miro el plato—. Tiempo.

—Sí.

Conrad y Audrey nos observan con serena curiosidad. No miro a Jessica; conoce el juego. Me sorprende que aporte una.

—Memoria —añade.

—Vale. Memoria. Te hace falta una más.

Inspiro profundamente. Recuerdo la primera vez que añadimos

esta palabra a nuestras cinco. Rememoro la escena. Sé que él también lo está haciendo. Antes de que me dé tiempo a decirla, se me adelanta.

—Amor. —Como si fuera obvio. Como si fuera inevitable.

—Ah —exclama Conrad. Se inclina hacia delante y nos mira alternativamente a Tobias, a Robert, a Jessica y a mí, como si estuviera viendo pasar los árboles por la ventanilla de un coche en movimiento.

—Hemos llegado al meollo del asunto.

NUEVE

Tobias y yo estábamos acurrucados en la salida de incendios, fumando un cigarrillo. Él lo sostenía, pero lo compartíamos. Era temprano. Todavía no había admitido que fumaba.

Habíamos pasado el día en McNally Jackson, mi librería preferida, en el centro, y paseando por el SoHo. En Ben's *Pizza*, alrededor de las once de la mañana, habíamos tomado unas raciones de *pizza*, pero esa había sido la última vez que habíamos comido y eran ya cerca de las siete.

Jessica había salido con Sumir a cenar. Me moría de hambre, pero todavía no había dicho nada. No quería arriesgarme a estropear la tarde detrás de la cena y sabía que en la nevera no teníamos más *que pita* mohoso y mostaza.

Llegué a entender que la comida era algo que Tobias no necesariamente ansiaba, aunque era un as de la cocina. Podía preparar una comida perfecta, pero también pasarse el día entero sin comer y acordarse de su cuerpo solo cuando el estómago le empezaba a rugir de hambre. Comía para vivir. A veces creo que estaba tan lleno de otras cosas que no había espacio en él para la comida.

Pero en mí sí. El estómago me protestó audiblemente. Tobias se me acercó más.

—¿Qué ha sido eso? —Me palmeó la tripa. Me hizo cosquillas.

—Hambre.

—Hambre…, ¡qué dramático!

—No empieces —le advertí, en broma. Fue una de nuestras

primeras conversaciones de esta naturaleza, y el fingido enfado me dio una alegría muy concreta, una alegría estimulante.

Tobias me puso una mano en la mejilla y me besó.

—Es mi deber alimentarte. Vamos a cenar.

Apagó el cigarrillo, volvió a entrar por la ventana y me tendió la mano. El cigarrillo acabó en la basura y fuimos hacia la puerta.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunté, buscando una bota Ugg que se había colado por detrás del pequeño banco que teníamos en el vestíbulo, si se podía llamar vestíbulo a una pared con un banquito, varios pares de botas debajo y un paragüero.

Tobias metió el talón en la zapatilla.

—Hay un restaurante muy cerca de aquí que me encanta. Me gustaría llevarte.

Si a él le encantaba, yo quería verlo.

—Me parece estupendo.

Encontré la bota, pero cambié de opinión y me puse unas bailarinas negras. Hacía demasiado frío para llevar un calzado tan abierto, pero iba a cenar con Tobias…, ¿qué importancia tenían los pies fríos?

Doblamos la esquina de Perry Street y ahí estábamos, justo en Hudson. Un bonito restaurante con toldo verde y no más de diez o doce mesas.

En la fachada había macetas y un pequeño banco de mimbre.

—Voy a pedir mesa —dijo.

Me senté en el banco. El viento en Nueva York es peor que el clima. Se cerró a mi alrededor y me arrebujé en la cazadora.

Deseé haberme puesto sombrero u otros zapatos.

Lo vi a través de la cristalera hablando con la recepcionista, una bonita veinteañera. Le dijo algo y ella se rio y se metió el pelo detrás de la oreja. Asintió y Tobias se acercó a la puerta y asomó la cabeza hacia mí.

—Nos pueden servir ahora.

Me sentí, como la recepcionista sin duda, encantada por su magnético carisma.

Entramos y nos sentamos al fondo, junto a la cocina. Hacía

calor allí atrás y me estremecí con el cambio de temperatura.

—Se está calentito.

—Ajá. —Tobias dio la vuelta al menú. Yo ya sabía que quería vino tinto y filete. Lo soasaban en mantequilla y lo servían con una ensalada de brotes.

Me quedé mirando a Tobias, sin embargo. Leía como si necesitara gafas. Sostenía en alto el menú, entrecerrando los ojos. Entre nosotros bailaba la diminuta llama de la vela.

—Las Cinco —le dije.

Sonrió, pero no me miró. Ya llevábamos tiempo jugando. Una taquigrafía de la intimidad. Se nos había pegado y luego se había convertido en mucho más. En una especie de termómetro, una forma de comprobar dónde estábamos en cada momento.

—Comida. Vino.

—Bah.

Parpadeó mirando hacia arriba.

—Adorable —dijo. Me miró de nuevo.

Noté que me ruborizaba.

—Lo mismo digo.

Asintió.

—Aquí.

—¿Y?

—Y… —Dejó el menú. Apoyó los codos en la mesa—. Quiero decirte algo, pero no estoy seguro de cómo te lo tomarás. —Se aclaró la garganta.

Lo noté nervioso, como yo me sentía.

—Prueba.

—Amor —dijo. Hizo una pausa, mirándome. Vi una maravillosa ternura en su cara. Incluso sus rasgos parecían haberse ensanchado, como si se le hubieran suavizado, esparcido.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes mentir con las Cinco —me respondió, todavía con cara de ternura—. Es la regla número uno.

Mis pensamientos querían controlar mi boca. «No han pasado más que unas cuantas semanas. Es demasiado pronto». Pero lo que

salió de ella fue:

—Yo también.

—Eso han sido dos palabras —dijo Tobias, frunciendo las comisuras de los ojos. Lo encontré espectacularmente guapo.

—No era mi turno.

Nos inclinamos sobre la mesa, como la Dama y el Vagabundo.

La palabra en la que estaba pensando no era «amor». Si me lo hubiera preguntado en ese momento, le habría dicho otra cosa. Le habría dicho «afortunada». Era muy afortunada. Era afortunada de que el destino se hubiera tomado tanto interés en mí. ¡En mí! ¿Quién era yo para tener semejante aventura con el universo? Pero aquí estaba él, sentado delante de mí. La prueba viviente de que mi vida era extraordinaria.

«Actúas como si estar con él fuese ganar algún tipo de premio —me diría Jessica después, mucho después—. Una relación no es eso».

Pero ¿no lo era? ¿El amor no era sentirte como el ser más afortunado de este mundo? ¿No era sentir que todo el mundo conspiraba por tu felicidad y solo por la tuya?

No nos dijimos «te quiero» durante los siguientes seis meses, pero ni siquiera me di cuenta. En ese punto las palabras eran irrelevantes. Solo importaban jugando a las Cinco. Y siempre nos tratábamos con amor. Siempre.

A veces bromeábamos sobre eso. Yo le decía mucho «Me gustas». Fingíamos haberlo olvidado, pero siempre estuvo ahí. La última palabra y la más importante.

Era lo pertinente, por tanto, que el amor fuera lo último en desaparecer.

Cenamos esa noche. Filete y *linguini* con almejas, salsa de aceite con limón y una hamburguesa. Nos contamos la vida. Compartimos más de lo que habíamos compartido hasta entonces. Tobias se había criado en el norte de California.

—Me encanta la lluvia —dijo—. ¿Te lo había dicho?

Queríamos ser concienzudos y aseguramos de que no nos dejábamos nada en el tintero. Le hablé de mi padre en esa cena: cómo se había ido; que había muerto hacía poco. Para mí era

importante, así que se lo conté. Escuchó sin compadecerme y sin juzgarme. A Tobias siempre se le dio muy bien eso: escuchar. Tanto si tenía un mal día en el trabajo como si me caía un chaparrón encima sin llevar paraguas, Tobias me escuchaba con la paciencia de un profesor de poesía. Al principio me encantaba: era muy generoso.

Pero a medida que fue pasando el tiempo me di cuenta de que quería que hablara más. Era como si pensara que nos bastaba a los dos con que él me conociera a mí, pero no era así.

Yo también quería saber qué le pasaba a él.

21.23

—Amor —repito de nuevo. La mesa queda en silencio.

Incluso se atenúa el ruido de platos a nuestro alrededor. Una pareja de treintañeras lesbianas ocupa la mesa donde Tobias y yo nos sentamos una vez y pronunciamos esta misma palabra. Están cogidas de la mano. Me pregunto si es una relación nueva, si algo especial les sucederá aquí esta noche también a ellas. La mesa del champán va por los postres y el café. Los del niño se han ido.

—Es una palabra difícil —dice Robert.

Jessica se inclina por delante de mí hacia él.

—No —lo rebate—. Es la palabra más sencilla del mundo. El amor no es difícil.

Tiene gracia el modo en que oscila tan fácilmente entre la romántica empedernida de cuando teníamos veinte años y la mujer realista en que se ha convertido. Conrad y Audrey se miran. Él inclina la cabeza hacia ella, animándola a hablar por los dos.

—Como he dicho, el amor nunca me ha parecido fácil —dice Audrey—. Pero insisto, no creo que tenga que serlo.

Recuerdo ahora que una vez vi un documental sobre Audrey Hepburn.

Se crio en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Estuvo oculta de los nazis; sus padres eran simpatizantes. Tuvo asma por culpa de las deplorables condiciones de vida. Me doy cuenta de que ha estado tosiendo periódicamente durante la cena. ¿Siempre lo había hecho?

El documental, un especial de E![4], creo, se titulaba *Audrey: el*

dolor detrás de la perfección. No era exactamente una biografía autorizada, sino una manera divertida de pasar dos horas. Incluía recreaciones en blanco y negro, aunque la mayoría de los detalles eran incorrectos. Según el documental, era modesta en lo referente a sus premios EGOT[5], pero fue tras su muerte que le concedieron el Emmy y el Grammy. Se refería además a un supuesto trastorno alimentario, algo obviamente falso. Su complexión era debida a la desnutrición infantil, no a un régimen.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Jessica.

Audrey entrelaza los dedos frente a la barbilla. Sus delicadas facciones cantan como estrellas, y veo que la iluminación del restaurante ha cambiado, ahora hay muchas más velas.

—La fama me vino fácil, sin entenderla, eso sí; pero teniéndola.

—Es una diferencia importante —apunta Conrad.

—Supongo. Tal vez en el fondo creía que solo podía tener una cosa. Eso, desde luego, no me ayudó.

—¿Amor o éxito? —pregunta Tobias.

—Oh, creo que más bien amor o Audrey Hepburn. —Esta da vueltas al anillo de oro del anular.

No parece una alianza, pero podría serlo. Es la clase de mujer que se la quitaría, la tendría por ahí, la cambiaría por otra cosa. Que la llevaría como un recordatorio, tal vez ni siquiera de él.

—Tener éxito tiene mucho que ver uno mismo —prosigue—. Particularmente en una profesión en la que tienes que ser la cara del producto de otros. —Se rodea el rostro con la mano—. Esta soy yo.

Conrad le acaricia el hombro.

—Encantadora, por cierto —dice.

Ella lo rechaza con un gesto.

—Lo intenté, pero nunca supe cómo ser lo que tenía que ser para mi carrera y al mismo tiempo para un hombre. Deseaba tener una familia. Era lo único que realmente me importaba: sacrifiqué gran parte de mi felicidad en busca de algo que pensé que me haría feliz.

—Pero en las mejores relaciones, de eso se trata —interviene Jessica—. No lo intentas y os debilitáis mutuamente. Se supone que

no tienes elección. Os apoyáis mutuamente.

Jessica parece muy joven de repente. Incluso ingenua. Por la forma en que baja la voz al final sé que se avergüenza de ello.

—Es cierto, Jessica —dice Audrey—. Pero, con el tiempo, a veces cuesta. Quizá también era mi época.

—Desde luego no ayudaba —comenta Conrad.

Audrey baja los ojos. Me preocupa que esté llorando. La iluminación es demasiado escasa, así que no estoy segura.

—Durante mucho tiempo me estuvo royendo la culpa. Pensaba que podría haberlo intentado más, que podría haber hecho más. —Sus ojos se encuentran con los míos. Los tiene, de hecho, desorbitados y húmedos—. No quiero que te pase lo mismo. No quiero que lleves esa carga.

El corazón se me enternece al mirarla.

—¿Puedo preguntar algo? A todos, me refiero.

—Faltaría más —dice Conrad. No ha quitado la mano del hombro de Audrey y ahora le ofrece el pañuelo que ha sacado de su bolsillo interior.

Ella declina la oferta.

—¿Tuve…? —No estoy segura de cómo expresarlo—. ¿Tuvisteis elección a la hora de venir aquí?

—Oh —dice Audrey.

—Por supuesto —asegura al mismo tiempo Robert.

Miro a Tobias. Sé que encontraré la respuesta en él.

—Sí y no —responde, que es tanto como decir que no.

—Creo que ha sido diferente para cada uno —comenta Audrey.

—Bueno, yo siempre he estado dispuesto —replica Conrad—. Ya no vengo al Este lo suficiente, ni veo a mis antiguos alumnos, ni conozco a Audrey Hepburn… —Le guiña un ojo.

Audrey quita importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—Deja, deja. No creo que ninguno de nosotros haya hecho algo parecido a esto hasta ahora. —Mira a Robert, arqueando una ceja con descaro. «Sigue tú».

—No —dice él—. Nunca.

De repente entiendo lo que eso significa.

Nunca lo había hecho, lo que significa que, desde su muerte, solo me ha visto a mí. Que desde entonces nunca ha visitado a su mujer ni a Daisy ni a Alexandra, ni ha conocido al bebé.

Lo veo aquí sentado, nervioso, erguido, y entiendo que cuando esto acabe, cuando todos se vayan y regresen, respectivamente, al lugar de donde han venido, consideraré este momento como el inicio del reblandecimiento. El canto duro empieza a limarse.

Algo empieza a cambiar.

—Robert —le digo. Alza la cabeza a la velocidad del rayo—. ¿Qué pasó después, cuando me llevasteis a casa?

Su rostro denota una sorpresa fugaz como un parpadeo de luz y luego una vacilante alegría. Resulta extraño de ver, particularmente en este preciso momento y lugar. Le he pedido que me cuente el principio del fin, cómo sucedió, *cuándo* enfermó, de qué manera nos dejó, pero su cara… Arquea más y más las cejas, con los labios ligeramente separados, como si le hubiera pedido que me lea un cuento antes de dormir. El de la niña con un padre de mierda que, al final, en el último momento mágico, se redime. Ahora mismo no parece imposible. Parece incluso algo que ya he escuchado tal vez.

DIEZ

El invierno que Tobias y yo vivimos justo al comienzo de nuestra relación fue desagradable. Récord en número de tormentas de nieve, con temperaturas glaciales, de los que hacen casi imposible salir, aunque sea para ir al café de la esquina. Objetivamente, fue malo. Pero cuando lo pienso, solo recuerdo lo bueno. El frío nos obligaba a quedarnos juntos en casa; los días de nieve eran lapsos de tiempo en los que no necesitábamos levantarnos de la cama. No veíamos a casi nadie o, si acaso, yo apenas me enteraba.

Por aquel entonces Tobias trabajaba en una empresa de fotografía publicitaria llamada Digicam. Había dejado su trabajo en Red Roof cuando Digicam le había ofrecido trabajo de fotógrafo a jornada completa. Había estado meses pateándose el asfalto y enviando incesantemente el currículum hasta que al fin alguien lo llamó.

Era en un trabajo publicitario, pero le habían prometido que le dejarían intercalar algunas sesiones de fotografía creativa. Estaba entusiasmado. Por fin tendría una oportunidad de trabajar de verdad y cobrando. Pero la promesa de Digicam acabó quedando en papel mojado. La mayor parte del trabajo se centraba en el consumo de masas: anuncios de productos de limpieza y papel de cocina. Vendía té adelgazante Fit Tummy.

Pero el trabajo tampoco era especialmente exigente y, al principio, eso nos convenía porque podíamos pasar mucho tiempo juntos. Tobias se dejaba caer el jueves y pasábamos todo el fin de semana juntos. Pedíamos *pizza* grasienta y comida china y veíamos

24 en el televisor del comedor si Jessica no estaba en casa, es decir, casi siempre. Jessica solía estar en casa de Sumir, pero cuando salía con nosotros siempre nos divertíamos. Ella y Tobias iban forjando su propia relación, su propio lenguaje. Se enviaban artículos de tenis o música por correo electrónico, dos cosas de las que yo no estaba tan al tanto como ellos. Sin embargo, por lo general, ella no estaba y estábamos solos. Me avergüenza admitir lo mucho que me gustaba, lo poquísimo que la echaba de menos.

Sobre todo, porque ahora que se ha ido, por decisión propia y no mía, la echo terriblemente de menos. No todos los días, no siempre, pero cuando llego a casa y el apartamento está a oscuras, o cuando reponen *Friends* o dan un nuevo episodio de *The Real Housewives*, o si encuentro una mascarilla facial reseca en el fondo del botiquín, entonces la añoranza me escuece como un bofetón. No es porque ella no esté, aunque también siento su ausencia, sino porque no puedo llamarla y contárselo. Claro que podría, pero solo empeoraría las cosas, porque sé que le daría igual. El bebé lloraría y Sumir gritaría: «¿Quién es?», y ella diría: «Sabby, ¿qué pasa? Ahora no puedo hablar». Y la soledad que sentiría por esa interacción entre su vida, tan llena, y la mía, tan microscópica todavía, con los mismos detalles de inadaptada, sería suficiente para devolverme a la cama.

Presenté a Tobias a Ellie y David ese invierno. Quería que formara parte del grupo.

—No sé por qué lo hace —dijo Jessica, refiriéndose a David, una extraña noche en la que fuimos a cenar los seis. Tobias, Jessica, Sumir y yo volvíamos a casa andando desde el East Village. Tobias y yo habíamos pospuesto tres veces esa cena. Él nunca quería salir, «Todo lo que necesito es estar aquí contigo», y yo no iba a ser quien discutiera, pero Jessica siguió insistiendo.

—Se merece estar con alguien que lo quiera de verdad.

—A lo mejor ahora no quiere eso —dijo Tobias. Hacía frío, la respiración se nos condensaba en nubecillas veloces. Yo tenía los dedos entumecidos. Nos habíamos gastado todo el dinero en la cena, sin embargo, aunque tampoco estábamos lejos de casa.

—Todos queremos eso —dijo Jessica con desdén.

Tobias no le hizo caso, pero me di cuenta de que le había irritado el comentario.

—El último era agradable —comentó distraídamente Sumir.

—No —contestó Jessica—. Era como todos.

—Quizás es feliz —apuntó Tobias. Él conocía a Jessica, sabía que era terca, que le gustaba que todo se hiciera a su manera. Incluso habían bromeado sobre ello. Me sorprendió que la contradijera.

—No lo es —dijo ella, un poco enfadada. Tampoco ella estaba acostumbrada a que la contradijeran, no le gustaba.

—Cariño, eso no lo sabes —comentó Sumir. Nos miramos. Los dos mediadores metidos en un papel que nos desagradaba.

David y Jessica eran amigos de la universidad, pero cuando nos mudamos a Nueva York y la vida cambió, llegué a sospechar que yo le gustaba más. A veces me llamaba para hacer planes sin ella. Jessica podía ser muy apasionada. No compartíamos su constante búsqueda de la superación personal, yo lo sabía. A ella le apetecían las conversaciones profundas e intelectuales al fondo de bares poco iluminados cuando los demás no queríamos hablar de nada. Tenía grandes ideas sobre el amor y la vida, pero por entonces infundadas, puros tópicos. Aún no se había casado, ni había tenido un bebé ni cedido al aspecto práctico de la vida. Le encantaba hablar; a lo mejor por eso la eché tanto de menos los primeros años que pasé sin ella. Dejó un enorme vacío silencioso.

En la esquina de Washington con Perry, un hombre llamó a gritos a Tobias. Nos volvimos. Un tipo trajeado de unos treinta y largos corría hacia nosotros. Tobias sonrió.

—Jeremy —dijo—. No puede ser. —Se abrazaron—. ¿Qué tal te va?

—Bien, el trabajo es imprevisible. Irena sigue viajando como una loca.

Jeremy me miró y Tobias me abrazó.

—Es mi novia, Sabrina —me presentó. Me encantó que dijera «novia». Lo habría escuchado en bucle.

Le tendí la mano.

—Encantada.

—Nosotros nos vamos —me dijo Jessica. Nos abrazamos y les dije adiós con la mano. Tobias seguía pendiente de Jeremy.

—¿De qué os conocéis? —pregunté, volviéndome hacia ellos.

—Jeremy era mi jefe cuando estaba en la UCLA. Trabajábamos para Irena Shull, que hizo muchos artículos sobre viajes. Yo no era más que un becario, pero este tío me dejaba ir a las sesiones. Hasta convenció a la revista para que me mandaran a Zimbabue. —Sonrió de oreja a oreja—. No puedo creer que sigas en ese juego, tío.

Brillaba de alegría. Se me hizo un nudo en el estómago. Nunca lo había visto tan animado hablando de su actual trabajo.

—¿Y tú qué? —preguntó Jeremy.

Tobias se encogió de hombros.

—Trabajando, que no está mal. No es demasiado estimulante, pero vivo bien. —Me atrajo hacia sí y me acarició la cintura con el pulgar.

—Deberíamos quedar y tomar una copa. ¿Sigues teniendo mi número?

Tobias asintió.

—Sí, te daré un toque.

Jeremy se fue, y Tobias y yo seguimos caminando del brazo.

—No sabía que hubieras ido a Zimbabue como fotógrafo. Qué chulada. —¡Qué tonta! Pretendía algo, no sabía bien qué.

—Bueno, no hice fotos, pero fue divertido. —Tras una pausa, añadió—: Jeremy es genial. Algún día llegará a ser alguien.

—Tú también —respondí.

Tobias me besó.

—Te quiero —dijo—, mucho. No sé qué haría sin ti. Lo eres todo para mí, Sabrina.

—Y yo a ti —contesté. No tenía palabras para expresar cuánto. Lo besé de nuevo, satisfecha.

Jessica se casó poco después. La boda fue en Central Park. Era un sitio precioso, pero llovía y no pudieron hacer fotos fuera, lo que disgustó visiblemente a Jessica. Se le corrió medio maquillaje antes

de la ceremonia. La maquilladora corría con el papel secante, murmurando «Esto es buena señal».

David se trajo a un redactor de *Vanity Fair* a quien la web *Refinery 29* llevaba incluyendo en su lista de solteros más deseados tres años seguidos. No figuraba como acompañante y el organizador de eventos no sabía dónde colocarlo. Ellie no había traído acompañante, pero acababa de empezar a salir con un chico que había conocido en JDate. Era farmacéutico. Estuvieron juntos cuatro años hasta que ella se casó con un amigo suyo tras la ruptura menos escandalosa de la historia. Incluso el ex fue a la boda.

Jessica no tiene hermanas, solo hermanos pequeños, así que yo fui su dama de honor. Nos preparamos en la Essex House del hotel Central Park South. Yo llevaba un vestido de seda lavanda con cinturón de encaje elegido por Jessica. Ella, un vestido de novia de tafetán marfil con lentejuelas en la cintura. Cuando la vi por primera vez, completamente arreglada, lloré. Estaba muy guapa. Llevaba unos pequeños pendientes de zafiros de su madre y zapatos azules de satén que se sacó durante el baile.

—¡Deberías casarte todos los fines de semana! —dijo Ellie, describiendo una pirueta hacia Robyn.

Es el inconveniente de celebrar una boda a los veintipocos, que nadie es prudente con la barra libre.

Ellie estaba a punto de chocar con el DJ, cuando Tobias la agarró y la devolvió a la pista de baile. Sinatra empezó a sonar y los vi bailar juntos. Tobias me sonrió por encima de los rizos de Ellie y me robó el corazón. Aquel hombre me quería y se preocupaba por mi amiga.

Pedí un brindis. En el instituto había estudiado oratoria y desde entonces me gustaba hablar en público. En la universidad se me habían dado bien las presentaciones y me sentía a gusto presentando los lanzamientos a mis jefes en las reuniones. Pero cuando subí y miré a Jessica, me puse a temblar. Quería decir demasiadas cosas, aquello me sobrepasaba. «Eres una persona curiosa —le había escrito—. Te lo preguntas todo, pero nunca dudaste de Sumir».

Después dije unas cuantas cosas más, sobre cuando nos

conocimos en la residencia universitaria el primer año dela carrera, sobre cuando volvió a casa para contarme que había conocido a alguien: a Sumir. Me salté, no sé exactamente por qué, todas las citas que me escribía en el espejo del baño, a pesar de haberlas incluido en el discurso.

Bailamos a ritmo de *motown* y Tobias y yo compartimos un trozo de tarta de zanahoria, la preferida de Sumir. Y después, ya instalados en la habitación doble que habíamos alquilado en el Radisson de la calle Treinta y dos Oeste (no recuerdo por qué era tan importante que nos quedáramos en un hotel cuando teníamos un piso diez manzanas más al sur, pero eso hicimos), Tobias me preguntó si yo creía que no hacer preguntas nunca estaba bien.

—Por lo que has dicho en el discurso —me explicó—. ¿Te parece que preguntar está mal?

No había dicho eso concretamente en ningún momento. Mientras escribía el discurso me había preguntado qué pensaba yo. ¿«Estar convencido» es algo que se da simplemente cuando conoces a la persona adecuada o tiene que ver más con la personalidad? ¿Hay gente que duda constantemente?

Pero luego lo estuve pensando: yo tenía muchas dudas acerca de Tobias. A montones. Sin embargo, nunca me habían hecho dudar de lo que sentía por él. Sabía que él se preguntaba toda clase de cosas. ¿Iba a triunfar como fotógrafo? ¿Llegaríamos a tener dinero? ¿Nueva York era su lugar?

No quería pensar que aquello significara poner en duda nuestra relación. No quería pensar que pudiera llegar a dudar de mí como pareja.

—No estoy segura —contesté—. Creo que cada persona lo hace a su manera.

—Pues claro que cada persona lo hace a su manera. —Estaba irritado. No lo había visto así hasta entonces y el alma se me cayó a los pies. Para la ira tenía una estrategia, pero la irritación era el primer paso hacia otras cosas: la aversión, el final tal vez. La ira implicaba acaloramiento, emoción; la irritación, solo distanciamiento. Quería que permaneciéramos cerca, que

estuviéramos pegados el uno al otro, como si nuestra relación dependiera de ello.

—¿Tienes algo que decirme? —le pregunté. Recuerdo que entonces pensé que, si discutíamos, podría echarle la culpa al champán. Al día siguiente me despertaría, me volvería hacia él y le besaría el cuello como si nada hubiera pasado. Si me preguntaba si todavía estaba enfadada, yo seguiría besándolo. «¿Enfadada por qué? ¿Es que anoche discutimos? Bebí demasiado».

—Me han ofrecido un trabajo en Los Ángeles.

—¿Qué?

Tobias me puso encima de él.

—Te quiero —dijo—. Eso antes de que hablemos de todo lo demás.

La cabeza me daba vueltas. ¿California?

—¿Qué trabajo?

—Wolfe necesita otro ayudante.

Sabía lo mucho que Tobias admiraba a Andrew Wolfe. Era un prometedor Patrick Demarchelier, pero más *grunge*. Solía fotografiar a modelos o a estrellas emergentes en ropa interior y con top de gasa transparente. Creaba arte. Yo era consciente de eso. Las fotografías eran delicadas, tan hermosas como puede ser el cuerpo humano, de un modo sencillo, perfecto, atractivo. Pero sabía el efecto que Tobias les causaba a las mujeres. Lo había visto ya la primera tarde que pasamos juntos.

Si comíamos en un bar, la camarera le llenaba la copa un poco más de la cuenta. Siempre lo estaban tocando. Las camareras, mujeres de todas las edades, los gais del barrio. Atraía a la gente como una cafetería abierta a las cuatro de la madrugada. Era como si llevara encima de la cabeza un cartel de neón que rezara: ABIERTO.

Sabía que Tobias se estaba anquilosando en el trabajo. Día tras día fotografiaba limpiacristales Windex y aspiradoras. La sesión más apasionante que había tenido en meses había sido para azúcar. No le deseaba eso, quería que persiguiera sus sueños. Pero tampoco quería que lo alejaran de mí.

—Guau —fue todo lo que pude decir. Llevábamos juntos dos

años. Me parecía que había pasado mucho más tiempo.

—¿Jeremy? —le pregunté.

Asintió.

Ni siquiera sabía que siguiera en contacto con él.

—No puedo rechazarlo —dijo—. Es muy importante; la oportunidad que necesito para hacer lo que quiero. —Me acarició la mejilla. Tenía las yemas de los dedos frías—. ¿Y si vienes conmigo?

Acababa de comenzar a trabajar en la editorial. Me encantaba y quería escalar puestos. Era muy diferente del diseño, sentía que al fin se me daba bien algo.

—No puedo —le susurré. Pensé que si abría mucho la boca me echaría a llorar y ya no podría parar.

—Lo pensaremos —respondió. Acercó la frente a la mía. Estaba llorando—. Tenemos que pensarlo.

Aquella noche dormimos abrazados, pero, cuando me desperté al día siguiente, todo había cambiado. Estuvimos discutiendo sin parar durante los diez días siguientes. Para empezar, ¿por qué no me lo había dicho antes? Resultó que lo sabía desde hacía dos semanas.

—No quería estropear el tiempo que nos queda —me decía.

«De estar aquí, ahora».

Ya sé que nos hemos saltado una parte, seguramente para bien. La alegría constante no suele conducir a una buena historia.

En aquellos dos primeros años fui feliz, y la felicidad tiende a acelerar el tiempo. El dolor deja huella en las cosas. La alegría las deja pasar. Días y meses transcurren en un pestañeo. No recuerdo haber sido más feliz que entonces. Las cosas cambiaron. Jessica y yo nos mudamos. Tobias y yo nos fuimos a vivir juntos. Ella se comprometió y después se casó. Luego, él se fue. Estuvimos dos años juntos, seis desde el encuentro en Santa Mónica.

Lo que entonces ignoraba era que solo estábamos a medio camino.

21.31

—Los primeros seis meses son los peores —dice Conrad—. Recuerdo que cuando llevamos a casa a nuestra hija mi mujer apenas me dejaba tocarla. No hacía más que llorar. —Llama con un gesto al camarero para pedir más vino. Tiene las mejillas sonrosadas y se lleva una mano al pecho, riendo.

—Un torbellino —añade Audrey—. Amamantar y noches en vela. —Mira con simpatía a Jessica, que asiente.

—Yo ya he superado esa etapa, casi. —No se le ha pasado del todo la vergüenza, estoy segura. Jessica se calla con bastante facilidad, pero no se queda mucho tiempo en silencio. Sé que no tardará en entablar conversación.

—¿Cuánto tiene el bebé? —le pregunta Audrey.

—Siete meses. Aunque parece que tenga dos años. —Me mira para que lo corrobore.

—Es verdad —digo—. ¡Es un grandullón! Eso que sus padres son menudos los dos.

Jessica se ríe.

—No sé a quién habrá salido. A veces le digo a mi marido que tuve una aventura con un defensa.

Cuando Jessica comenzó a usar la expresión «mi marido», lo encontré una locura. Solo teníamos veinticinco años, éramos unas criaturas. Lo más importante que había hecho yo había sido comprar un filtro nuevo para la Brita.

—Pero Conrad tiene razón —añade en voz baja—. Apenas me reconozco.

—Éramos felices —dice Robert, volviendo al tema—. Eras el bebé más guapo que habíamos visto. Tu madre solía decir que parecías una muñequita.

—Todavía me llama así —le digo—. «Muñequita». Siempre había pensado que era un simple diminutivo cariñoso.

—Cabbage Patch Kid —dice Jessica—. Me lo imagino.

—Cara pecosa —comenta Tobias.

—Antes te gustaban mis pecas —le digo, espontáneamente.

Él arquea las cejas.

—¿He dicho yo que las pecas sean algo malo?

¿Estamos coqueteando? ¿Por qué es siempre tan fácil volver a este punto?

Un hábito adquirido.

—Eras guapa —añade Robert. Se aclara la garganta. Toma un gran trago de agua—. Yo trabajaba lo bastante para que tu madre no tuviera que volver a hacerlo después del permiso de maternidad. Las cosas no eran fáciles, pero aún estaba bien.

Conrad se coloca la libreta en el bolsillo. Audrey sigue mirando a Robert alentadoramente. Sé que le cuesta continuar.

—Lo que sucedió fue que tu madre volvió a quedarse embarazada.

La mesa queda en silencio.

Solo Audrey dice algo.

—¡Oh, madre mía!

—Mamá nunca me lo ha dicho —le digo, como para demostrarle que está equivocado. ¿Otro bebé?

—Ella estaba emocionada, naturalmente. Ya estaba de tres meses cuando nos enteramos. No lo estábamos buscando. Tú tenías tres años y pico.

Estoy mirando a Robert, que de repente tiene un aspecto más envejecido, como si no tuviera la edad que tenía cuando murió sino la que tendría de haber seguido con vida.

—No había latidos en la revisión de los cinco meses. Era una niña.

Las frases me golpean una tras otra directamente en el pecho,

como piedras. No es por lo que perdieron hace tanto tiempo, sino por la historia que me he perdido, por el pasaje fundamental arrancado del libro.

—¿Empezaste a beber para mitigar el dolor? —le pregunto, porque, cueste lo que cueste, volvemos a lo mismo. Eso no ha cambiado.

—Tuvimos todos los problemas habituales de una pareja que pasa por algo así. Ya estaba enfermo. Ya lo he dicho. Es una enfermedad de por vida. Simplemente, las circunstancias la agudizaron.

—Es comprensible —dice Audrey. Noto que Jessica la mira fijamente y siento una oleada de afecto por mi mejor amiga.

—Lo que lamento es no haberme dado cuenta de lo que tenía. No pensaba en ti. Estaba tan ocupado llorando a una, que me olvidé de la otra.

Miro el plato. El *risotto* está frío y parece de plástico, como los platos de muestra que ponen fuera en los restaurantes italianos en Little Italy. Se me revuelve el estómago.

Noto una mano en el hombro. Sé que es la de Tobias. ¿Alguna vez se desvanecerá la sensación de su tacto? Es como si mi piel fuera de espuma con memoria de forma.

—Ella me pidió que me fuera, pero me habría ido de todos modos —dice Robert—. Al cabo de un año apenas soportaba estar en la misma habitación que yo. Y me había vuelto un monstruo.

—Pero tuviste ayuda, después de dejarnos.

Robert cierra y abre los ojos.

—Poco después, sí. Alquilé una habitación en un motel. La recepcionista se interesó por mí; bendita mujer. Me encontró en el armario, hasta arriba de heroína, tres días después de registrarme. Por algún milagro me ingresó en una clínica. Apenas recuerdo esa época.

Los senos nasales me palpitan. Los noto detrás de los ojos como espetones calientes. Me sucede a veces. Me dan jaquecas brutales que me dejan sin fuerzas. Cuando estaba en la universidad tenía que acostarme en una habitación a oscuras durante días, a veces, con una

compresa fría en la cara. Ahora son más manejables, pero nunca se sabe cuándo va a dejarme una fuera de combate. Rezo para que no sea ahora.

—¿Dolor de cabeza? —me pregunta Tobias. Lo hace en voz baja, al volumen que solía usar por las mañanas cuando me traía café o quería sexo: dulce, lánguido, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Me presiono la ceja con el pulgar y soplo.

—Necesito un poco de aire —le digo. Si quiero tener alguna esperanza de que esto no vaya a más, debo moverme.

Aparto la silla de la mesa y me levanto. Conrad también.

—Te acompaño —dice—. Vamos afuera.

Quiero estar sola, pero no tengo opción, me parece. El tono en que me lo propone, paternal, autoritario, de profesor (como de hecho es), me induce a asentir en silencio. Cojo el bolso.

—¿Estás segura de que puedes…? —Robert parece preocupado. Sabe que todavía no hemos terminado.

—Jessica ha ido al baño —le responde Conrad—. Estaremos bien.

Y eso es todo.

Conrad mantiene la puerta abierta para que yo pase y salimos afuera. El aire es frío. ¡Ojalá me hubiera puesto el abrigo! Todavía no ha nevado, pero tengo la sensación de que lo hará. Esta noche no, pero pronto. Han puesto los adornos de Navidad. La ciudad ha entrado en esa etapa jovial y amigable que abarca desde Acción de Gracias hasta Año Nuevo. Diciembre en Nueva York puede ser la época más solitaria.

Me abrigo con la bufanda. Meto la mano en el bolso y busco a tientas el paquete de cigarrillos. Le ofrezco uno a Conrad. No empecé a fumar sola hasta que Tobias se marchó, pero ya no pude dejarlo.

—¡Qué demonios! —exclama—. Uno no cuenta.

Fumamos juntos. El aire se llena de humo a nuestro alrededor.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Cruzado de brazos, me mira con la cabeza ladeada. Mueve los

labios de lado a lado sutilmente y siento una oleada de nostalgia por su clase, por el mentor que encontré hace casi diez años.

—¿Sabes que inicialmente estaba Platón? —le digo.

Arquea las cejas como si me dijera: «Sigue».

—En la lista —le aclaro, tragando el humo.

Él asiente con la cabeza. Lo ha entendido.

—Eso me hubiera gustado verlo.

—A mí también. —Me río y el humo que sale se me escapa de los pulmones.

—¿Por qué lo sacaste?

—Desde que terminaron las clases siempre he tenido la sensación de que tenías algo más que enseñarme —le digo. Quisiera añadir algo. Que él fue un adulto con el que pude contar cuando yo nunca había tenido eso, en realidad. Que lo echo de menos. Pero no quiero meter la pata.

—Entonces, ¿cómo estás? —rae pregunta al cabo de un momento—. Voy a seguir preguntándotelo.

—No muy bien. —Desplazo el pulgar hacia delante y hacia atrás desde la sien hasta el puente de la nariz. Doy otra calada y retengo el humo—. Tengo dolor de cabeza —le respondo, exhalándolo.

—No me digas.

—Suelo tener a veces.

—Recuerdo un segundo trimestre en particular que tuviste que guardar cama por lo mismo.

—¿Tenías cientos de estudiantes y te acuerdas de eso?

—Lo recuerdo —dice, riéndose.

—Mentí —le confieso—. Iba muy atrasada en tu asignatura. Me perdí la mitad de las clases.

Conrad se ríe.

—Entonces, ¿puedo preguntar qué hago aquí?

El humo baila en el aire nocturno.

—No es por tu clase —le digo—. Yo te quería.

Lo miro y él asiente. Ya lo sabe. De repente, parece saberlo todo. Lo que pasó, cómo acabará todo esto.

Así que se lo pregunto.

—¿Qué va a pasar ahí dentro?

Golpea el cigarrillo. Veo caer la ceniza.

—Creo que recordarás unas cuantas cosas.

—¿Qué quería a mi padre?

—Tal vez. —Aspira una calada—. Sería conveniente.

—Me dolería —le digo—. Al fin y al cabo, está muerto.

Conrad se ríe. Es otra risa franca.

—¿Y?

Miro hacia el restaurante. Dentro, Jessica está inclinada sobre la mesa, enseñándole la alianza a Audrey. Robert le está diciendo algo a Tobias.

—Y…

Si nuestra relación pudiera describirse con una sola palabra sería esa. Nunca un final. Nunca solo esto. Siempre ¿«y» si? ¿«Y» luego? ¿«Y» después? Siempre había una continuación.

—No lo sé —termino la frase.

—Eso ya no es cierto.

Tobias se inclina hacia Robert y se saca algo del bolsillo. Un reloj. Me acerco un paso más al cristal. Robert lo tiene en la mano. Es un reloj de bolsillo de oro. Se lo regalé a Tobias el día de su vigésimo noveno cumpleaños. Había sido de mi padre. Era lo único suyo que tenía que él hubiera usado y se lo di a Tobias. Era en parte brújula, en parte reloj. Recuerdo que le dije: «Así siempre encontraremos el camino de vuelta».

Esta noche lo ha traído.

—No hemos terminado —digo.

Conrad toma otra calada antes de apagar el cigarrillo en el pavimento. Me abre la puerta. Solo son las nueve y media. Todavía hay comida en la mesa. Pero no me refería a eso.

No hemos terminado. Estamos aquí para encontrar nuestro camino de vuelta.

ONCE

Tobias se fue al cabo de diez días. Se metió en un Prius destartalado que había comprado con un anticipo de la nómina y se dirigió a California con tres cajas que llenamos juntos. Incluso las etiqueté. *Ropa. Miscelánea. Arte*. Me besó y dijo que me llamaría en cuanto parara. Le pedí que no lo hiciera. Habíamos estado cambiando de planes toda la semana. Él quería que siguiéramos juntos; yo quería romper. No es que no quisiera estar con él, cada célula de mi cuerpo deseaba aferrarse a Tobias para siempre. Más bien era que no podía permitirme la clase de desamor que me esperaba. Cuando papá se fue, mi madre cambió las cerraduras y punto final. Sabía que yo también funcionaba así, no conocía otra manera de hacerlo. Tenía que cortar el cordón umbilical.

—Irás a verme el mes que viene y al otro cogeré un avión y vendré aquí. Nos turnaremos.

Una y otra vez me puse en lo peor. Llamaría a Tobias y él no respondería y entonces me lo imaginaría en la playa con alguna chica en bikini. No pensaría que me estuviera engañando, pero tampoco querría averiguarlo. Sin embargo, si cortaba ahora, él sería libre para hacer lo que quisiera en California, y con suerte yo me ahorraría un poco de dolor.

—Las relaciones a distancia no funcionan —le dije—. Si estamos destinados a estar juntos, será en otro momento.

—Eso no lo piensas —me respondió—. ¿Por qué nos haces esto?

Él tenía razón, no yo. Jessica diría eso, lo escribiría en el vapor

del espejo del baño. Me centré más en cuidarme. Después de todo, era él quien se marchaba. Me molestaba que quisiera responsabilizarme a mí también.

—Sí que lo pienso —dije.

Negó con la cabeza.

—Entonces, ven conmigo. —No se rendía. Era su respuesta día tras día. «Ven conmigo. Hagámoslo juntos, ahí también conseguirás un buen trabajo».

—Ya basta —contesté—. No puedo, ya lo sabes. Recuerda que yo también tengo una profesión. El trabajo editorial está en Nueva York.

—Claro que lo recuerdo. —Se peinó con la mano. Entonces llevaba el pelo bastante largo. Una cabeza plagada de rizos—. Pero te quiero a mi lado. Quiero estar a tu disposición cuando lo necesites. Quiero dormir contigo y prepararte el café por la mañana y ser parte de tu vida. Esto no es más que un capítulo. La próxima vez iremos adonde te haga falta a ti.

—Necesito que nos quedemos aquí.

Jessica creía que estaba loca.

—Lo amas —me decía, frenética. Hasta el instante que lo acompañé escalera abajo intentó hacerme cambiar de opinión. Estábamos en mi habitación, rodeadas de un revoltijo de cosas mías descartadas mientras empaquetaba las suyas—. Te arrepentirás de esto, sé que lo harás. Seguid juntos.

—No puedo —le dije—. Las relaciones a distancia nunca funcionan.

Lo que quería decir era: «No me abandonarán. No me abandonarán otra vez».

—¡Eso no lo sabes! —Lanzó una almohada contra la cama—. Lo has encontrado. Es él. Sabrina, te lo digo en serio. No lo pierdas.

Pero lo perdí. No me fui con él ni le pedí nunca que se quedara. Estaba de pie junto a su coche, el sol veraniego me daba en la cara llorosa, las palabras recorrían mi cuerpo hasta que estuve segura de que podría leerlas en mi piel.

—Por favor —fue todo lo que dije.

Creyó que le pedía: «Vete, hazlo rápido y no vuelvas a pedírmelo». Pero yo quería decirle otra cosa: «Quédate».

Me sujetó. Lloramos cada uno en el hombro del otro. No sabía cómo decirle adiós, así que no me despedí.

Volví dentro. Bajé las persianas y me tendí en el suelo de mi habitación.

—No sé qué puedo hacer por ti —me dijo Jessica, llorando también.

—Pues vete.

Y se fue. Tenía que irse de luna de miel, y durante la semana siguiente recibí mensajes suyos cada tanto. «¡Cabaña de miel!». Mensajes acerca de Sumir en una tumbona junto al mar. Un plato lleno de melón y plumarias. Sabía que solo intentaba recuperar la normalidad, olvidarse temporalmente del desastre. Yo respondía: «¡Qué bien!». «¡Oh!». «Me encanta». Ambas fingíamos.

Durante las primeras semanas, solo confié en Kendra, mi compañera de trabajo. Ambas éramos ayudantes y habíamos empezado con un mes de diferencia. Trabajábamos en la editorial Bluefire, que publicaba sobre todo libros infantiles. Kendra era una adulta eternamente niña, así que aquel era el trabajo de sus sueños. Yo me moría de ganas de pasarme a la no ficción, pero todos me decían que, una vez dentro, cambiar era mucho más fácil. Nos pasábamos la mayoría del tiempo programando reuniones y leyendo montones de manuscritos que nuestros jefes recibían de los agentes. Kendra era una lectora maravillosa, siempre dispuesta a encontrar el próximo Harry Potter. Pasábamos la hora de comer en la sala de reuniones, intercambiando manuscritos y *bagels* y tratando de encontrar el próximo peldaño para lo que viniera a continuación. Todo aquello me habría encantado de no haber tenido el corazón hecho añicos.

—Necesitas salir —me dijo Kendra—. Ya sabes que un clavo saca otro clavo, ponte debajo de otro.

—¿Y qué pasa si me gusta estar encima? —le pregunté.

Abrió unos ojos como platos.

—¡Bromea! ¡Está viva! —Kendra se sujetó la barriga, redonda y

regordeta como toda ella. Tenía el pelo liso y negro y los ojos más verdes que he visto, aparte de los de Tobias. Usaba gafas metálicas negras y camisas de hombre. También traía al trabajo las barritas de Toblerone que su madre le mandaba por docenas. Me pasaba el día con un subidón de azúcar.

—No puedo salir —le contesté—. No han pasado más que dos semanas. —No sabía nada de él desde que había llegado a California. Pero era lo que le había pedido, y lo estaba cumpliendo. Vivir sin él era como tener una espada clavada en el pecho permanentemente. Había detalles, como unos calcetines que había dejado y que encontré en la cesta de la ropa, o la cazuela Le Creuset de segunda mano en la que habíamos cocinado chile con carne en invierno. Todo el piso me recordaba a él. Toda la ciudad me recordaba a él.

—Una amiga de la universidad da una fiesta —me dijo Kendra —. En Harlem. A las ocho de la noche. Podemos tomarnos un margarita después del trabajo y pasarnos. Te quedas veinte minutos. —Se apartó y me estudió—. Así que, ya sabes, si te matas al menos podré decir que lo intenté.

Fuimos. En la fiesta había poca gente, diez personas merodeando alrededor de un sofá de dos plazas y un puf. Bebimos vodka caliente, comimos Tostitos y me quedé tres horas. Había un tal Paul que trabajaba en el departamento de diseño de Random House, un par de pisos más arriba que nosotras. Era bajito y de risa fácil. Al final de la noche dejé que me besara. Luego estuve saliendo con él casi dos años.

21.42

Conrad y yo hemos vuelto a entrar y la cena está en pleno apogeo.

Robert no ha dicho nada más; todavía lo estamos procesando.

Pero Conrad vuelve alborotado, revivificado por el aire nocturno.

—¿Más vino, *ma chérie*? —le pregunta a Audrey.

Ella asiente, con las mejillas coloradas. Lo observa mientras él le sirve vino y creo que, tal vez, Audrey Hepburn se esté enamorando del profesor Conrad. Cosas más raras han pasado esta noche.

Soy muy consciente de la presencia de Tobias a mi izquierda. Necesito averiguar qué fue lo que salió mal, para resolverlo, de manera que podamos encontrar nuestro camino de regreso el uno al otro. Me siento tentada a decírselo, para que lo intente conmigo, pero no estoy segura de que sea el momento adecuado. Lo miro. Está cortando el filete con la cabeza gacha, como sé que hace cuando sopesa algo. A Tobias nunca se le ha dado bien hacer más de una cosa a la vez.

—Oye —le digo bajito, para que solo él pueda oírme.

Me mira como si lo asombrara verme aquí.

—Hola. ¿Cómo estás?

Los dos nos reímos. Ha sido una pregunta tonta.

—Esto es muy raro —le digo.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego. Estamos sentados a una mesa con Audrey Hepburn.

—Ah. —Vuelve a centrarse en la comida.

Sigo hablando en voz baja.

—¿Qué?

—Nada. Creía que te referías a nosotros dos.

Trago saliva.

—A eso también —le digo.

Me sonríe. Esa sonrisa solía detenerme en seco. Me despojaba de la cordura y de la ropa en medio de cualquier pelea. Y creo que a lo mejor él lo sabe. A lo mejor piensa también que si estamos aquí es para volver a estar juntos.

—La comida está buenísima —comenta Conrad en voz un poco demasiado alta—. Realmente deliciosa. ¿Alguien ha probado la pasta?

Jessica alza la mano. Está enrollando unos cuantos *tagliatelle* con ayuda de una cuchara.

—Muy buena —dice con la boca llena.

—Tendríamos que haber hecho esto antes —dice Audrey, y todos nos echamos a reír. Por primera vez miro a mi alrededor y pienso que tal vez no haya sido tan mala idea, al fin y al cabo. Que quizá pueda suceder algo importante aquí, esta noche.

—Cierto, cierto —dice Conrad—. Audrey, entretennos. Después de todo, es la hora de comer.

—¿Con qué?

—¿Sabes que, cuando eras pequeña, tu madre solía cantarte *Moon River*? —tercia Robert apresuradamente, como si acabara de acordarse, emocionado.

—¿Es eso cierto? —se interesa Audrey.

—Me encanta esa canción —dice Jessica—. La bailamos en nuestra boda.

Recuerdo a Jessica y Sumir tambaleándose hacia Shania Twain, pero me lo guardo. Sé que no está mintiendo, al menos no a propósito. Jessica, a pesar de todos sus juicios de valor y sus opiniones, no tiene buena memoria.

—Era nuestra favorita —confiesa Tobias. Busca mi mano por debajo de la mesa, me la aprieta y me suelta. Pero ya nos hemos

tocado. Siento todo el cuerpo chispeante como una bengala.

—Canta para nosotros —le pide Conrad a Audrey, que se ruboriza.

—Oh, no, no. No puedo. Esto está lleno de gente.

—Tonterías —espeta el profesor—. A esta gente no le importará.

Se levanta y da una palmada. El restaurante enmudece. Los camareros dejan de servir. Las conversaciones cesan. Las copas se detienen en el aire.

—¿Le molestaría a alguien que mi querida amiga Audrey cantara una canción?

Como si obedecieran una señal, todos recobran el movimiento. El ruido nos rodea otra vez y la gente vuelve a comer.

—¿Ves? —dice Conrad—. No es ninguna molestia.

Audrey se detiene un momento a considerarlo. Espero que diga que sí. Quiero escucharla cantar. Me parece importante, en cierto modo. Su presencia no es solo para aligerar el ambiente, sino para algo más. Ella representa para mí un momento en el que las cosas estaban mejor; mis padres juntos y Tobias y yo felices y enamorados.

—Lo haré mal —se excusa ella—. Llevo mucho sin cantarla.

—Inténtalo —la anima Conrad, apretándole el hombro en un gesto de apoyo.

Y Audrey se pone a cantar. Tiene una voz angelical, apenas un susurro, pero, en cierto modo, más rica y más auténtica que en la película o que en la grabación de mi iTunes. Tengo la sensación de que las personas que nos rodean ni siquiera la oyen. Es como si, desde que ha empezado, estuviéramos en nuestra propia isla en medio del mar.

Moon river, wider than a mile…

Mientras canta, me transporto a una época muy anterior, cuando no estaban Tobias ni Jessica ni el profesor Conrad. Solo estamos Robert, Audrey y yo. Su voz, su propia memoria. Cuando termina, el silencio, como una nube de algo delicado, de telarañas o de oro, pende sobre nuestra mesa. Incluso Conrad parece no tener palabras. Robert es el primero en hablar.

—Ha sido maravilloso —dice—. Gracias.

Ella estira el brazo por encima de la mesa para cogerle la mano. Por primera vez en la vida, veo que mi padre está llorando. Todos estamos rotos por la voz de Audrey. Lo que se colará por las grietas todavía no lo sabemos.

DOCE

La relación con Paul iba bien. Hasta me gustaba. Sabía que estaba más comprometido que yo, a pesar de que no lo demostrara. Nos veíamos un par de veces a la semana y una el fin de semana. Seguimos viéndonos con esta frecuencia semana tras semana, no más y rara vez menos. Conocí a sus padres, pero solo porque habían venido a la ciudad y Paul tenía entradas para el partido de los Mets. Él no cocinaba y yo tampoco, así que pedíamos comida. Nos gustaban los mismos programas de televisión y dormíamos juntos los domingos. Me dijo que me quería a los siete meses de salir, en un italiano de Carmine que frecuentábamos. Le dije que yo también.

A veces tenía noticias de Tobias. Me enviaba *e-mails* con enlaces a artículos que me podían interesar, nunca a su trabajo. Le respondía en una línea o dos. «Gracias» o «Me ha gustado» o «Espero que todo te vaya bien». No nos preguntábamos nada.

Un año después cené con Matty. Me había mandado un mensaje de texto preguntándome si me apetecía que nos viéramos. Solo lo había visto una vez desde la partida de Tobias y lo echaba de menos, también era amigo mío.

Quedamos en el restaurante indio cercano a su antiguo piso, al que habíamos ido varias veces. Tobias, obviamente, ya no vivía allí, ni tampoco Matty, pero igualmente quedamos en aquel sitio. Una peregrinación a nuestro pasado. Se presentó con un ejemplar de la revista *Rolling Stone*.

Pedimos pollo al curri, lentejas amarillas y arroz con azafrán.

Cuando ya habíamos comido un poco, le pregunté por Tobias.

—Se apaña bastante bien. —Hablaba despacio, como si intentara no sobresaltarme, calibrando cómo me lo tomaría—. Creo que su trabajo está realmente bien.

No mencionó a ninguna mujer, y se lo agradecí. No estaba segura de si lo habría soportado.

—Sé que me matará si te lo cuento —prosiguió Matty—, pero quería que lo vieras.

Me entregó el ejemplar de *Rolling Stone*, que había estado en la mesa durante toda la cena como una pistola en la repisa de la chimenea. En portada salía el presidente Obama. Fui hasta la página doblada que contenía el artículo de portada.

—Estás de broma —le dije.

—Wolfe es quien las firma —me explicó Matty—, pero Tobias ha hecho todas las fotos.

El corazón se me llenó de orgullo y luego de tristeza porque no me había dicho nada. Era lo que más deseaba en el mundo y yo no estaba ahí para compartir su éxito con él. Se me pasó una idea por la cabeza: podíamos tener lo que queríamos pero estando separados.

Matty notó que estaba emocionada.

—¿Qué tal está Paul? —me preguntó. Recordé que lo había conocido hacía unos meses, en mi fiesta de cumpleaños, y que le caía bien.

Me aclaré la garganta.

—Bien —respondí. Era cierto—. Nos vamos a Portland la semana que viene.

Íbamos a pasar allí un fin de semana largo, para visitar la ciudad y hacer un poco de senderismo. Ya teníamos todas las reservas para las cenas.

—Bien. Me encanta Portland.

—Nunca he estado, pero Paul dice que a mí también me encantará.

Bajé la vista al plato. Matty me tocó el brazo.

—Oye —me dijo—. Sabes que creía que estabais destinados el uno al otro, pero quizás así sea mejor, ¿no crees? —Tragó saliva—.

Le está yendo muy bien y tengo entendido que a ti también.

Pensé en mi trabajo, en mi relación de pareja.

—Sí —contesté. Acaricié la revista, que seguía en la mesa—. Esto es increíble. Caray, Obama.

Matty sonrió, orgulloso.

—Una pasada. La semana que viene fotografiará a Harrison Ford.

Después de la cena con Matty, me fui acordando de Tobias cada vez menos. Me ayudaba saber que le iba bien, que no se había mudado para nada, que habíamos roto por un motivo. Me gustaba Paul, quizás incluso lo amaba. Era feliz. Empezaba a creer que todo había sido para mejor, cuando Tobias volvió. Era Navidad. Llevaba veintitrés meses en Los Ángeles cuando se presentó en mi piso.

Le alquilaba la otra habitación a una chica llamada Rubiah que cursaba un doctorado en física en Columbia y nunca estaba en casa. Era un alquiler cómodo y me gustaba tener compañía de vez en cuando.

No sé por qué esperaba encontrarme, pero me encontró. No había vuelto a casa con Paul. Mi madre y mi padrastro habían decidido irse de crucero durante las vacaciones. Mamá me preguntó si quería acompañarlos, pero me mareo. La gente que padece migrañas no debe poner un pie en un barco. De modo que había decidido pasar las vacaciones sola.

Metí unos macarrones con queso en el horno y preparé galletas. Estaba sentada viendo un especial del Canal Historia sobre el final del calendario maya que Rubiah había grabado en DVD. Era 2014, y ellos sostenían que aunque el fin del mundo no había llegado en 2012, tal como se esperaba, se acercaba.

Llamó al timbre. Escuché su voz.

—Hola —dijo—. Soy Tobias. ¿Puedo subir? —Como si nada. «Hola, soy Tobias. ¿Puedo subir?». Como si el mundo no fuera a acabarse. Como si no lo hubiera hecho ya.

Lo esperé en la puerta. El corazón me latía con tanta fuerza que tenía la vista nublada. Subió los escalones de dos en dos, como siempre. Apareció con una bolsa de viaje.

—Acabó de bajar del avión.

Debería haberle preguntado más. Debería haberle pedido una explicación. Fechas, horas, planes. Apenas habíamos hablado en aquellos veintitrés meses. Ni una sola vez desde hacía siete. Sin embargo, lo único que le dije fue:

—¿Cómo sabías que estaría en casa?

—Me he arriesgado. —Me puso las manos en las mejillas. Ni siquiera intenté rechazarlo—. Feliz Navidad.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

—Porque tú estás —me respondió.

—Fotografiaste a Obama.

Me miró, arqueando una ceja. Sonreía.

—Tengo entendido que Obama está bien y en la Casa Blanca —comentó.

Cabeceé.

—Creía que te iba de fábula.

—Y me iba —dijo—, pero sin ti no me bastaba.

Lo único que sabía yo era que lo echaba de menos. Verlo ahí de pie, donde Paul había estado tantas veces durante los últimos dos años, entrando, saliendo, siempre con decisión. Eso era cuanto había añorado. Era como si mi vida de los dos últimos años hubiera sido una película muda en blanco y negro; ahora él entraba en tromba, llenándola de sonido y color, haciendo que todo cobrara vida. Él era mi destino y había vuelto.

Lo besé para comprobar si era real, si no era una aparición. A veces había imaginado un reencuentro exactamente igual a este.

—Macarrones —dijo, sin apartar los labios de los míos.

Me molestó tanta seguridad, pero tuve la sensación de que estaba seguro de mí, de nosotros. No era solo que él confiara en recuperarme; era que yo estaba segura de que, si había vuelto, había sido por mí.

—¿Te vas a quedar? —le pregunté.

—Si aceptas mi compañía —respondió.

No necesitaba más. Es absurdo. Separadamente, al margen de todo lo demás, es el mayor tópico del libro. Pero ahí lo tenéis.

Dejó la bolsa en el suelo de la entrada. Me atrajo hacia sí y empezamos a besarnos contra la puerta del armario. Le pasé las manos por el cabello sucio. Sentí cómo me bajaba las suyas por la espalda. Había hecho el amor con Paul durante casi dos años y en todo ese tiempo no había sentido lo que sentía ahora con Tobias completamente vestida.

Me llevó hasta el salón y, desde allí, en brazos hasta la habitación. Conocía el piso. Había sido el de ambos y volvería a serlo, puede que ya lo fuera.

Me tumbó en la cama y me desnudó. Tenía ganas de él, estaba impaciente y además tenía hambre, pero se lo tomó con calma. Se sacó la camisa y se inclinó sobre mí. Estaba más moreno que unos años antes y era también más corpulento, como más denso. Lo miré.

—Te he estado esperando. —En cuanto lo dije supe que era cierto, lo había estado esperando. Paul, el piso, los dos años transcurridos eran algo irreal. Nada de eso me había parecido una espera, sino más bien un lento y duro esfuerzo por seguir adelante. Pero había estado equivocada. Todo aquel tiempo había estado luchando contra una corriente que intentaba arrastrarme al mar. Por fin dejaba que me llevase.

Me besó, y yo me incorporé y lo cogí por los hombros. Fue a besarme el cuello y me coloqué debajo de él mientras me ponía la mano entre las piernas.

El tacto de sus dedos me impulsó a sacarme las prendas que quedaban entre nosotros. Había sido una espera demasiado larga.

—Ahora —dije.

Entró en mí y llegamos al orgasmo rápidamente, a la vez. Se quedó quieto dentro de mí, inmóvil.

—Te echaba de menos —dijo.

—Yo echaba de menos esto —respondí.

Empezamos a movernos. El ritmo de nuestro cuerpo, la manera en la que sabía dónde tocarme exactamente y entendía mi lenguaje no verbal… Me sentía embriagada, ligera, como si por la intensidad de estar cerca de él pudiera arder espontáneamente.

—Sabrina —me susurró con dulzura.

Y todo lo que pensé fue mi nombre, mi nombre, mi nombre, una y otra vez. Me habían encontrado.

Después, entrelazados en la cama, le hablé de Paul. Me escuchó atentamente mientras lo ponía al día. La fiesta, los dos últimos años. No estaba celoso. Era Tobias: considerado, honesto, sincero.

—¿Quieres cortar con él? —me preguntó.

—Sí. —Volví a besarlo.

Rompí con Paul a la semana siguiente. Cuando volvió a la ciudad le propuse tomar un café. Fuimos a ese deprimente y ruidoso Starbucks de la calle Cincuenta y siete que siempre está lleno de niños. Llegué la primera. Quería escoger la mesa.

Para él pedí un café con leche entera, y para mí, un café corto solo. Creo que ya lo sabía. Normalmente sonreía cuando nos encontrábamos. Para Paul la vida era como el estribillo de una canción melódica conocida. Sin ningún momento crucial. Sin crisis inspiradoras.

Pero supo lo que significaba aquel café.

—¿Qué ocurre? —me preguntó en cuanto se sentó, después de darme las gracias por el café. Paul era muy educado.

Pensaba decirle que creía que no hacíamos buena pareja, que yo no sentía lo que mismo que él. Todo eso era cierto, claro, pero no fue esa la respuesta que le di.

—Ha vuelto —le dije.

Paul estaba bastante enterado de lo de Tobias. Al principio me pillaba llorando. Algunas veces incluso después de tener relaciones, cosa que a ambos nos hacía sentir fatal.

—Ya veo.

Después dijo muchas cosas más. Que Tobias volvería a dejarme. Que Tobias no me merecía. En ningún momento, sin embargo, intentó convencerme de que me quedara con él. No defendía nuestra relación. Sabía que no había mucho por lo que valiera la pena luchar.

No lo culpé. Solo conocía lo peor de Tobias. Medias verdades y algunas invenciones del corazón de alguien a quien se lo han roto. El hombre de carne y hueso no tenía nada que ver con la imagen

incompleta que tenía Paul. No podía recriminarle que se hubiera formado de él una idea equivocada. Aparte de que, por supuesto, era acertada en parte.

Salí del Starbucks y llamé a Tobias. Se reunió conmigo en la parte alta de la ciudad. Cuando me vio de pie en la puerta me abrazó.

—Lo siento —dijo. Eso fue todo. Dejé que la disculpa se expandiera. Dejé que abarcara los últimos dos años.

Volvimos a casa, pedimos *dosas* y comimos en el suelo. Teníamos veintisiete años. Entonces me sentía cerca de los treinta, pero ahora, aquí, me parece que estaba más cerca de los veinte.

Nos quedaban veinticuatro meses. El reloj ya estaba en marcha aunque yo no lo supiera. Estar allí con él, a finales de invierno, me parecía el principio de la eternidad.

21.48

Precisamente ahora el tiempo está haciendo esto tan extraño. Estamos terminando de cenar. Compartimos bocados. Jessica le pasa un poco de pasta a Audrey, que se la cambia por una ostra.

El vino nos ha llevado a una desenfadada intimidad, pero por primera vez desde que nos hemos sentado percibo la urgencia de esta noche. La necesidad de resolver y rectificar lo que debo antes de que el reloj dé, qué, ¿las doce? La hora, sea cual sea, en que nos levantemos de la mesa y cada cual retome su camino.

—Todavía tienes el reloj de bolsillo —le digo a Tobias.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta Jessica al mismo tiempo.

La pregunta me sorprende tanto que me aparto de Tobias.

—¿Qué quieres decir?

Jessica parte un pedazo de pan y lo empapa en salsa.

—Me sé la lista; estaba cuando la hiciste. Yo no formo parte de ella. A ver, vivo a cuarenta y cinco minutos de tu casa como mucho. Puedes verme siempre que quieras.

Hace casi dos años taché el nombre de mi abuela y escribí el de Jessica. Fue fruto de la ira. Todavía tenía el pósit arrugado y con los bordes doblados. Un recuerdo de la Jessica que solía estar conmigo, que llenaba nuestra sala de estar con papel maché y con su presencia.

Jessica no está acostumbrada a beber tanto y veo los signos reveladores de su parquedad con el vino. Las mejillas coloradas, la mirada ligeramente desenfocada.

—Puedo verte, pero nunca lo hago.

Jessica deja el tenedor.

—Eso no es justo.

Jessica y yo no nos hemos peleado, todavía la considero mi mejor amiga. No tuvimos ninguna bronca, ningún desacuerdo. Sin embargo, a veces tengo la sensación de que algo irrevocable sucedió entre nosotras, y el hecho de que no pueda señalar cuándo solo lo empeora. Si nos hubiéramos peleado podríamos hacer las paces, pedirnos disculpas, recuperamos. Pero no puedes pedir perdón por un lento distanciamiento.

—Pero es verdad —le digo—. Siempre estás muy ocupada. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a la ciudad?

—Tengo un bebé —contesta ella.

—Ya estabas demasiado ocupada antes de tener a Douglas.

La mentalidad de Jessica es «si no te veo, no pienso en ti». De vez en cuando, a lo largo de nuestra amistad, me ha dicho, siempre de entrada, que eso no significa que me quiera menos. «Me olvido, pero eso no quiere decir que no te necesite ni que no me importes».

Ya casi no tenemos una verdadera amistad. Creo que la última vez que la vi fue hace tres meses, en el bautizo de Douglas. Tiene un bebé de siete meses al que solo he visto dos veces.

—Desde que te fuiste de nuestro piso es como si te hubieras desvanecido en la atmósfera —le reprocho—. Nunca me llamas. Dices que soy tu mejor amiga, pero ¿según qué baremo?

—¿Estabas? —Vuelve hacia mí todo el cuerpo. Veo por un momento a la mujer que conocía a los veintidós años. Apasionada y viva, que escribía «Tú eres hoy» con pintalabios en los azulejos del suelo de nuestra cocina—. Estabas completamente pendiente de Tobias. Yo me mudé, pero tú seguiste adelante. Apenas pude contar contigo mientras preparaba la boda. Y no te culpé. Quería que fueras feliz. Todavía quiero que lo seas.

—Pero no lo soy —le digo—, ni lo he sido.

Veo que Audrey se inclina hacia delante al otro lado de la mesa, pero Conrad la empuja suavemente hacia atrás.

—Todavía crees que puedo solucionar esto por ti —dice Jessica en voz baja.

—No creo que puedas solucionarlo. —Me tiemblan los labios y

sé que ella sabe que estoy a punto de llorar. Conoce todos mis gestos, igual que yo conozco todos los suyos—. Solo quiero que quieras seguir intentándolo.

Y eso es, justo eso, lo que más me duele. No los hechos en sí, por supuesto que no. No las cenas y las llamadas que me he perdido, ni los planes pospuestos, sino el dolor, en lo más hondo, porque ella ya no quiere que las cosas sean de otra manera. Porque está tan inmersa en su vida que nunca piensa en cómo es la mía.

—¿Más vino? —me ofrece Audrey.

La veo de pie junto a mí, con la botella. Debe haberse escabullido del alcance de Conrad a la velocidad del rayo. Me pone una mano en la cabeza, un gesto tan maternal que me resulta momentáneamente insoportable. Audrey no es mucho mayor que yo, dondequiera que realmente estemos; sin embargo, es como si hubiera comprimido toda su vida en este cuerpo. Tiene sesenta años y veintitrés y diecisiete a la vez.

Me llena la copa. También sirve vino a Jessica y a Tobias.

—Lo siento —dice él despacio.

—Esto no es cosa tuya —le digo.

—No puedes arreglarlo —le dice Jessica—. Yo no puedo, y tú tampoco. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido esta noche? Te quiero, Tobias, pero lo estás empeorando. Te das cuenta, ¿verdad?

—Lo estoy intentando —replica Tobias.

Se me alegra el corazón. Él sabe lo que tiene que pasar aquí esta noche. También quiere encontrar su camino de regreso para rectificar lo que salió mal y volver a empezar.

—No —dice Jessica—. No lo estás intentando. Estás aquí hablando de cosas y recordando cosas. ¿Qué crees que va a pasar?

—¿Por qué tiene que pasar algo desagradable? —le pregunto yo —. ¿Por qué no podemos recapitular y arreglar lo que salió mal? ¿No estamos aquí para eso?

—No entiendes nada —me responde Jessica—, y ya he tenido que explicártelo demasiadas veces.

—¿Explicarme qué? ¿Que no vivimos según los estándares de lo que una relación debe ser para ti? ¿Que si vuelvo con él no cuente

contigo esta vez para recoger los pedazos?

—No. —Jessica mira su copa de vino, como si esperara encontrar la respuesta en ella.

—Por favor, Jessica —le advierte Tobias. De repente su voz me resulta completamente desconocida.

—Lo siento —dice ella, mirándome con los ojos húmedos—. Tobias está muerto.

TRECE

Durante cinco meses, Rubiah, Tobias y yo vivimos juntos. Rubiah y Tobias se llevaban bien. Ella no solía estar en casa pero, las pocas veces que estaba, cuando yo volvía solía encontrármelos tomando cerveza o jugando a algún juego de mesa. Matty había aficionado a Tobias a jugar al Risk, y de vez en cuando quedaban para echar una partida en el Uncommons del West Village.

La relación de Rubiah con Tobias era amigable, y práctica, y me ayudó a no echar tanto de menos a Jessica, que se alegró cuando Tobias regresó, porque yo sabía que ella no había querido que rompiéramos. Sin embargo, se había casado y se iba volviendo cada vez más crítica, en mi opinión, con las decisiones que no coincidían con las suyas. Había madurado más deprisa, desde luego más deprisa que Tobias y yo, o que cualquiera de mis amigos. Tenía una familia y se había saltado por completo la etapa de veinteañera, esa montaña rusa en la que yo solía sentirme. Así que vivíamos con Rubiah y funcionaba.

Nuestra versión actualizada de *Apartamento para tres*, por llamarla de algún modo, duró poco, sin embargo. En verano de 2015, Rubiah consiguió un trabajo en Columbia y se fue. Tobias y yo nos mudamos también.

Llevaba en aquel apartamento de la Décima Avenida desde el principio, desde hacía casi cinco años, y me tenía tan cansada como enamorada. Me encantaba lo mucho que me había ocurrido en él. Como cuando Jessica y yo nos mudamos sin nada más que una maleta cada una y una caja de libros que habíamos enviado por

correo desde la universidad. El recuerdo de nuestro primer viaje a Ikea (tuvimos que convencer al casero para que nos alquilara un coche porque todavía no teníamos veinticinco años), con Jessica por los pasillos con el carrito, discutiendo si comprar un sofá o dos sillones (nos decidimos por un sofá de dos plazas y una silla). Las madrugadas viendo reposiciones de *Friends* y aquel primer año, cuando Jessica se levantaba antes que yo e iba a la tienda de *delicatessen* de la esquina a comprar café para las dos, uno con leche aromatizado con avellana y otro Splenda.

Por otra parte, detestaba el fregadero oxidado, y que el baño se inundara cada vez que los vecinos de arriba se duchaban, y lo ruidosas que eran las habitaciones que daban a la calle. Estaba preparada para algo nuevo, del mismo modo que lo estás cuando terminas la secundaria y empiezas bachillerato, no por decisión propia, sino porque ha llegado el momento de hacerlo.

Tobias y yo encontramos un piso de un solo dormitorio en la calle Octava, entre la Sexta Avenida y MacDougal. Era antiguo y pequeño, con los fogones oxidados y las paredes agrietadas, a pesar de estar recién pintadas. Sin embargo, nuestra habitación no daba a la calle y era poco ruidosa. Era el tercer piso que veíamos y nos lo quedamos inmediatamente.

Tobias había estado buscando mientras yo trabajaba. Quería mudarse a Brooklyn, pero gané yo, que tenía claro que no quería irme de Manhattan. Acabó cediendo. Ni siquiera me lo discutió. Sabía que lo de Brooklyn era imposible, me parece.

—Lo he encontrado —me dijo por teléfono.

Miré la hora: eran las once y treinta y ocho de la mañana.

—¿Es el primero que has visto? —le pregunté.

—Es perfecto —contestó—. Confía en mí.

Me escabullí media hora después para ir a comer y reunirme con él en el portal del edificio. Llevaba un ramo de girasoles de temporada.

—Bienvenida a casa —me dijo cuando llegué.

Subimos hasta el sexto por la escalera, y en cuanto entré supe que tenía razón. No era perfecto, ni mucho menos, pero era ideal

para nosotros. Tobias estaba emocionado.

—Podemos pintar el salón —decía—, ¿qué tal de amarillo? —Me abrazó la cintura.

—Es fantástico —respondí—. ¿Cuánto cuesta?

Me miró de reojo.

—Dos mil cuatrocientos, pero creo que solo nos pasamos trescientos de presupuesto. Y la de la inmobiliaria me ha dicho que, por ser nosotros, reducirá a la mitad sus honorarios. —Se encogió de hombros.

Por un instante me imaginé a una morena patilarga con maletín enrollándose con Tobias en la encimera.

No tuve las agallas para decirle que ya habíamos fijado el presupuesto doscientos dólares por encima de lo que podíamos permitirnos realmente. Yo también quería ese salón amarillo.

Matty nos ayudó con la mudanza. Le pidió prestada la furgoneta a su padre y la forró de mantas. Tobias había vendido el Prius en Los Ángeles. Matty ya no estaba en la universidad, sino trabajando en un banco.

—Demasiado bien pagado e hiperestimulado —decía Tobias que estaba Matty en su nuevo trabajo—. Como un cachorro en celo.

—Está muy emocionado —le dije. Estábamos amontonando cajas. Tobias dejó con cuidado una lámpara en el suelo. Matty estaba abajo porque tenía la furgoneta aparcada en doble fila.

—No. Estaría emocionado si trabajara en lo suyo. Simplemente, corre a toda pastilla en una rueda de hámster.

Le echaba en cara a Matty que no hubiera esperado hasta encontrar trabajo en una empresa incipiente o desarrollado una app por su cuenta. En su opinión se estaba vendiendo. Sin embargo, Matty solo tenía veintitrés años. «Primero el dinero, luego la independencia», le respondía siempre que Tobias sacaba el tema.

A mí Matty me parecía feliz, pero aquello me hizo entender la difícil relación de Tobias con el éxito, el dinero y el trabajo por cuenta ajena. Había triunfado en Los Ángeles y le había gustado, pero porque consideraba que el suyo era un trabajo creativo e importante. Era un artista nato: el éxito de ventas no era para él un

objetivo, sino más bien casi siempre un problema. Más de una vez le oí decirle a Matty que había dejado de escuchar a tal o cual grupo musical porque había triunfado. «El sonido cambia —le decía—, deja de ser puro».

Con Wolfe no había quedado muy bien, porque renunciar no formaba parte del trato, y estaba trabajando para uno de sus rivales neoyorquinos, una situación según él muy frecuente. No viajaba tanto, cosa que a mí me gustaba y que a él le parecía bien. Casi todas sus sesiones fotográficas eran para las grandes firmas publicitarias de la ciudad. No era tan guay, pero tampoco tan malo como el trabajo en Digicam y el sueldo era digno; era un trabajo y estábamos juntos. Sin embargo, yo sabía que no acababa de satisfacerlo y eso me angustiaba. Defender a Matty era mi modo de apaciguar la culpa que sentía por Tobias: «Madurar está bien».

Me quedé en el pisito con suelo de parqué mientras Matty y Tobias se turnaban para subir las cajas por la escalera. Les daba instrucciones: «A la izquierda. Déjala en el dormitorio. Ponía en esa pared».

Teníamos demasiadas cosas para un piso tan pequeño, que no llegaba a un tercio del tamaño del piso anterior. Con los años había acumulado muchas cosas. Sillas antiguas, cojines y taburetes de las tiendas de segunda mano de la Segunda Avenida. Grabados recogidos en las aceras de Nueva York. Muebles raros de Ikea (¿eso es una consola para el televisor o un escritorio?). Utensilios de cocina mezclados con fiambreras y sartenes. Rubiah no se había llevado casi nada, y Tobias era incapaz de tirar nada (¿y si nos hacen falta dos varillas para batir huevos?). Aquella necesidad de acumular cosas era un rasgo extraño en él. Intenté frenarla, pero la mudanza era tan estresante que al final nos lo llevamos casi todo.

Todo menos, curiosamente, la fotografía que le había comprado hacía tantos años. No encontraba por ninguna parte el hombre de la tribu. No estaba en las cajas que íbamos vaciando, ni entre los artículos de aseo, ni tampoco en ninguna bolsa de ropa. A medida que los días pasaban e íbamos abriendo cajas y colocando los platos en la cocina, el pánico se fue apoderando de mí. Me pasé por el

antiguo piso. Nadie había visto la fotografía. Llamé a Matty para que comprobara si se había quedado en la furgoneta, y nada. Una semana después de la mudanza, me senté en el suelo de la habitación para mirar por enésima vez debajo de la cama.

—Date un respiro —me dijo Tobias. Parecía que le importaba bien poco el paradero de la foto. Se me ocurrió que a lo mejor se había deshecho de ella.

—No puedo —le respondí—. Fue la primera cosa tuya que tuve.

—¿Y qué más da?

—Estaba ahí desde el principio —le dije.

—Nosotros también estábamos.

—Estás de broma, ¿no?

En la cocina, Matty intentaba preparar un plato muy condimentado. Llevábamos toda la semana pidiendo *pizza* para cenar; estaba segura de que esa noche también pediríamos.

Tobias me abrazó.

—¿Qué me importa una fotografía si te tengo a ti?

—Nunca te gustó esa foto.

Siguió ordenando los libros de la estantería.

—No era mi favorita, y he hecho cosas mejores. Tenía diecinueve años, era un pringado.

No lo entendía. ¿Qué más daba la calidad de la fotografía? Lo importante era su historia. Era nuestro hilo de Ariadna, quizás incluso nuestro grial. No podía perderla. Por alguna razón, tenía la sensación de que perderla marcaría un antes y un después en la relación, como un mal presagio. Como si la fotografía fuera nuestro amuleto de la suerte y sin ella estuviésemos condenados al fracaso.

—¿Te has deshecho de ella? —le pregunté—. Dime la verdad.

—No —me contestó, y se fue del salón.

Aquella noche, una de las primeras en nuestra nueva casa, no pude dormir pensando en la fotografía, en dónde podía estar. En cómo, con todo lo que nos habíamos llevado, entre todos los muebles y electrodomésticos inútiles, tenía que haber sido la fotografía lo que se había perdido. La había tratado con mucha delicadeza. La había descolgado y envuelto con el mismo papel que

la había cubierto durante dos años, doblado y asegurado con cinta adhesiva. ¿Qué había sido de ella?

Tobias roncaba tranquilamente a mi lado. Tenía la cabeza apoyada en mi pecho y los rizos me hacían cosquillas en el cuello. Pensé en el chico que había hecho la fotografía, a quien yo había ido a ver hacía años. No lo había encontrado a él, pero había encontrado su foto, y por poco que hubiera tenido, tenía esa fotografía, o la había tenido. La imagen granulosa de aquel hombre. Me pregunté si me había estado aferrando a algo equivocado.

21.52

Tobias está muerto. En cuanto Jessica lo dice, noto el metal atravesándome el cuerpo, la presión del acero, los golpes contra el cemento desgarrándome la piel. Cuando atacaron a Tobias, lo noté todo, cada costilla rota y hasta la última gota de sangre. He tratado de olvidar lo que sucedió, pero sucedió, claro. Él ya no está.

«Estúpida. Estúpida, estúpida, estúpida, estúpida, estúpida».

Jessica me mira con curiosidad, como si no estuviera segura de cuál será mi reacción. Como si fuera a volcar la mesa, cosa que no haré, por supuesto. Esto no es ninguna sorpresa. Está muerto, lo sé. Yo estaba presente.

Conrad me mira preocupado.

—Oh, Dios mío… —susurra Audrey, una y otra vez.

Robert no dice nada.

—Lo siento —dice Tobias—. Lo siento mucho. Creía que esta noche…

—¿Qué? —lo corta Jessica, otra vez indignada—. ¿Qué podrías retroceder el tiempo?

Por alguna razón, de repente todos miramos a Conrad. Tal vez porque es profesor de filosofía, tal vez porque hasta ahora ha llevado la batuta en esta mesa, pero creo que también por otra cosa. ¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo ha pasado esto?

Nos hace un gesto con las manos como para apaciguarnos.

Audrey interviene.

—Creo que necesitamos un momento para digerir la noticia.

Jessica se lleva las manos a la frente.

—Sin ánimo de ofender, ya llevamos un año digiriéndola.

La realidad de su muerte me golpea como ha hecho tantas otras veces. Las primeras semanas me despertaba jadeando, sin respiración. Un cubo helado todas las mañanas cuando me doy cuenta de que no es un sueño, de que esta es mi realidad: ya no está.

Y, sin embargo, por primera vez en un año siento una semilla de algo diferente, de algo brillante, nuevo. Porque tal vez…

Busco la mano de Tobias debajo de la mesa y esta vez se la cojo y no la suelto. Enlaza los dedos con los míos y noto la fría presión de su palma. Esto es lo que echo de menos. Esto. A él. Su cuerpo.

Sé que Audrey no volverá, ni mi padre, pero Tobias puede.

Tobias es mío. De no ser por nuestro error, de no ser por lo que salió mal, seguiría aquí. Me corresponde a mí arreglarlo.

—¿Y si estamos aquí por eso? —le digo. Me tiembla la voz y veo mi inseguridad reflejada en el rostro de mis compañeros de cena.

—No sé si… —empieza Robert.

—No —lo interrumpo. Es esto, tiene que serlo. He dado con la llave. No me interesa otro punto de vista. Quiero coger de la mano a Tobias y sacarlo de aquí, alejarlo de todos estos escépticos—. Esto es lo que estamos haciendo aquí esta noche. Estamos siendo capaces de cambiar las cosas.

—Sabrina —dice Audrey, y es la primera vez que se dirige a mí por mi nombre—. No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —le espeto, retadora, furiosa—. ¿Qué otra cosa importa, en realidad, aparte de volver a tenerlo? —Me vuelvo hacia Conrad—. Tú mismo has dicho que estamos aquí para averiguar qué sucedió.

—He dicho para averiguarlo —me responde—, no para cambiarlo.

—A lo mejor podéis hacer las paces —dice Robert—. Sé que suena…

—No. Dejadlo, por favor, todos. —Sus voces me parecen ásperas, atronadoras, como la taladradora que perfora el cemento de delante del apartamento de la Décima un sábado a las siete de la mañana. Quiero que cesen.

Miro a Tobias y sus ojos están llenos de la misma esperanza que siento, y me zambullo en ese espacio compartido entre los dos. El lugar al que hemos recurrido una y otra vez durante diez años, donde lo único que necesitábamos era tenemos el uno al otro, que suavizó nuestros momentos más difíciles, que volvió a unimos.

—Podemos intentar cambiar, ¿verdad? —dice Tobias.

—No puedo quedarme para esto —asegura Jessica—. No puedo. No puedo veros… —Se levanta, y Audrey también.

—Siéntate —le ordena.

Jessica se queda sorprendida. Se cierra más la chaqueta.

—No lo haré.

—He dicho que te sientes —repite Audrey, esta vez con más contundencia incluso.

Conrad le pone una mano en el brazo.

—Esta cena es de Sabrina, ¿recuerdas? Jessica, por favor.

Jessica niega con la cabeza pero se deja caer en la silla.

—Para vosotros es fácil. Si no funciona, seré la única que tendrá que quedarse. Todos os iréis, pero yo tendré que escucharla diciendo que no salió bien, que se siente como si lo hubiera perdido nuevamente… —Se le quiebra la voz y se muerde el labio inferior.

—Jess —le digo, sin soltar la mano de Tobias—. Lo siento; tengo que hacerlo.

—¿Quieres que me quede aquí sentada? —me pregunta, enjugándose la mejilla con el dorso de la mano.

—No. Ninguno de los presentes me conoce tan bien como tú.

—Eso no es cierto. Tobias sí.

—No. Tobias no.

Tobias me conocía en lo concerniente a las grandes ideas, las de gran alcance, eternas e invariables. La suerte. El destino. La corriente eterna de la vida. Pero en las minucias, en el día a día, en el café y la rosca de semillas de amapola, en las reposiciones de *Friends* y mi preferencia por el bolígrafo en lugar de por el rotulador, es ella la que me conoce. Ella siempre ha sido la persona a la que acudo en caso de emergencia. Nunca he escrito «Tobias»; siempre, «Jessica».

—Por favor —le pido—. Te necesito. Y necesito que te quedes.

Me mira y veo en sus ojos que está cansada, que no quiere hacer esto, que sabe que es un error, que nunca volveremos a encontrarnos. Sin embargo, asiente.

—Vale —me dice—. Es tu cena.

Tobias me aprieta la mano.

Conrad se aclara la garganta.

—Nos estabas contando que regresó de Los Ángeles —dice.

—Éramos felices. —Tras una pausa, porque por primera vez no solo quiero revivir mi experiencia, sino que quiero escuchar la suya también, porque quiero saber cómo fue para él todo aquello, le pregunto—: ¿No lo éramos?

Tobias se vuelve de golpe hacia mí, casi con violencia.

—Por supuesto —me responde—. ¿Cómo puedes siquiera preguntármelo?

—Pueden ser verdad muchas cosas a la vez —comenta Jessica.

CATORCE

Ese verano, tras la vuelta de Tobias, cuando vivíamos en la calle Octava, fui tan o más feliz que el primer año que habíamos pasado juntos. Íbamos en bicicleta por la ciudad, tomábamos helados en Big Gay, en High Line, y pasamos tardes enteras sentados en una manta a la sombra de un árbol en Prospect Park. Ahora que lo recuerdo, era como si tuviéramos la sensación de estar solos en la ciudad, cosa que, obviamente, no era cierta. Yo seguía con mi trabajo y empezaba a parecerme que la literatura infantil era mi terreno. Había apostado por un manuscrito para preadolescentes sobre la esposa de Shakespeare, Anne Hathaway, a los once años. Mi jefe lo había comprado y le había dado prioridad. Sentía que se me daba bien aquello.

Matty salía con Beth Sterns, una escritora que estudiaba en la universidad New School, y Tobias y yo pasábamos mucho tiempo con ellos. Beth tenía una extraña obsesión: siempre estaba comiendo pipas; en el metro, en los museos, hasta en los restaurantes. Adondequiera que fuera dejaba un rastro de cáscaras. Era simpática y de mente aguda. Matty seguía trabajando en el banco y sopesaba meterse en un fondo de cobertura, un giro que Tobias, obviamente, desaprobaba. Matty se sinceraba cada vez menos con él. «No quiere ni oír hablar del tema», decía después de expresar su preocupación.

—Sé que lo he decepcionado —me dijo Matty una noche de agosto. Estábamos en la cocina de su piso nuevo, con amplias vistas y electrodomésticos brillantes. Matty me sostenía el cubo de la basura mientras yo echaba los envases vacíos de comida. Beth y

Tobias estaban en el salón preparando un juego de mesa.

—No lo has decepcionado —contesté—. Conoces a Tobias, sabes que tiene unas expectativas demasiado elevadas.

Matty asintió.

—Tampoco es que él esté haciendo lo que le da la gana. ¡Si anuncia ambientadores!

Me apené. Odiaba que me recordaran la verdad sobre la trayectoria profesional de Tobias: que estaba desaprovechando su talento artístico para estar en Nueva York conmigo.

—A veces me preocupa —dijo Matty.

Me había manchado la mano de curri, así que fui al fregadero para lavármela con agua y de paso dejar un poco de espacio entre Matty y yo. Seguíamos en aquel verano perfecto. No quería enterarme de lo que Matty había visto. Me vino a la memoria la cena con él dos años antes. Lo orgulloso que estaba. Me había dicho que quizá la separación hubiera sido lo mejor para ambos.

—Está bien —le contesté, todavía dándole la espalda—. Es un trabajo provisional.

—Eso creía yo. Tobias tenía mucho talento. Encontraría uno mejor y, esta vez, en Nueva York. Cerré el grifo—. Beth es estupenda.

Matty encajó el cambio de tema con un profundo suspiro y me ofreció un trapo.

—Sí que lo es. Aunque preferiría que se pasara a las almendras. —Ambos nos reímos.

Volvimos al salón. Tobias se había unido a Beth, y los dos estaban sonriendo con los dientes negros.

A mi amiga Kendra le iba incluso mejor que a mí en el trabajo. Todavía no había dado con el nuevo Harry Potter, pero había conseguido una serie británica de un autor famoso que hasta entonces (como era bien sabido) se había negado a publicar en Estados Unidos. Gracias a eso la habían ascendido a socia. Ahora tenía oficina propia, y a pesar de que la echaba de menos en la zona abierta, eso nos vino de maravilla.

Era jueves. Kendra y su novio pagaban a medias una casa en Los

Hamptons o, mejor dicho, la pagaba él. Nuestro salario en la editorial apenas alcanzaba para pagar el alquiler y mucho menos un alquiler en la playa además. Salía con Greg, un asesor financiero, que no pegaba con ella ni con cola. Lo había visto una sola vez, en una barbacoa del trabajo que nuestro jefe organizó en su casa de Wetchester, con un jardín y una parrilla perfectos para la ocasión. Había estado casi todo el rato pegado al teléfono.

—Tengo que perder cuatro kilos y pico —me dijo Kendra. Estábamos comiendo en su oficina. Me fijé en que había adelgazado más de cuatro desde el invierno anterior. Desde que salía con Greg apenas comía. Por mi parte, llevaba el suficiente tiempo en Nueva York como para saber que, al típico asesor financiero blanco, anglosajón y protestante, le solían gustar las rubias monas y flacas como un palo. Kendra no tenía ninguna de esas características. Si Greg hubiera querido otra clase de mujer, la habría buscado, digo yo. No entendía la repentina obsesión de Kendra por adelgazar.

—No quiero llegar a los treinta soltera. ¿Me entiendes? —me respondió cuando le pregunté por aquella obsesión.

Debido a la presencia de Tobias en mi vida desde los diecinueve, no pensaba nunca en la soltería. Sabía que mientras Tobias estuviera en este mundo yo no estaría soltera, literalmente hablando.

—¿Pensáis casaros? —soltó Kendra.

Me quedé mirando el sofrito de verduras. No. Habíamos hablado del futuro, queríamos viajar. De vez en cuando fantaseábamos con tener un hijo. De Tobias heredaría el cabello; de mí, el equilibrio. Pero no pasaba de ser una hipótesis.

—De momento disfrutamos con lo que tenemos ahora —le contesté a Kendra—. No tenemos prisa.

Pero lo cierto era que yo sí que lo había pensado, por mi cuenta. El regreso de Tobias era tan significativo que deseaba formalizarlo. Casarnos no garantizaba que fuéramos a estar siempre juntos. Mi madre me enseñó de joven aquella lección. Pero, aun así, quería que fuera oficial. Quería levantarme y que nos comprometiéramos el uno con el otro ante nuestros seres queridos. Papeleo y una comunidad, una vida compartida. Quería vivirla unida a él. Y Jessica llevaba

algún tiempo repitiéndome: «Lleváis cinco años juntos, ¿qué intenciones tiene?».

No lo sabía, y no me parecía conveniente preguntárselo. Quería creer que Tobias triunfaría, que algún día tendríamos el suficiente dinero para hacer lo que nuestros amigos ya estaban haciendo, pero había dejado su trabajo para estar conmigo. No iba a poner el dedo en la llaga.

—Eres muy confiada —me dijo Kendra, pintándose la raya con un lápiz de ojos khol que por entonces llevaba siempre a todas partes —. Ojalá nos pareciéramos en eso.

Me encogí de hombros. No me sentía muy confiada; es más, la mayoría del tiempo me sentía completamente insegura. Lo quería, sin embargo, y él me quería a mí. Con eso bastaba.

Aquella noche, una semana después de estar en casa de Matty, Tobias y yo preparamos pasta y cenamos en la cama. Hacía mucho calor y la habitación era el único sitio donde había aire acondicionado. El resto de la casa rondaba los treinta grados. Nunca supe qué era peor: abrir las ventanas o dejarlas cerradas.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años? —le pregunté a Tobias.

Se echó a reír. Se le escapó el tenedor, que aterrizó en la almohada. La mancha de salsa de tomate parecía un miniescenario del crimen.

—Aquí.

Mojé la servilleta en el agua de mi vaso y se la di.

—Lo digo en serio.

—Contigo —respondió, captando de qué iba el tema.

—Ya —dije—. ¿Y el trabajo?

Tobias frotaba la almohada.

—No lo sé. Este trabajo está bien. ¿A qué viene esto?

Inspiré profundamente, armándome de valor.

—Porque hoy Kendra me ha preguntado si vamos a casarnos y no he sabido qué responderle.

Tobias seguía limpiando la almohada.

—Dile que no es asunto suyo.

—Pero es asunto mío. Además, Jessica también me lo pregunta.

Al menos podríamos hablar del tema.

Tobias dejó de limpiar y me miró.

—¿Quieres que nos casemos? —me preguntó.

—Sí.

Se quedó pensativo. Era un cambio de planes, un desvío en el metro, previsión de tormenta para un pícnic de verano.

—Es bueno saberlo —dijo.

—¿Qué quieres decir?

Tobias suspiró.

—Quiero decir lo que he dicho. Es bueno saberlo. No sabía que el matrimonio fuera tan importante para ti, y ahora lo sé.

—No digo que me importe tanto. Solo he dicho que deberíamos hablar del tema. Es lo que hacen las parejas cuando llevan juntas lo que nosotros llevamos.

Tobias dejó el plato en la mesilla de noche.

—Explícame ahora mismo lo que el resto de las parejas hacen, ¡deberíamos tomar nota! ¿Cómo hemos sobrevivido haciendo lo que queríamos?

—No me refiero a eso.

—Sí, te refieres exactamente a eso. Nunca te parece bien que seamos tal como somos. En todo momento compruebas que estemos siguiendo las reglas. —Se estaba enfadando. La vena de la frente se le hinchaba cuando se enfadaba.

—¿Tan terrible es que quiera lo que tienen los demás? Jessica y Sumir y…

—¿Son la viva imagen de la felicidad?

Sumir le caía bien a Tobias, pero no se parecían en nada, y yo sabía, aunque nunca me lo hubiera dicho, que al igual que Jessica tenía sus opiniones sobre nuestra vida, sobre que Tobias no tuviera un sueldo fijo o sobre nuestra relación, él tenía opiniones sobre la suya. Sentar cabeza, seguir las normas… no era precisamente algo que a él le quitara el sueño.

—¿Qué pasa con ellos? —le grité. Oía los latidos de mi corazón. El plato de comida se balanceaba demasiado en mi regazo.

—¿De verdad que quieres esa vida? ¿Mudarte a Connecticut? Ni

siquiera quedas ya con Jessica. Nunca viajan. Estarán atrapados en esa casa, y después lo estarán en una más grande y después en otra todavía más grande…

—Sí, vale, pero al menos seguirán juntos.

Ahí estaba. En el fondo todas nuestras peleas se debían a lo mismo. «Puede que tú vuelvas a marcharte».

—¿Confías en mí? —me preguntó con desgana.

—Sí —contesté. Solté el aire de golpe—. Claro que confío en ti.

—¿Necesitas que me case contigo para demostrarte que te quiero?

—No —dije. Miré la pasta revuelta en el plato con la cabeza gacha. Me parecía una tontería ahora que nos habíamos tranquilizado. Kendra me había puesto frenética, ¿por qué?

—Ya sabes que en la vida no hay nada seguro, y que no puedo prometerte nada al ciento por ciento, al igual que tú tampoco puedes.

—Yo sí que puedo. Puedo prometértelo —le cogí la mano—. Te quiero muchísimo.

Me miraba fijamente con aquellos ojos verdes. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo también te quiero mucho —dijo—. Hasta un punto increíble. Ya lo sabes. Haría cualquier cosa por verte feliz.

—Las cinco palabras —le dije.

Me miró arqueando una ceja.

—Cachondo —respondió.

Me llevé su mano al pecho.

—Me refería a lo de antes, pero me vale.

Me apretó el pecho con suavidad.

—Cuello. —Me los besó—. Promesas.

—¿De verdad? —En mi voz había una pizca de esperanza, que él notó.

Me alzó la barbilla.

—Sabby, si de verdad quieres que nos casemos, podemos ir a los juzgados ahora mismo, o cuando quieras. Solo quiero verte feliz.

El corazón me estallaba de dicha. Sabía que lo haría. Sabía que

lo decía en serio.

—Amor —dije.

—Amor, después —me contestó—. Primero sexo.

Me tumbó en la cama. No volvimos a hablar de casarnos durante un año.

21.58

—Por supuesto que éramos felices —dice Tobias. No me ha soltado la mano—. Pero a veces me sentía como si hubiéramos dejado demasiado en manos del destino.

—Interesante —comenta Conrad. Se inclina hacia delante con los codos sobre la mesa. Audrey se los quita.

—Sabby tenía la idea de que estábamos destinados a estar juntos.

Trato de recuperar la mano. Me siento como si Tobias me estuviera exponiendo en público esta noche. No me gusta. Creía que teníamos un contrato para estar juntos aquí.

—Para —me dice, sujetándomela con firmeza—. Es verdad. Siempre te molestó que no te recordara de «Cenizas y nieve».

No se equivoca, estrictamente hablando. Aunque «molesta» no es la palabra que describe exactamente cuál era mi estado. «Triste» se le acerca más.

—A ella le parecía que tenía que funcionar sin necesidad de que os esforzarais para que así fuera —dice Jessica—. Como si su historia de amor fuera tan épica que el día a día no tuviera importancia. Pero en eso se basa una relación: en lo cotidiano.

—Estoy aquí —le espeto. Me zafo de la mano de Tobias para poder mirarla de frente—. ¿Puedes, por favor, dejar de hablar de mí como si fuera una niña que está en la habitación de al lado?

Jessica pone los ojos en blanco.

—No es eso. Yo solo…

—¿Qué? No querías que estuviera con él. Admítelo. Te

comportas como si estuvieras enamorada de él.

—¡Te acompañé! —se defiende Jessica, gesticulando como una loca—. Prácticamente te obligué a ir. Yo encontré ese club de fotografía. Yo te llevé en coche a la UCLA.

Tobias me mira con curiosidad.

—Nunca me habías dicho de dónde sacaste la foto.

—Claro que sí. Después de verte en «Cenizas y nieve» ni siquiera sabía cómo te llamabas. Fui a la UCLA. Encontré el club de fotografía. Tú no estabas, pero me compré la foto.

—No —insiste Tobias—. Nunca me lo habías contado. —Parece preocupado, estresado. Está acalorado, como si acabara de llegar corriendo.

—¿Lo veis? ¡A esto me refiero! —exclama Jessica—. Los dos creíais que había sido coincidencia, pero no lo fue. Necesitabais que fuera cosa de magia. No podíais aceptar el hecho de que erais humanos.

Nos habíamos reencontrado, contra todo pronóstico, nada menos que en Nueva York. Sí que éramos mágicos.

—Yo no necesitaba la magia —dice Tobias, dirigiéndose sobre todo a mí. Todavía parece alarmado.

—¿De dónde creías que había sacado la fotografía? —interviene Audrey—. Seguramente…

—Lo sabías —la corta Robert—. Simplemente no querías admitirlo debido a la responsabilidad que implicaba, por lo que le habrías debido.

El tono de Robert ha cambiado, es casi paternal. Todos nos quedamos mirándolo.

—No —le digo—. Venga ya. —Porque, si voy a defender a uno de los dos, será a Tobias.

Tobias suspira.

—Tiene razón —contesta—. Eso creo, al menos. —Se frota la cara.

Me pongo tensa.

—A veces temía decepcionarte —prosigue—. ¡Pensabas tan bien de mí! No siempre estaba a la altura de tus expectativas.

—Te veía —le digo—. Nos veía. Veía todo ese futuro…

Tobias y Robert intercambian una mirada y, por primera vez esta noche, me fijo en los dos, sentados juntos. No se parecen en absoluto. Tobias con la cabeza grande cubierta de rizos y los brillantes ojos verdes; mi padre casi calvo, con la piel manchada y el pecho hundido. Comparten el nerviosismo, sin embargo. Ambos están en alerta máxima. Recuerdo una imagen, como una instantánea, de mi padre paseando por la cocina, mordisqueándose los dedos. Me asalta una idea molesta. La reprimo.

—Vale —añado—. Eras humano. Yo estaba equivocada acerca de ti. Fue culpa mía.

—Yo no he dicho eso —dice Tobias—. No fue culpa tuya.

Abro los brazos.

—Bueno, si no fue culpa mía ni fue culpa tuya, entonces, ¿qué?

El silencio se cierne sobre la mesa.

Oigo que Audrey se aclara la garganta. Finalmente, Conrad se inclina hacia delante.

—Entonces, pedimos el postre —dice.

Audrey niega con la cabeza, mirándolo.

—¿Qué? Necesito algo dulce —se defiende él.

Cada cual se enfrasca en su menú. El acaloramiento de los últimos minutos pende entre nosotros. Las palabras se entremezclan hasta que no soy capaz de diferenciarlas. Él me amaba como yo necesitaba ser amada. Estar con él era lo único que importaba. Y si no podemos resolver esto, si no podemos volver, lo habré perdido para siempre. Sin embargo, no parece que nos estemos acercando, sino más bien que nos estemos alejando.

—*¿Soufflé?* —propone Conrad, y todos se ponen a hablar de helado y de sorbete y de pastel de melocotón.

Me retrepo en la silla y me pregunto qué pasaría si me levantara y me fuera. Si saliera del restaurante y me marchara a casa. Desaparecerían. Mi padre. Audrey. Conrad y Jessica también. Pero entonces Tobias se habría ido para siempre, y no puedo aceptarlo, no habiendo todavía tanto entre nosotros.

QUINCE

Después del verano, de cenar pasta en la cama y hablar de casarnos, nos instalamos en la rutina durante el otoño y el invierno. Trabajo, casa, comida, sexo (de vez en cuando) y dormir. Adiós al verano de la diversión y la libertad; aquello era la vida real, y no siempre estábamos de acuerdo.

Me cuesta admitir lo mucho que llegamos a discutir. Aquel piso del West Village no era siempre un nidito de amor y se nos quedaba pequeño. Mientras habíamos vivido con Rubiah, o incluso con Jessica, habíamos contado con un parachoques. Ahora nos peleábamos sin amortiguación y a veces chocábamos.

Lo consideraba natural en nuestra relación. Nos hacía soltar chispas, nos diferenciaba de Jessica y Sumir, de Paul conmigo. Nos peleábamos tanto como nos queríamos, y eso era bueno, me decía. Significaba que éramos apasionados, significaba que nos importábamos.

Tanto Tobias como yo habíamos adquirido ciertas costumbres durante los dos años de separación. Mi relación con Paul había sido poco intensa pero muy cómoda. Nunca discutíamos, sobre todo porque no había gran cosa por la que pelearnos. Era como si aquella relación flotara sobre agua tibia, a prueba de golpes. Nos poníamos de acuerdo para pedir comida, escoger un museo o decidir qué película ver. Éramos como corredores de un mismo equipo pasándonos el testigo sin correr, sufrir, gritar, ni tampoco ganar.

Recuerdo que en una ocasión después del trabajo fui a casa de Paul y me lo encontré frente al ordenador. Me había dado la llave de

su casa cuando llevábamos dos meses saliendo, más por eficiencia que por romanticismo o compromiso.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Me miró y me ofreció una copa de vino. Siempre tenía una preparada para cuando iba a verlo.

—Una hoja de cálculo —me respondió.

Giró el ordenador para que viera la pantalla.

—¿Ves? Zonas de la ciudad, con museos, restaurantes y eventos especiales. —Pasó el dedo por la pantalla—. De esta manera no tenemos que estar consultando cada dos por tres la guía del ocio. Estoy planificando los sábados y algunas noches entre semana también.

Tomé un sorbo de vino.

—Eres un genio. —Era exactamente lo que yo habría hecho, y me gustaba no tener que ocuparme yo, que él ya lo hubiera hecho, no haber tenido siquiera que pensarlo.

Paul sonrió.

—Gracias. —Me entregó un montón de folletos de comida a domicilio—. Toma, te toca.

Nuestra manera de entender la vida era tan similar que discutíamos muy poco. Nuestras únicas peleas, por llamarlas de algún modo, habían sido por cosas que poco tenían que ver con nuestra relación. Discutíamos sobre la trayectoria profesional de un actor que habíamos visto en una obra, sobre si había salido en *Aquellos maravillosos 70* (duda que resolvíamos rápidamente en Google). También nos peleábamos por otras cosas: ¿el *Washington Post* o el *New York Times*? ¿Cuál era el mejor sitio donde pasar un fin de semana fuera de casa? Para él, Fire Island; para mí, los Berkshires. Limpiábamos la cocina antes de acostamos y los dos poníamos el despertador a las siete y diez.

Tobias y yo éramos exactamente lo contrario de lo que habíamos sido Paul y yo. Puro contacto. Platos sucios y montones de ropa para lavar y tubos de pasta de dientes vacíos y radiadores rotos. Sudor y saliva y fuego y pasión. De lo auténticos que fuimos nos volvimos locos.

La primera novela que había editado se publicaba en marzo. Invité a Jessica, Sumir, Kendra y David a la presentación. *El cielo por un día* era una novela para preadolescentes. Trataba de un niño que descubría que podía volar. Estaba orgullosa tanto del libro como de la autora, Tawnya Demarco, una escritora novel de cincuenta años. Estaba impaciente por compartir aquello con todos, sobre todo con Tobias. Quería que viera que, mientras él había estado fuera, yo también había hecho cosas importantes.

Nos reunimos en McNally un martes a las seis. Estaba lloviendo. Temí que Jessica me dejara tirada, pero llegó la primera, y veinte minutos después lo hizo Sumir. David se presentó con su nuevo novio, Asher.

—¡Felicidades, preciosa! —Me abrazó—. Me muero de ganas de ver a Tobias. Hace años que no lo veo.

El plan era cenar fuera después, en Rubirosa, una acogedora pizzería situada a la vuelta de la esquina que estaba siempre hasta los topes. Había reservado mesa con un mes de antelación.

—¡Él también tiene muchas ganas de verte! —le respondí.

Tobias no era sociable. Era simpático y cautivador, y cuando conocía a alguien le prestaba verdadero interés, pero no le gustaba que quedáramos con gente. Al principio, antes de irse a California, había hecho un esfuerzo con mis amigos, pero al parecer su natural tendencia a la soledad había empeorado con el tiempo. «¿Para qué voy a salir? —me preguntaba—. Tengo todo lo que quiero aquí mismo».

Tawnya estaba nerviosa. Le serví medio vaso del tintorro que nos había suministrado el publicista y le dije que lo haría estupendamente. Iba a hacer una breve lectura y luego respondería a una tanda de preguntas. Cogí el micro y le pedí a la gente que se sentara. Jessica, Sumir, David y Asher tomaron asiento en la segunda fila. Jessica me dio el visto bueno con el pulgar. ¿Dónde estaba Tobias?

—Gracias a todos por venir —dije—. Me enorgullece presentaros a esta mujer y su maravilloso libro…

Hablé de cómo me había enamorado del libro nada más leerlo y

de lo capaz que era Tawnya y lo entregada que estaba. Cuando me senté, el público aplaudió para darle la bienvenida, pero Tobias no estaba. Mientras duró la lectura estuve mirando hacia el fondo de la sala, esperando verlo, pero no apareció.

Después de felicitar a Tawnya y de prepararlo todo para la firma de ejemplares, miré el teléfono. Tenía una llamada perdida de Tobias y un mensaje. «Lo siento mucho, cariño, pero se me ha complicado el trabajo. Saluda de mi parte a tus amigos y demuestra lo mucho que vales. Te quiero».

Me quedé mirando aquellas palabras. «Tus» amigos. No los «nuestros», ni tampoco David, Jessica y Sumir.

—¿Lista? —me preguntó Jessica. Bajo el brazo llevaba un ejemplar firmado del libro—. ¿Y Tobias? ¿Nos encontraremos en la pizzería?

Forcé una sonrisa.

—No puede salir del trabajo. Solo seremos nosotros.

Vi que Jessica miraba de reojo a Sumir. Sabía lo que pensaba: «Mi marido ha podido venir a tu presentación, ¿por qué tu novio no?».

Fuimos a cenar y todos brindaron por el libro, pero yo estaba distraída. Quería que Tobias estuviera conmigo, poder compartir aquel momento con él. Pero, sobre todo, quería que entendiera lo mucho que me importaba aquello. Quería que estuviera conmigo en el mundo real, el de mi trabajo, mis amigos y mi vida, no solo en el que existía dentro de nuestro piso.

Cuando llegué a casa lo encontré viendo la televisión en el sofá.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó. Apagó la televisión en cuanto entré—. Cuéntamelo todo. —Me dio un ramo de girasoles. Era marzo; no sabía dónde los había conseguido.

—Ha ido bien —contesté—. Te he echado de menos.

—Lo siento. Me he quedado haciendo fotos. La puesta de sol de hoy ha sido increíble. ¿La has visto?

—¿No estabas trabajando?

—Estaba trabajando.

No tenía ganas de discutir. Puse los girasoles en agua. Él no lo

había hecho.

Aquella noche estuve pensando en la mirada que Jessica le había lanzado a Sumir, en cómo David había aparecido con un chico con el que acababa de empezar a salir.

Tobias había empezado a practicar meditación trascendental en Los Ángeles. Le gustaba levantarse, sentarse en una silla y meditar veinte minutos, como correspondía. Pero el piso era pequeño, y estando los dos en él por la mañana no había sitio para la velocidad y el silencio a la vez. Yo tenía que estar a las nueve en la oficina, lo que implicaba salir de casa a las ocho y media. Procuraba ir a pie, ya que no tenía tiempo para el gimnasio, pero la mayoría de los días acababa cogiendo el metro. Daba tumbos, abriendo cajones para encontrar medias y zapatos que conjuntaran mientras él, sentado con los ojos cerrados, trataba de desconectarse del mundo.

—¿No podrías prepararlo todo por la noche? —me preguntaba.

—¿No puedes meditar cuando me haya ido? —retrucaba yo.

Él tenía horario flexible. Su trabajo se estaba volviendo más aburrido incluso que el de Digicam, y mientras el otoño daba paso al invierno y el invierno al verano, los encargos publicitarios también fueron disminuyendo. Seguía contratado, pero encargaban los trabajos de publicidad a otros, seguramente, pensaba yo aunque me lo callara, porque Tobias no sabía ocultar lo mucho que los despreciaba. Su jefe empezó a viajar más y se llevaba a otro ayudante para las sesiones. Más de una vez me pregunté por qué no se buscaba otro empleo, pero dado que era un tema delicado, no se lo comenté. No era fácil conseguir este tipo de trabajo, yo lo sabía, y también sabía qué me respondería si ponía el tema sobre la mesa. Cada vez se retrasaba más en el pago del alquiler, que me pagaba a mí porque, por razones logísticas, el contrato estaba a mi nombre. A veces se olvidaba por completo, y cuando se lo recordaba, semanas más tarde, se deshacía en disculpas. «Lo siento mucho —decía—. Me había olvidado. Te lo pago la semana que viene».

—Tiene que espabilar —me dijo Jessica una de las pocas veces

que comimos juntas en otoño. Estábamos en un restaurante de una cadena griega que a las dos nos gustaba—. Quieres tener hijos. ¿Quién proveerá?

—«¿Proveerá?». ¿Se sigue usando esa palabra?

—Yo la uso. —Me miró fijamente—. Tú no ganas ni cuatro céntimos por hora. —Tras una pausa, me preguntó—: ¿Y qué tal lo demás?

—Bien —contesté. Me rebullí bajo su atenta mirada.

—¿Quieres que Sumir hable con él? Ya sabes que quiere a Tobias, ambos lo queremos, pero creo que es hora de que afrontéis la realidad.

—¿Y qué realidad es esa?

—Que tarde o temprano vais a tener que madurar.

Recordé a la Jessica universitaria, quemando incienso en la cocina y poniendo cristales en el alféizar de la ventana de la habitación. ¿Qué pensaría de la Jessica de ahora? ¿Estaría decepcionada? ¿Enfadada? ¿Se sentiría traicionada?

Hasta ahí podíamos llegar. Sencillamente, no quería traicionar a Tobias ni traicionarme. La nuestra era una historia épica. Estábamos destinados a flotar por encima de la normalidad. No culpaba a Jessica por no entenderlo, pero tampoco sabía explicárselo: nosotros no seguíamos las mismas normas.

Un día de finales de abril llegaba tarde al trabajo. Habría una reunión importante en Random House a las nueve de la mañana, uno de los encuentros trimestrales en el que los editores presentaban sus títulos al departamento de ventas y *marketing*. Tenía que terminar un PowerPoint para mi jefe, así que se suponía que debía llegar a las ocho de la mañana, pero me había dormido.

Daba vueltas por la habitación, nerviosa, abriendo cajones para encontrar los pantalones marrones de pana.

—¿Puedes dejar de hacer ruido? —me pidió Tobias desde su posición meditativa.

—No —contesté—. No puedo, llego tarde al trabajo. Mi trabajo tiene un horario. —Me di cuenta inmediatamente de que había sido un comentario desafortunado, pero era demasiado tarde. Ya lo había

soltado.

—Caramba. —Tobias abrió los ojos—. Buena manera de sacar el tema.

—Lo que quiero decir es que tu sesión de fotos no empieza hasta la una. Puedes meditar cuando me vaya.

—Este piso también es mío —me espetó—. Aunque nunca te comportes como si lo fuera, joder.

Salió de la habitación. Recuerdo que le miré los pies en la puerta. Todavía iba en pantalones de chándal.

No me comportaba como si el piso fuera únicamente mío. Era de los dos, nos habíamos mudado a él juntos, pero yo había asumido el papel de elemento responsable. A veces hasta me sentía como una madre. Limpiaba los platos cuando se amontonaban y me fijaba en si la leche estaba agria o se había acabado. Llamaba al casero cuando el radiador dejaba de funcionar y compraba bombillas si la cocina se quedaba a oscuras.

Aquella noche, al llegar a casa, lo encontré en la cocina. Llevaba los pantalones de chándal. No sabía si ese día había ido o no al trabajo, pero estaba preparando lasaña, mi plato preferido. Olí el ajo y la salsa de tomate burbujeante, y cuando dejé el bolso y entré en la cocina, Tobias me ofreció una cuchara para que la probara.

—Está perfecta —le dije. No hablamos de lo ocurrido por la mañana, pero sabía que aquella era su manera de disculparse.

—¿Más sal?

Negué con la cabeza. Lo besé, salsa de tomate incluida.

—Perfecta.

Preparé una ensalada de rúcula y cebolla con unos piñones que encontré en la alacena. Tobias siempre compraba comida que yo pensaba que no nos podíamos permitir, pero en aquella ocasión me dio igual. Estaba agradecida por todo, por el modo en que la comida volvía a unirnos. Comimos en el suelo del salón porque no teníamos mesa, y porque era romántico ser jóvenes, estar sin blanca y enamorados. Y cuando eres joven, estás sin blanca y enamorado, comes lasaña en el suelo, a pesar de que yo era consciente de la diferencia entre estar sin blanca a los veintidós años y estarlo a los

veintiocho.

No hablé del trabajo porque sabía que ambos estábamos de acuerdo: a Tobias tampoco le gustaba el que tenía. Sabía que, para él, era el peor modo de sentar cabeza. No era un trabajo creativo ni atractivo. Ni siquiera estaba bien pagado. Lo que no sabía, y me aterrorizaba, era si me culpaba. Si le pesaba no haber tenido las oportunidades que podría haber tenido de haberse quedado en Los Ángeles, y si yo estaba en el otro plato de la balanza.

Hicimos el amor en el único sofá que había, que nos habíamos traído del otro piso, y dejamos los platos sucios en el fregadero. A la noche siguiente, cuando llegué del trabajo, estaban limpios y guardados.

22.10

Pedimos el postre. Cuatro *soufflés*; helado para Jessica; para Audrey y Robert, capuchino, y Tobias y yo, expreso.

—¿Sabes lo que creo que necesitamos? —pregunta Conrad—. Un descanso.

—No tenemos tiempo —le respondo—. Esto durará hasta medianoche, no más.

Solo una noche. Justicia poética.

—Faltan dos horas —apunta Robert, como si fuera suficiente.

—¿Qué sugieres? —le pregunta Audrey a Conrad—. Una conversación sobre política no sería un descanso.

—En este ambiente no. —Conrad niega con la cabeza—. Aunque suelo preguntarme qué pensaríais ahora sobre el mundo los muertos de tu generación.

—Nada bueno —asegura Audrey—. Es bastante espantoso.

—En efecto —dice Conrad.

—Todo va tan rápido que es imposible seguir el ritmo —comenta Robert.

—¿Cómo es el vuestro? —le pregunta Conrad. Espero que saque la libreta del bolsillo, pero no lo hace.

—Bueno, no está mal —reconoce Robert.

—No —conviene Audrey—, no está mal. De la muerte podría haber prescindido, pero lo demás es… muy agradable. No tenéis nada que temer.

—¡Qué va! —exclama Robert, como si fuera obvio—. No hay nada que temer.

Tobias está tranquilo. Conrad lo mira.

—¿Y para ti?

—Es diferente —se le adelanta Audrey. Su tono ha cambiado, se ha vuelto más empático.

Tobias asiente.

—Sí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto. El corazón se me acelera. ¿Está en algún lugar donde no quiere estar? ¿Está sufriendo?

—Más entre uno y otro mundo —dice. Me sonríe para tranquilizarme, con esa sonrisa que sé que le cuesta.

—¿Eso qué significa?

Se inclina hacia mí y me mete el pelo detrás de la oreja, aunque no hace falta.

—¿Quieres saber lo que recuerdo? —me pregunta.

—¿Qué? —Estoy a punto de llorar. Lo tengo tan cerca y me habla con tanta ternura…

—Esos días contigo en la playa.

—¿Dónde estás? —le insisto, pero entonces se me ocurre una idea. Si no está en el mismo lugar que Audrey y Robert, entonces realmente tenemos una oportunidad. Realmente puedo recuperarlo. No está tan lejos como ellos.

—Mis primeros años con los niños —dice Audrey—. Si es que hablamos de los momentos destacables.

Tobias parpadea, y me dan ganas de saltar sobre la mesa y estrangular a Audrey. Estábamos muy cerca, a un suspiro, antes de que ella hablara.

—Y París —añade, alejándonos cada vez más del momento previo—. Echo de menos París.

—Por supuesto. —Conrad le da unas palmaditas en la muñeca—. ¿Y el tuyo, Robert?

—¿Mi momento destacable?

Conrad asiente. Jessica suspira audiblemente.

—Mi primer año de sobriedad. El nacimiento de cada uno de mis hijos.

—¿Se parecen a Sabrina? —le pregunta Audrey.

Robert sonríe.

—Me gustaría decir que sí. Ya os he dicho que a Daisy le gusta cantar. Está en un conservatorio, estudiando dirección, redacción e interpretación. Sé que a su madre le preocupa que pueda mantenerse con una carrera tan creativa, pero creo que le irá bien.

—¿Tiene talento? —pregunta Audrey.

—Mucho. Y terca. Como tú, me parece. —Robert me mira y parpadea unas cuantas veces rápidamente—. Alex es mucho más reservada. Maduró deprisa; siempre ha sido un alma vieja, y se casó bastante joven, de hecho. Todavía pudimos compartir eso.

—La llevaste del brazo por el pasillo de la iglesia —le digo.

—Sí.

—Qué bien. —No quiero, pero estoy amargada. Siento la amargura en la garganta, pegajosa y densa como el jarabe para la tos y, puesto que nos estamos quedando sin tiempo, se lo digo.

—Te pusiste mejor y te tuvieron. Todo lo que tuve yo fue un padre borracho que se fue antes de que fuera capaz siquiera de recordar por qué.

Robert suspira.

—No puedo cambiar lo que pasó, pero me gustaría que las conocieras. Siempre han querido conocerte.

Lo sé. Tengo una carta de Alex en una caja, en casa. No la he abierto todavía, aunque han pasado más de diez años desde que la recibí. Me parecía que traicionaba a mi madre si estaba en contacto con ella. Era como querer más de lo que ella me daba. Así que no la abrí.

Pero esta noche mi madre no está. El único que está es Robert.

—¿Has dicho que Alex es dentista? —le pregunta Conrad.

A Robert se le iluminan los ojos.

—Se está preparando para ser ortodoncista. Es brillante y lo hace muy bien. Oliver… —Se da una palmadita en el bolsillo del abrigo y luego parece caer en la cuenta.

—Lo que dicen es cierto —reacciona Audrey—. No puedes llevártelo.

Conrad se ríe.

—Yo seguiré intentándolo.

Jessica lo mira con los ojos entornados.

—Quieres decir que no estás…

—¿Muerto? —Es casi un grito—. ¡Desde luego que no! Estoy muy vivo. ¿De dónde has sacado esa idea?

Jessica se encoge de hombros.

—Acaba de darme esa impresión.

—¿De que estoy muerto? —pregunta Conrad—. ¡Qué halagadora!

—No, se refiere a tu sabiduría —dice Audrey—. Sobre la vida, sobre lo que tiene sentido. Lo más adecuado para vivir.

—Sé que no puedo pedirte nada —me dice Robert—; pero, si pudiera, me gustaría que las buscaras y las conocieras. Creo que te ayudaría.

—¿Ayudarme?

—Sabby —me dice Tobias—. Sabes lo que quiere decir.

—No creo que me ayude.

—Puede que sí —dice Jessica—. No lo sabes.

La miro porque, de todos, ella tiene que entenderlo. Su madre tenía otra familia. Jessica tiene tres hermanos menores que ella ayudó a criar. Su madre era adolescente cuando la tuvo y adulta cuando los tuvo a ellos. Luego murió y dejó a Jessica a cargo de todo.

—Quiero a mis hermanos, lo sabes —me dice, como si me leyera el pensamiento—. Mucho de lo que vale la pena es gracias a ellos. Y esas chicas echan de menos a su padre. Igual que tú.

—Ni siquiera lo conozco —le digo.

Miro a Robert. Está sentado, erguido, con el rostro tenso, y los ojos muy abiertos. Me doy cuenta de lo mucho que le ha dolido mi comentario, pero también de algo más. Está esperanzado.

—Tengo mucho que reprocharme —dice Robert—. Debería haber dejado más dinero a Jeanette. Está bien, pero me preocupa. Ojalá las chicas fueran un poco mayores. No pude ver a Daisy graduarse. Necesita un padre. Discute mucho con su madre. Me hubiera gustado conocer a mi nieto.

—¿Tengo que quedarme aquí sentada escuchando esto?

—Sí —me dice Robert, y es la primera vez en toda la noche que lo oigo hablar con autoridad. Parece más alto y también más joven —. Me reprocho muchas cosas, Sabrina, en lo referente a toda mi familia, pero estoy aquí contigo. Esta noche estoy aquí contigo.

«La felicidad es una opción».

—Tiene razón —dice Tobias—. Puedes estar enojada, puedes odiarnos, pero todos nosotros estamos aquí por ti.

Es demasiado. Tobias en el purgatorio y Robert con sus lamentos, y yo llorándolos todavía a ambos.

—Alex me escribió una carta —le digo—. No llegué a abrirla. Estaba demasiado… —Miro a Robert—. Supongo que no quería que fuera tan fácil.

Robert clava la mirada en la mesa. Se lleva el puño a la boca y se aclara la garganta.

Llegan los cafés.

—¡Oh! ¡El arte de la espuma es una delicia! Yo me lo perdí —comenta Audrey. Junta las manos y se queda mirando la taza. No parece estar fingiendo, aunque, después de todo, es actriz.

—Tú eres la delicia —le dice Conrad.

Audrey se ruboriza.

—Y no te odio —le digo confidencialmente a Tobias, aunque sé que en la mesa todos lo oyen—. Te echo de menos. —Levanto la vista un poco mientras lo digo para mirar a Robert a los ojos.

DIECISÉIS

El último verano le hicieron a Tobias un encargo en los Hamptons: fotografiar el nuevo hotel Montauk. Me tomé un día libre y fui con él a la playa. El invierno había sido duro, y la primavera, más dura aún. Su insatisfacción con el trabajo y nuestros horarios, que no coincidían, nos estaban pasando factura. Sabía que necesitábamos pasar tiempo juntos. Él también lo sabía, y lo preparó todo. Pidió un bungaló en la playa, pagado por la empresa, me dijo que no fuera al trabajo y compró mi vino favorito.

Tobias le pidió prestado el coche a Matty, que ahora tenía, y el jueves se marchó hacia el este. Lo seguí el viernes y nos encontramos en la estación de tren de Montauk. Había cogido el ferrocarril de Long Island después del trabajo, algo que no hacía desde mi primer año en Nueva York. Sumir trabajaba en el bufete de abogados y su jefe le dejó la casa un fin de semana, así que Jessica y yo nos subimos al tren con una botella de vino Charles Shaw, el Scattergories y bolsas de palomitas. Solo pasamos allí un fin de semana, pero nos pareció un mes.

Cuando lo vi de pie en el andén, con un girasol en la mano, supe al instante que estábamos bien. Era él. Tobias.

Mi verdadero Tobias, no el esclavizado cascarrabias que a veces vivía en casa, sino el chico del que me había enamorado hacía años en el muelle de Santa Mónica.

Me eché en sus brazos. Me cogió y me hizo girar. Olía a agua salada.

—No deberíamos alejarnos nunca de la playa —me dijo.

Aquella noche cenamos langosta con salsa de mantequilla en la terraza del bungaló. Había llevado cuatro botellas de vino blanco de la ciudad, además del vino tinto que había llevado él, y nos bebimos un par acurrucados en un sillón. Yo llevaba una sudadera suya, una vieja de la UCLA que conservaba su olor. Recuerdo haber pensado entonces que aquel era el cielo en el que quería estar, justo aquel. Nosotros dos, la mantequilla y la puesta de sol que lo convertía todo en fluido y borroso y dorado.

—¿Por qué discutimos? —me preguntó—. No tenemos por qué hacerlo. Es absurdo. —Hundió la cara en mi cuello y noté la nariz rozándome la clavícula.

—Ya lo sé —contesté—. Es una estupidez. Lo único que quiero es que seas feliz, pero a veces me parece que no lo eres.

—Soy feliz —dijo.

—Ahora. —Me senté erguida y le puse las manos en el pecho—. Pero a veces tengo la sensación de que me culpas por el trabajo que tienes. Porque si te hubieras quedado en California ahora estarías haciendo fotos para *Vanity Fair*.

—¡Qué tontería! —dijo, pero no lo era, yo lo sabía. Estaba intentando disimular.

—No es ninguna tontería. —Le giré la cara hacia mí y lo miré a los ojos—. Volviste para estar conmigo, pero con eso no basta si realmente no quieres estar aquí. Te amo, pero si no eres feliz, eso pierde todo el sentido.

Tobias me sentó en su regazo. Acercó tanto la cara a la mía que no podía ver su expresión, solo un borrón de piel.

—Achacaba la culpa a la situación —dijo en voz baja y ronca, casi susurrando—. Pero no quiero hacerlo más.

Notaba los latidos de su corazón en el pecho, su aliento en la barbilla.

—De acuerdo —contesté.

—No es justo, ya lo sé. Pero necesito que me perdones.

—Tobias.

—¿Sí? —me preguntó, pero no era una pregunta.

—Claro que sí —le respondí.

Lo besé y me abrazó. Me llevó al dormitorio, que era blanco y azul, con algunos toques de espuma verde de mar.

No pensé en ello mucho más. No pensé en lo que significaba que hubiera admitido aquello. Solo me centré en que no quería hacerlo más. En un instante, había decidido que nuestro futuro era más importante que nuestro pasado. Así de sencillo.

—Quedémonos aquí —me dijo. Estábamos en la cama, desnudos, con las piernas entrelazadas como las raíces de un árbol.

—Podríamos pescar para comer —dije yo.

—Yo aprendería a cazar.

Me reí. La de Tobias cazando lo que fuera era una imagen cómica. Llevaba seis meses comiendo menos carne roja que de costumbre. Él creía que no me había dado cuenta, pero sí. Daba vueltas por casa un ejemplar suyo de *El dilema del omnívoro*. No lo había mencionado, pero iba cambiando progresivamente de dieta. Ya no pedía hamburguesas (claro está que no eran esenciales), pero había empezado a comprar sustitutivos de la carne veganos y a comer champiñones Portobello a la plancha como fuente de proteínas.

—Yo recolectaría hierbas, frutos y semillas. Podríamos construir una casa de bambú.

Tobias me miró arqueando una ceja.

—¿Un fuerte de troncos?

—Fresco en el verano, caliente en el invierno —respondí.

—Suena genial. —Me acarició el cuerpo bajo la manta—. Solos nosotros dos.

No lo pensé entonces, aunque debería haberlo hecho, que su comentario, como todas nuestras fantasías, tanto suyas como mías como de los dos, giraba en torno a estar solos en algún lugar donde el resto de la gente y el mundo con sus líos y sus exigencias sociales no pudieran tocarnos. Nuestra relación iba mejor cuando estábamos apartados, libres de interrupciones. La playa, nuestro piso, una habitación con las ventanas cerradas. Nuestro problema no era por estar juntos, era por nuestra relación con el mundo, un mundo que exigía que reconciliáramos su realidad con nuestra relación de

pareja. «Si tan solo…», recuerdo que pensé, aunque no sabía exactamente qué.

22.17

—¿Quieres decir algo? —le pregunto a Jessica. Lleva rebulléndose en la silla y suspirando desde hace un rato, señal inequívoca de que tiene una opinión sobre algo.

—Lo que yo piense os da igual —me responde—. Así que, ¿por qué me lo preguntas?

—Eso no es cierto —dice Tobias—. A mí me importa.

Jessica resopla y pone los ojos en blanco, pero sin hostilidad. Tengo un recuerdo fugaz de los dos jugando a cartas en el suelo de la sala de estar y de Tobias renunciando a su mano para dejarla ganar.

Robert se entretiene con su capuchino. Al otro lado de la mesa, Conrad y Audrey se acercan.

Abro la boca para decir algo, para contradecirla, para decirle que sí que quiero saberlo, que claro que quiero…, pero pienso en lo que acaba de decir. Cuando Tobias y yo estábamos juntos su opinión no me importaba. Me sentía presionada y el enfado se mezclaba con el dolor por el hecho de que ella hubiera roto nuestro pacto de ser amigas toda la vida. Quería lo que ella tenía, pero también sabía que Tobias no estaba listo para esa clase de vida. Tal vez estaba molesta con ella por tenerlo.

—A mí también —le digo.

Jessica suspira. Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ambos pensabais que queríais más al otro.

Siendo honesta, eso me parecía a mí. Le había seguido la pista, le había comprado aquella foto. Me aferré a nosotros como si

fuéramos una especie de estrella guía. Y después, fui yo quien caminaba con pies de plomo cuando las cosas se pusieron difíciles, quien hacía concesiones y caminaba de puntillas por el dormitorio y pagaba el alquiler y hablaba en susurros.

—Tal vez sea cierto —dice Tobias, lo que me sorprende. No lo creía capaz de hacer frente al desequilibrio de nuestra relación en términos tan amplios.

—Yo te amaba más —le digo—. No te lo estoy echando en cara, yo escogí ese papel, pero era yo la jardinera, ¿recuerdas? —Fuerzo una sonrisa.

Tobias se pasa una mano por la cara. Los músculos de su cuello se le tensan. Por primera vez en toda la noche noto su enfado, tal vez incluso su ira. Emana de él como un efluvio de perfume.

—El hecho de lo que pienses significa que no es cierto —me dice—. No me querías más. Yo te amé más. Renuncié a mi trabajo para volver contigo. Nunca me aceptaste por completo. Siempre tuviste un plan de huida.

Lo dice con ese retintín tan familiar que me revuelve el estómago. Es el mismo tono que usaba las mañanas de discordia. A mi lado, Jessica asiente, con lo cual mi enfado se equipara al suyo.

—¿Lo veis? —dice Jessica—. Los dos estaban resentidos por todo aquello a lo que creían haber renunciado por el otro y ese resentimiento lo invadió todo: desplazó todo lo bueno. Era doloroso verlo.

Tobias niega con la cabeza.

—Quería que fueras tan feliz, Sabby, pero a veces me parecía imposible.

—A mí también me lo parecía —digo con terquedad, retadora. Esto no es lo que tendría que pasar. Así no volveremos a estar juntos.

—Así que os queríais demasiado —dice Robert—. ¿Es posible amar demasiado? Si amas, ¿es «demasiado» un criterio válido?

Pienso en ello. Nunca creí que mi amor por Tobias tuviera límite, un fin que fuera cuantificable. No tenía fin, y no era algo en lo que yo pudiera imponer mi criterio. Habíamos vuelto a

encontramos, nada menos que en Nueva York, contra todo pronóstico. Teníamos que acabar juntos, inevitablemente, aunque a veces estarlo nos destrozara.

—Quien cree que ama más, cree que da más —dice Jessica en un tono de gurú que me recuerda los primeros años que pasamos juntas —. Y eso puede crear resentimiento.

—Y una mierda —dice Conrad.

Todos nos volvemos hacia él, sorprendidos. Conrad no ha dicho una sola palabrota en toda la noche.

—Estas cosas no son perfectas —prosigue—. Cuando conocí a mi mujer pasaba una mala racha. Acababan de despedirme de la primera universidad en la que había trabajado. No tenía dinero. No estaba seguro de poder volver a enseñar.

—¿Qué pasó? —le pregunta Audrey, emocionada, poniéndole una mano en el brazo.

—Hubo recortes en el presupuesto del departamento. Hacía relativamente poco que me habían contratado, así que fui el primero en irme. No fue por nada que hubiera hecho, pero me lo tomé muy mal. Tenía veintisiete años, ¿entiendes?

Audrey asiente.

—Ella trabajaba en la biblioteca local de Santa Rosa, a la que yo iba para buscar ofertas de trabajo. Era antes de que existiera internet, por supuesto. Estábamos condenados a la pluma y el papel. —Conrad se ríe su propio chiste—. Nos enamoramos leyendo a Faulkner y a Yeats. Ella me traía más libros cada vez que me veía. Acabó por preguntarme si podía prepararme la cena. Debía de estar muy flaco.

—¿Dónde vivías? —le pregunta Jessica.

—En un edificio de renta antigua. Tenía una cama y un lavabo. Estaba demasiado avergonzado de llevarla allí, así que le sugerí un pícnic en el parque.

—Encantador —comenta Audrey con los grandes ojos muy abiertos.

—Se presentó con una canasta de quesos y un *strudel* que había horneado ella misma. Sigue siendo lo mejor que he probado en mi

vida. Después me llevó a su casa. Tenía un apartamento en las afueras de la ciudad. Viví allí dos años, haciendo trabajos esporádicos, antes de poder acceder a otro puesto en la universidad. Ella estuvo pagando las facturas durante esos dos años con su sueldo de bibliotecaria. Nunca pude devolverle el dinero.

Conrad aparta los ojos y me doy cuenta de que ha estado mirándome a la cara toda la noche.

—¿Qué le pasó? —le pregunto con suavidad.

Vuelve a mirarme fijamente.

—Tuvo Alzheimer de inicio temprano. Hace unos cinco años.

Robert interviene.

—Lo siento mucho —dice—. Tiene que haber sido muy duro.

—Ella no quería vivir mucho con la enfermedad. Cuando se la diagnosticaron me lo hizo prometer.

—No lo sabíamos —dice Audrey—. Dios mío, me siento fatal. —Le da unas palmaditas en el brazo que le estaba tocando y aparta la mano.

—¿Cuántos años tenía ella? —pregunta Jessica.

—Sesenta y cuatro —dice Conrad—. Muy joven.

—Demasiado joven —conviene Jessica.

Se me ha hecho un nudo en la garganta tan grande que temo estallar en sollozos si respiro profundamente. Este hombre. Este hombre que ha estado sentado aquí toda la noche, escuchando, aportando y teniendo paciencia, también ha perdido a alguien. Y la red que formamos todos nosotros, nosotros y quienes no están aquí pero deberían estar, hace que me tiemblen las manos.

«Estamos aquí contigo», ha dicho Tobias hace un rato. Solo ahora lo entiendo. ¡Qué enorme sacrificio están haciendo!

—Los dos amábamos más al otro —dice Conrad—, pero por turnos.

Miro a Tobias. «El amor es un estado anímico».

—Seguro que la echas mucho de menos —le digo a Conrad.

Él asiente y luego hace algo peculiar: me guiña un ojo.

—Sin embargo —me dice directamente a mí desde su lado de la mesa como si estuviéramos solos entre los comensales—, la vida

sigue.

DIECISIETE

Nuestra primera noche en la playa dio paso al amanecer. Nos despertamos temprano, todavía en una nebulosa de amor, vino y sexo, para ir a Amagansett en el coche de Matty. Encontramos fácilmente un lugar para aparcar porque era lo bastante pronto para que las calles estuvieran casi desiertas. Fuera no había más que padres con hijos pequeños que seguramente habían dejado durmiendo en casa a su pareja. Los triciclos corrían calle abajo, con las ruedecitas traseras traqueteando. Dos personas vestidas con ropa de *jogging* nos adelantaron hablando entre sí.

En el Jack's compramos café y *muffins* y después fuimos a la playa. Era temprano, puede que las siete de la mañana, y yo seguía llevando la sudadera de Tobias. Aparte de unos corredores madrugadores y de dos mujeres que hacían yoga, estábamos solos en la playa. El aire salado era frío, el café estaba caliente, y la arena, húmeda. Me arremangué los pantalones por encima de los tobillos y decidimos pasear.

—Me encanta que hagamos esto —dije—. Este sitio es el cielo.

En la playa el tiempo era neblinoso y gris, tan acogedor como tomar vino tinto en invierno frente a la chimenea. Mecrie en California y todavía no he visto nada como una playa de la Costa Este. Caminando por la orilla, tuve la sensación de que si tiraba una botella, llegaría a su destino. Desde la orilla todo era amplio, abierto y tranquilo, como veía en ese momento nuestra relación. Allí los detalles de la vida que habían empezado a pesamos no existían. No había despertadores, ni horarios incompatibles, ni trabajos

decepcionantes.

—A mí también me encanta haber venido —dijo Tobias. Me detuvo y me besó.

—Deberíamos venir en invierno. Seguro que no hay nadie.

—Shh —respondió Tobias—. Vamos a centrarnos en el ahora.

Me cogió de la mano. Tenía los dedos calientes del café y los entrelacé con los míos. Caminamos así, casi sin hablar, durante más de media hora. El océano invitaba a la meditación: el mido de las olas al romper calmaba y revitalizaba a la vez.

Cuando Tobias se arrodilló, creí que se había caído.

Le ofrecí la mano para ayudarlo a levantarse sin dejar de mirar el océano. Hasta que dijo mi nombre no me volví. Entonces me di cuenta de que se había puesto de rodillas a propósito.

Tenía aquella sonrisa luminosa y ancha, con un toque de malicia.

—Oye, Sabby, quería preguntarte una cosa.

—No —contesté, aunque era todo lo contrario de lo que sentía. Todas las células de mi cuerpo gritaban «sí».

—Te amo. Así de sencillo y así de complicado. No hay otra en el mundo para mí aparte de ti.

—No me tomes el pelo —dije—. Venga, para ya. —No me lo creía. Aquello era surrealista, como si fuéramos parte de una acuarela que en cualquier momento se pudiera desdibujar.

—No bromeo. —Tobias me miró, y vi al chico que había conocido hacía tantos años en una playa bien diferente, junto a un océano completamente distinto—. Sabrina, ¿quieres casarte conmigo?

Una ola rompió cerca y recuerdo que pensé que quería gritar mi respuesta. Quería competir con la fuerza salvaje del agua. Pero también recordé la conversación del año anterior y la resistencia de Tobias a casarse.

—¿Estás seguro? —le pregunté, intentando por un momento poner los pies en el suelo. No quería que lo hiciera por mí, quería que lo hiciera por él. Quería que lo deseara.

Tobias sonrió, casi se reía.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo y me preguntas si estoy seguro.

—Sí —contesté.

—Bueno, acláramelo. ¿Me dices que sí a lo de si estoy seguro o…?

—Sí —repetí, cortándolo.

Me tumbó en la arena y me besó. No había anillo; ni siquiera me enteré.

Volvimos al bungaló y tomamos champán helado. Cuando empezó a llover, llevamos el edredón de la cama al sofá y vimos la primera película de nuestra relación, *Vacaciones en Roma*. Tobias se la bajó al ordenador y lo conectó a la tele.

Había hecho una reserva en el Grill, un restaurante elegante de East Hampton, pero la cancelamos. Nos comimos las patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla de cortesía que había en el bungaló y nos bebimos el vino tinto que Tobias había llevado.

Nada de llamadas frenéticas a nuestros padres ni de publicaciones en Instagram. Todo lo que importaba en aquella playa de la Costa Este éramos nosotros y la promesa que nos habíamos hecho. «Para siempre».

22.28

Algo está pasando entre Conrad y Audrey. Todavía estamos esperando el postre, pero se han vuelto el uno hacia el otro y llevan tres minutos sin hacer caso al resto. Él le llena el vaso de agua y luego, con una floritura, le recoge la servilleta del suelo. Los demás hemos dejado de hablar y los estamos mirando como si estuvieran representando el tercer acto de una obra.

—Esto no acabará bien —me susurra Jessica.

—¿Y eso por qué? —le pregunto.

Me mira como si estuviera loca.

—Está muerta, ¿recuerdas?

Pienso en la mujer de Conrad, en lo solo que ha estado estos últimos años, en lo que daría seguramente por estar cenando con ella. Sin embargo, me ha dicho que «la vida sigue».

El profesor se inclina a susurrarle algo al oído a Audrey y ella se ríe, con una mano delicadamente apoyada en el corazón.

—Perdón —dice Jessica—. ¿Qué es eso tan gracioso?

Audrey, pillada por sorpresa, como si momentáneamente hubiera olvidado dónde está, se disculpa.

—Oh —dice—. Lo siento. Conrad me estaba contando una anécdota teatral.

—Estoy segura de que también nos gustaría oírla —dice Jessica. Les toma el pelo, pero seguramente los únicos que nos damos cuenta somos Tobias y yo.

—Era una tontería, aquí somos los más viejos. Solo recordaba un poco el pasado —explica Conrad.

—Juro que así es —dice Audrey—. No creo que pudiera vivir en esta época, con todos esos móviles y todo el mundo pegado a ellos.

—Y que lo digas —le da la razón Robert—. Las chicas no lo sueltan. Los detestaba, pero sé que mi mujer los aprecia. Cuando no está con ellas, puede usar… —Se pone la mano delante de la cara como si le estuviera hablando a un móvil.

—¿Usar FaceTime? —le echa un cable Tobias.

—Eso es. FaceTime, con el bebé.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunto—. Falleciste antes de que él naciera.

—Entro en la aplicación —me responde, un poco avergonzado—. En tu perfil también.

Miro a Tobias.

—Sí —dice.

Abro mucho los ojos y aprieto los párpados. Audrey tiene el hombro apoyado en el de Conrad. Ninguno de los dos evita el contacto.

—¿Solo en el de la gente a la que queréis?

—Claro —dice Audrey—. Aunque a medida que avanzas… lo haces cada vez menos. Incluso allí es necesario seguir adelante.

Me sostiene la mirada y soy yo quien la aparta.

—¿Desearías seguir aquí? —le pregunto—. ¿Querrías seguir viva?

Audrey mira a Conrad.

—Es una pregunta difícil —dice—. Sería muy vieja.

—¿Habrías querido disponer de más tiempo?

—Podría haber trabajado más con UNICEF. Me encantaron los últimos años que pasé con ellos; me hubiera gustado hacer más. Y por los niños, por supuesto.

No puedo evitar pensar que no ha respondido a mi pregunta, y estoy segura de que Audrey también lo sabe.

—No echo de menos la vida, si eso es lo que me pides. La vida es muy difícil. Esto no lo es.

—Tiene razón —dice Robert—. Es como un plácido domingo, en realidad.

Si lo hubiera sabido, si me hubiera preparado, si Tobias no estuviera sentado a mi lado con el tiempo escurriéndose en un reloj de arena, haría preguntas. Me gustaría saber qué pasa cuando mueres, si pasas por un túnel, si hay una luz. Me gustaría saber si puedes salir con gente, si te reencuentras con todos los que has perdido (y cómo funciona la reencarnación), pero tenemos que conseguir muchas cosas en una sola cena y ya hemos establecido las prioridades.

—Fascinante —dice Conrad. Le acaricia el brazo a Audrey, que se sonroja.

—Ya lo verás —le susurra con esa voz que la hizo tan famosa.

El silencio se instala en la mesa. Incluso Tobias la mira como si estuviera drogado.

—¿Y tú? —le pregunta Conrad a este último—. Has dicho que para ti es diferente.

—De hecho, he sido yo quien lo ha dicho —apunta Audrey.

—Pero ¿es verdad? —insiste Conrad.

—Sí —dice Tobias—. Lo es.

—¿Por qué?

Tobias me mira.

—Creo que todavía estoy entre los dos mundos. Espero que esta cena lo arregle.

—¿Es lo habitual? —pregunta Conrad.

—No lo sé. No lo creo.

De nuevo siento esa chispa de esperanza. No se ha ido. Aún no. De hecho, lo que acaba de admitir me hace sentir que estoy más cerca que nunca de recuperarlo.

A mi lado, Jessica no dice nada. Mira el té con la cabeza gacha y veo que está llorando.

—Jess —le digo—. ¿Qué pasa?

—¿Crees que vigila a Douglas? —me pregunta—. Ella no… —Calla y me acuerdo de su madre, claro, del cáncer que se la llevó, de su ausencia en la graduación de Jessica, en su boda, en el nacimiento de su hijo. ¿Qué no haría para cenar con ella? Por tener una noche para contarle todo lo que sucedió y lo injusto que fue en todos los

sentidos. ¿Por sentarse con ella y tocarla y mirarla y llorar?

—Sí —respondo—. Claro que sí.

Me doy cuenta de que esta cena es un golpe de suerte, de fortuna, y me vuelvo hacia Robert.

—Traté de encontrarte —añado. Se vuelve hacia mí más rápido de lo que tarda en caer una gota de agua—. Me enteré de que vivías en California. Incluso llegué a tu casa, pero no me atreví a llamar a la puerta.

—¿Cuándo?

—Tenía más o menos dieciséis años. Cogí prestado el coche de mamá. Me llamó cuando estaba sentada en el camino de entrada. No recuerdo para qué. Para preguntarme cuándo iba a volver a casa o lo que quería para cenar. Pero en cuanto colgué di la vuelta y me fui.

Robert agacha la cabeza y asiente.

—Entiendo.

—Me pareció una traición —le digo—. Lo siento, me hubiera gustado haber entrado.

—¿Qué traicionabas a tu madre? —me pregunta Conrad.

Asiento en silencio.

—Ella querría esto para ti —dice Audrey, inclinada hacia delante apoyando los codos en la mesa, cosa que no había hecho en toda la noche—. Puede que ahora no lo sepa, pero lo querría. Las nimiedades…

—Esto no es nimio —salta Jessica a la defensiva—. Las abandonó. Fue su madre quien la crio.

—¿No nos habías dicho que fue ella quien te pidió que te fueras? —pregunta Conrad.

—¿Qué otra opción tenía? —le espeta Jessica.

Siento un intenso ramalazo de amor por Jessica y recuerdo lo mucho que quiere a mi madre, que, por su parte, siempre que nos mandaba un paquete al piso ponía «para las chicas», y cuando venía a la ciudad salíamos las tres a cenar. Le sigue comprando un regalo de cumpleaños a Jessica todos los años. Sabía que la madre de Jessica faltaba y se encargaba de estar, aunque fuera de manera

indirecta, siempre que podía.

—Por supuesto —dice Audrey, todavía inclinada hacia delante—. Una cosa no quita la otra. Él se fue. Sin embargo, ahora está aquí y la madre de Sabrina querría que ella lo perdonara.

—Oh —dice Robert—. Yo no…

—Que sí —replica Audrey—. Para eso estás aquí.

Miro a Conrad, que clava los ojos en mí.

—¿Tiene razón? —me pregunta.

Pienso en mi padre, en Tobias sentado a mi lado. En las formas en que los hombres de mi vida no han estado a la altura de lo que necesitaba de ellos. Le dije a Tobias que no seguiría con él, sin embargo. ¿No fui yo también responsable?

Miro a Audrey. Detecto en ella una fortaleza que nunca había visto, ni esta noche ni en todos los años que la he estado viendo en la pantalla. Por sus rasgos, su voz y su físico siempre han sido como un pajarito, tan delicada y de naturaleza tan compleja que la simplicidad del poder nunca me ha parecido relevante. Sin embargo, ahora la veo sentada aquí en toda su majestuosa gloria y es grande y audaz: llena la sala entera.

—Por supuesto que la tiene —le digo, sin dejar de observarla.

—El perdón es más para quien lo otorga que para quien lo recibe —sentencia Conrad.

—Antes tengo que decirte una cosa —me comunica Robert—. Puede que te haga cambiar de opinión.

—Vamos —lo apremia Conrad—. Estamos perdiendo tiempo.

—Lo que te he contado acerca del bebé que tu madre perdió…

—Sigue.

—El aborto espontáneo no fue por causas naturales. Tu madre tuvo un accidente de coche.

—Oh, Dios mío —dice Conrad—. Pobrecita.

Jessica se estremece a mi lado. No me hace falta escuchar el resto para saber lo que viene a continuación.

—Yo iba al volante —prosigue Robert. Me mira y en sus ojos veo la profundidad de su sufrimiento. Pienso brevemente en la promesa del más allá: la liberación del sufrimiento—. Estaba ebrio.

Habíamos ido a cenar a New Hope y volvíamos. Había tomado demasiado vino. Tu madre me había pedido conducir, pero le dije que me encontraba bien. Estaba embarazada y no quería sobrecargarla. —Se muerde un puño—. Íbamos a llamarla Isabella.

—Un nombre bonito —comenta Audrey.

Robert le dedica una leve sonrisa sin alegría.

—Fui yo —continúa Robert—. No espero que me perdones. No me lo merezco.

Pienso en la madre de Jessica, en la mujer de Conrad. En la extraña oportunidad que se me brinda.

—Te lo mereces —le digo. En el regazo, las manos me tiemblan —. Los dos nos lo merecemos.

DIECIOCHO

—¿Tobias te lo ha pedido?

Hablaba con Jessica por teléfono mientras volvía en tren a la ciudad. Tobias tenía que quedarse cinco días más en Montauk para acabar el trabajo.

Jessica gritó cuando se lo dije y me pidió tres veces que se lo aclarara.

—Cuéntamelo todo.

Intentaba recordar la última vez que Jessica había visto a Tobias. No estaba segura. Puede que, en invierno, en su fiesta de Navidad. Habíamos ido a la fiesta que ella y Sumir habían celebrado en su casa recién reformada. Nos enseñó toda la casa explicándonos las mejoras mientras sus amigos, llamados Grace, Steve y Jill, nos seguían. No tenía ni idea de dónde los había conocido. ¿En la tienda de comestibles? ¿Dónde haces amigos en Connecticut si todavía no tienes hijos?

—Y esto —nos dijo entonces Jessica— será el despacho de Sumir, en cuanto quite toda esta ropa. —Habíamos llegado, procedentes del dormitorio principal, a una habitación de pequeñas dimensiones situada al fondo del pasillo. Solo había un ventanuco y un ventilador de techo.

—Conque un despacho, ¿eh? —Jill se rio. Jessica puso los brazos en jarras y negó con la cabeza, de manera infantil, propia de las chicas de las hermandades y de las esposas de los programas de los años cincuenta. «Un bebé», recuerdo que pensé.

—¿Estáis casados? —nos preguntó una de sus amigas,

pongamos que Grace.

—No —se me adelantó Jessica, con demasiado brío—. Están en contra del matrimonio.

—Ah, ¿sí? —dijo Tobias. Me paso un brazo por los hombros y me atrajo hacia sí.

—Nos oponemos terminantemente al divorcio —dije.

—¡Cierto! —exclamó Tobias—. Eso es.

Jessica puso los ojos en blanco.

—Sois como niños —dijo.

Entonces no había entendido todo lo que quería decir, pero en aquel momento, hablando con ella por teléfono, noté su alegría y algo más: su alivio. Por fin hacía lo que quería ella. Quizá, solo quizá, volveríamos a estar en el mismo bando.

—Estábamos en la playa —le expliqué—. Fuimos a pasear por la mañana, temprano, puede que a las siete de la mañana. Se arrodilló y me pidió matrimonio.

Un hombre con gorra de béisbol sentado cerca se sacó un auricular y me miró mal antes de volver a ponérselo. Bajé la voz.

—¿Qué te dijo? —me presionó Jessica—. Necesito que me lo especifiques.

—Que me amaba, y me pidió que me casara con él —respondí —. Así de fácil.

—Dios mío —repitió Jessica varias veces—. ¿Dijiste que sí?

En boca de cualquier otra persona habría sido una pregunta retórica, una broma incluso, pero en la de Jessica yo sabía que no lo era, no del todo al menos. Esperé un momento. Sentía un nudo de ira en el estómago. Era como si me hubiera preguntado: «¿Lo haréis de verdad?» o «¿Por fin habéis admitido que sois normales, que sois como todo el mundo?».

—Claro que dije que sí. —Traté de no subir la voz.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—Me alegro por ti —dijo por fin—. ¿Cuándo empezamos a organizado todo?

Tobias y yo no habíamos hablado de la boda. Nos habíamos pasado el fin de semana en la cama, hablando de a qué lugar

queríamos viajar (a China) y qué cambios hacer en el apartamento (poner cortinas en el dormitorio). No habíamos hablado de si en invierno o en verano, ni de si en una iglesia o al aire Ubre. Ni siquiera se me había ocurrido plantear nada de eso.

—No sé —dije—. Acaba de pedírmelo.

—De acuerdo, bien, envíame inmediatamente una foto del anillo.

Strike dos. No tenía anillo. Tobias me había dicho que me había pedido matrimonio dejándose llevar por un arrebato espontáneo.

—Pero claro que le he estado dando vueltas —había añadido—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, ya lo sabes. Esto no es un capricho.

Sin embargo, no había comprado anillo. Tampoco es que tuviera dinero.

—Aún no lo hemos recogido —le mentí. No era la primera vez que le decía una mentira, pero creo que fue la primera que le mentí acerca de Tobias, y esa mentira me pareció más gorda, porque era una mentira sobre nuestro futuro, el de Tobias y el mío. Con aquella mentira sobre nuestra boda y nuestro matrimonio tuve la sensación de que seguiría mintiendo durante mucho tiempo, que nuestro futuro estaría plagado de medias verdades y rectificaciones. Toda la euforia del fin de semana se convirtió en miedo, en una piedra en el estómago, que tenía revuelto como si me hubieran sentado mal unas ostras.

Al llegar a casa vi una nota del casero en la puerta. Al día siguiente a las tres alguien vendría a revisar los desagües. ¿Iba a estar en casa?

Dejé la maleta en la puerta y me desplomé en el sofá, el mismo que nos habíamos llevado del apartamento de Chelsea. Pensé en llamar a mi madre, pero me pediría que le contara los mismos detalles que Jessica, y no podía dárselos. El globo de felicidad que había sentido en la playa con Tobias se había deshinchado con la llamada de Jessica. No quería pasar de nuevo el mal trago.

Llamé a Tobias.

—Hola —me saludó—. ¿Va todo bien? Ahora no puedo hablar.

Escuché los ruidos de la sesión de fotos.

—Sí, claro.

—Sabby, ¿qué pasa?

—¿Te parece mal que este fin de semana no hayamos hablado ni una sola vez de la boda?

Se calló un momento. Oía el aire entrando y saliendo de su boca.

—¿Lo dices en serio?

—No —contesté—. Sí, puede.

—Mira, tengo que irme. —Parecía molesto. No, parecía decepcionado, como si yo hubiera resultado ser como todas las demás: todo risitas y tul y *Gypsophila* y un lazo rosa. El estómago también se me revolvió.

—Vale, lo siento, pásalo bien.

—¿Tenemos algún problema? —me preguntó.

—Estamos genial —aseguré.

Colgó.

La inquietud por mi conversación telefónica con Jessica creció hasta convertirse en rabia. Por mucho que fingiera, sin demasiado éxito, que no me afectaba su desaprobación en lo concerniente a mi vida, me afectaba. Quería que me entendiera como antes. Quería que se riera de Beth y Jill, no que fuera como ellas. Quería que pusiera los ojos en blanco cuando alguien insinuara que el despacho de Sumir podía ser la habitación del bebé, porque, en serio, ¿un bebé? ¿No temblábamos ante la idea? ¿No nos reíamos y decíamos que jamás dejaríamos de emborracharnos y de dormir a pierna suelta? Así éramos nosotras, ¿no?

Parecía que todo aquello en lo que había creído, todas las verdades profundas que había asignado al universo, fueran ahora caprichos infantiles, sueños tontos para los que ya era demasiado madura. ¡Pero si ni teníamos ni treinta años! Estábamos en Nueva York. Un bebé antes de los treinta era motivo de preocupación, no de celebración. Nadie se casaba a los veinticinco. Había sido ella quien había escogido un camino diferente y había tenido que mudarse a otro estado para encontrar gente que comprendiera su decisión. No culpa mía, era culpa suya.

Empecé a ponerme histérica en el sofá de nuestro pisito. Jessica siempre me estaba juzgando injustamente. Me había comprometido, y todavía le ponía pegas. Yo nunca lo hacía lo bastante bien.

La llamé. Quería gritarle que ya tenía suficiente, que no volvería a decirme lo mal que lo hacía todo, que estaba harta de aquella falsa amistad. Que no era con ella con quien me había comprometido. Que si le parecía que no maduraba como ella, que yo no… ¿qué? ¿Me mudaba a la periferia y tenía un bebé en la casa de al lado? Estaba triste y enfadada por su marcha, porque hubiera abandonado tan rápida y fácil y alegremente todo lo que habíamos sido. Pero al llamarla saltó el buzón de voz. «Soy Jessica Bedi.

Por favor, deja un mensaje y te llamaré en cuanto pueda. ¡Gracias y adiós!».

Colgué. Hasta había cambiado de apellido. Antes era Jessica Kirk, ahora era Bedi. Me volví tan crítica como ella hasta que me sentí más grande, mejor. Jessica solo quería hablar de bebés, cojines y de si el blanco cáscara de huevo que había escogido para el comedor (¡tenía hasta comedor!) era demasiado azulado. Ni siquiera estaba embarazada todavía. Se había vendido y me tenía celos porque yo seguía allí, en Nueva York. Obvié el hecho de que ser una neoyorquina jamás había sido su sueño. Siempre había querido a Sumir tanto como yo a Tobias. ¿Quién tenía la culpa de que nuestras realidades fueran ahora tan incompatibles?

Recuerdo que una hora después me llamó. Respondí. Parecía cansada, como si acabara de levantarse.

—Perdona, no lo he podido coger —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada. Te he llamado sin querer.

22.35

—Apenas has dicho nada —le dice Jessica a Tobias.

Me he dado cuenta de que su ansiedad ha ido en aumento desde que me senté, pero particularmente después de la confesión de Robert y de haber llorado por su madre.

La mesa lleva un rato en relativo silencio a la ansiosa espera de los postres, que todavía no nos han servido.

—Ah, ¿no?

Jessica niega con la cabeza.

—No. Sigues centrado en los demás. Todavía no sé qué piensas realmente de nosotros.

Conrad me mira arqueando una ceja.

—Eres muy crítica, Jessica —le dice.

—La subestimas —comenta Tobias, aunque sonriendo.

—Bueno —dice Audrey—. A lo mejor ella tiene razón, Tobias. ¿Qué opinas de todo esto?

—Es extraño.

—Evidentemente —replica Jessica, impaciente.

—Estoy triste —prosigue él—. Es triste que Sabby sufriera, que no pudiera hacer o que no hiciera nada al respecto. Que me muriera no fue nada bueno.

Me mira y veo que tiene la ceja derecha arqueada, como si estuviera pidiéndome una sonrisa. Se la doy.

—Eres el gran amor de mi vida —me dice. Me toca la mejilla y las yemas de sus dedos son un alivio.

—No me refería a eso —dice Jessica.

—Basta, Jess —le pido.

—No, no me callaré. Está muerto, ¿recuerdas?

La sangre se me hiela en las venas.

—Sí —digo. Siento un escalofrío y me arrebujo con el jersey—, y trato de arreglarlo.

—Yo quiero que Tobias esté vivo tanto como el que más —añade Jessica, gesticulando absorta hacia Conrad.

—Gracias —le dice Tobias—. Creo —añade.

—Pero —alza una mano para indicar que no ha terminado— creo que es perjudicial hacer como si todo hubiera sido siempre perfecto entre vosotros. No lo fue. Muchas cosas no funcionaban. Tú lo sabías. Por eso no quisiste irte a Los Ángeles con él.

—Eso no es cierto —le digo—. ¿Has olvidado que tenía un trabajo? Tenía mi vida…

—¡Oh, vamos! No fue porque temieras que él te engañara o porque tu padre te hubiera abandonado o ninguna de esas razones de porquería que alegabas. No estabas segura de que fuera el adecuado para ti.

Tobias me mira, pero Jessica sigue hablando.

—Lo siento, Sabby, pero si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo bien. No se trata solo de tu parte de la historia.

—Eso no es cierto —le digo.

—Lo es —asegura Jessica—. Sabías que era un artista. Estabas preocupada por la estabilidad económica. Veías que la fotografía era para él lo primero, por delante de todo lo demás. Admítelo.

—Para —le espeta Tobias, indicándoselo también con las manos. No lo he visto tan animado en toda la noche—. Sabby sabía lo mucho que ella me importaba.

—Ah, ¿sí? —le dice Jessica—. Porque estoy sentada aquí, diez años después, y todavía no estoy segura de eso. —Me mira—. Querías lo que quiere todo el mundo. Querías casarte. Querías estar segura de poder pagar el alquiler. Querías a alguien que no desapareciera. Eso no era ningún crimen. Sigue sin serlo.

Miro a Tobias. De repente, me siento avergonzada, en evidencia, porque me parece que deberíamos mantener esta

conversación en privado, no delante de Robert, Conrad y Audrey Hepburn.

—¿Es eso cierto? —me pregunta Tobias.

—A veces no estaba segura de si acabaríamos juntos —le confieso, porque es lo único que consigo decir, apenas en un susurro.

Tobias está desolado. Me dan ganas de llorar.

—Quiero que sepas que siempre fuiste más que suficiente para mí. —Traga saliva—. Ahora. Esta noche.

—No tiene por qué ser esta noche —le digo—. Yo…

—¿Deliras? —me espeta Jessica, prácticamente gritando. Algunos de los pocos clientes que quedan la miran—. ¡No lo vas a recuperar! No puedes, y lo sabes. No voy a quedarme aquí sentada y dejar que te sigas engañando. Asume o no la responsabilidad, pero cuando esta noche acabe volverás a estar sola.

Sus palabras se me clavan como dientes. Me quedo sin respiración.

—Jessica —tercia Tobias—. Creo que ya basta.

Ella lo mira. Juro que creo que va a saltar por encima de mí para pegarle.

—Lo siento —prosigue Tobias—. Nunca me disculpé contigo. Cuando me fui a Los Ángeles estoy seguro de que no te fue fácil recoger las piezas.

—¡Qué historia tan bonita! —exclama Jessica con amargura—. El joven artista triste que necesita irse para encontrarse a sí mismo y la mujer que se duerme llorando porque lo echa de menos. No sois personajes de novela. Sois de carne y hueso, aunque ninguno de los dos quiera admitirlo, joder.

—¿Eres artista? Creía que eras fotógrafo —dice Conrad, para relajar la tensión.

—¡La fotografía es una categoría artística! —le grita Jessica, cada vez más nerviosa.

Tobias se lleva la mano a la frente.

—No sé qué quieres que digamos.

—¡Algo! —exclama Jessica—. Cualquier cosa. Ya has oído a

Robert. —Lo indica con la cabeza—. Solo tenemos una noche. ¿Quieres repasar todos los detalles o quieres intentar ayudar a Sabby a seguir adelante?

—No —le digo yo—. No me ayudes a seguir adelante.

Jessica nos está desviando del rumbo. Tengo que enderezar el barco.

Llegan los postres. El camarero los va sirviendo de la bandeja. Los *soufflés*, el helado y un sorbete de cortesía. Pregunta si queremos algo más y, como nadie le responde, Audrey le indica cortésmente que se vaya.

Mis palabras siguen en el aire. Jessica, a mi lado, está tensa. Todos los demás miran a Tobias, que se vuelve hacia mí. Creo que me cogerá la mano otra vez, quiero que me la coja, pero en lugar de hacer eso me besa. Me pone una mano en la mejilla, contra la oreja, y pega los labios a los míos. Los tiene fríos, como si acabara de tomar un sorbo de agua helada. Pero la sensación cede inmediatamente a una rendición tan completa que creo que voy a derrumbarme. Es como si un vórtice me estuviera arrastrando hacia el lugar que él representa. Él no está en ese lugar, es ese lugar. Y luego ese lugar somos nosotros. Estamos juntos, solos, en algún lugar, suspendidos. Y es entonces cuando me doy cuenta de que no es un espacio en absoluto, sino un tiempo. Aquí, ahora, él sigue vivo; seguimos juntos. No hay separación. No hay ni un antes ni un después. Solo estamos nosotros en la playa en Santa Mónica, nosotros en nuestro apartamento, nosotros jugando al Scrabble con Matty, preparando la cena con Jessica. Los recuerdos se amontonan más y más, uno encima del otro, y el momento se expande tanto que los abarca todos.

DIECINUEVE

Un mes después compramos el anillo, a finales de septiembre, una tarde soleada de domingo. Estábamos en la zona más cara de la ciudad. Era un día tranquilo. El clima todavía resultaba agradable y en el Upper East Side la gente aprovechaba los cálidos fines de semana. Nos parecía que teníamos todo Park Avenue para nosotros…, como si fuera lo deseable. Veníamos del Guggenheim, de una exposición retrospectiva de Edward Hopper que Tobias quería ver, y después habíamos decidido dar un paseo. Podríamos haber ido a comer a Serafina o *bagels* en el Murray's, pero en ese momento solo caminábamos. Era una tarde luminosa, sin nubes. El sol calentaba la piel sin llegar a quemarla. Todavía había movimiento en la calle y nosotros llevábamos sombrero. Éramos invulnerables.

Íbamos cogidos de la mano y recuerdo que las miré. Piel desnuda, sin rastro de metal, ni siquiera de plástico. Llevábamos un mes sin hablar de la boda en absoluto. De hecho, aparte de a unos cuantos amigos y familiares (como Kendra del trabajo y mi madre, quien milagrosamente no me había preguntado nada; yo tenía la leve sospecha de que Jessica ya se lo había contado), no habíamos anunciado nuestro compromiso. Empezaba a parecerme que aquello nunca había ocurrido.

—Creo que necesitamos un anillo —le dije. Tobias estaba mirando un bulldog francés que se le había escapado al dueño. Estoy segura de que no me escuchó.

—Tobias —volví a decir. Giró la cara hacia mí—. Estamos

prometidos, necesitamos un anillo.

No sabía cómo se lo iba a tomar. Cuando se lo había mencionado por teléfono unas semanas antes, me había respondido con tanta irritación que no quería que se repitiera, pero empezaba a pensar que, si no lo decía yo, nadie lo haría, y que acabaríamos olvidándolo como si la petición de mano nunca se hubiera producido.

—Vale —dijo—. ¿Qué anillo quieres?

Balanceé la mano, todavía entrelazada con la suya. Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—No lo sé. Solo sé que quiero uno.

Realmente no lo había pensado. No era una de esas chicas que sueñan con anillos de diamantes enormes. Incluso de haber podido permitírnoslo, porque no podíamos, no era para mí. Quizás una piedra de color, como la amatista o el rubí. Una oscura y de aspecto antiguo.

—Vamos —dijo Tobias, tirando de mí—. Conozco un sitio donde echar una ojeada.

Cruzamos la calle Setenta y uno y doblamos a la izquierda. Entre la Primera y la Segunda Avenida había una pequeña tienda de antigüedades. Tobias nunca me había llevado, pero me había explicado que a veces iba. Les había vendido un viejo maletín de cuero en la época en que nos habíamos reencontrado en Nueva York, en un momento en que necesitaba cien dólares inmediatamente. Supongo que los seguía necesitando, pero no creía que continuara empeñando cosas.

Bajando la escalera de un edificio de piedra marrón situado en una manzana humilde, ahí se encontraba la tienda. La propietaria, una mujer de unos setenta años llamada Ingrid, nos abrió en cuanto pulsamos el timbre. Le dio un par de besos a Tobias, uno por mejilla. Parecía contenta de verlo, pero no sorprendida.

—Guapo —dijo, sujetándolo a la distancia que le permitía el brazo—, pero un poco diablillo.

Tobias sonrió.

—Ingrid, te presento a Sabrina. Sabrina, Ingrid. —Se le acercó

como si fuera a revelarle un secreto—. Sabrina es mi prometida.

Ingrid abrió los ojos como platos, dio una palmada y se volvió hacia mí, que me mantenía en segundo plano para no inmiscuirme. Me tendió la mano y me acerqué.

—Eres un encanto. —Me da palmaditas en la mano.

Meneé la cabeza. Noté la mano de Tobias en la cintura.

—Lo es —dijo él—. He tenido mucha suerte. —Me metió el pulgar por debajo de la camisa—. Y ahora necesitamos un anillo.

Esa fue la vez que más hablamos del compromiso desde que me había pedido que me casara con él. Me sentía eufórica, encantada, como si todo lo que necesitaba estuviera en aquella pequeña tienda de la calle Setenta y uno, Ingrid incluida.

—Veamos —dijo. Con una mano cogió la mía y con la otra las gafas que llevaba colgadas y se las puso. Cuanto más cerca estaba, más olía su aroma: la fragancia de vainilla más dulce y embriagadora que había olido.

Ingrid me miró la mano.

—Preciosa. Unos dedos muy delicados. —Me cogió un dedo y me lo movió como si me lo estuviera examinando, como si buscara alguna pieza suelta—. Sígueme.

No había ningún otro cliente en la tienda cuando nos llevó a otra habitación donde había bastidores llenos de abrigos, la mayoría de piel. Me aclaré la garganta para no toser.

—Aquí está. —Ingrid se metió detrás de una vitrina, sacó unas llaves del bolsillo y la abrió. Metió la mano y sacó una bandeja de terciopelo con hileras de anillos—. Escoge uno —dijo.

A primera vista todos me parecieron antiguos, puede que Victorianos, pero cuando los observé más de cerca me di cuenta de que eran de diferentes épocas y estilos. Había algunos de diamantes, aunque pequeños. También había un gran surtido de alianzas. Anillos de pedida, de zafiros y uno de hilos de oro blanco y amarillo.

—Son preciosos —dije.

—De muchos matrimonios felices —me explicó Ingrid—. Me aseguro de que el matrimonio sea feliz. Si lo es, se los compro. Nunca a divorciados.

Aquello no era posible: si eran felices, ¿por qué se deshacían de los anillos? ¿Todos habían muerto? En tal caso, ¿cómo saber si eran felices?

Tobias se echó a reír. Tenía la mano en mi hombro y empezó a masajeármelo. De repente, deseé que todo aquello se estuviera grabando, para poder reproducir esa noche un año después o una década después.

—¿Qué tal este? —Indiqué uno de oro amarillo con tres pequeñas esmeraldas.

—No, no —contestó Ingrid. Meneó la cabeza—. Necesitas algo más tradicional.

—Ah —dije—. No soy muy… —Miré a Tobias—. No soy muy tradicional.

—¿No? —Ingrid se quedó un momento mirándome—. Pruébate este.

Me dio un anillo de oro blanco con un único diamante pequeño rodeado de amatistas amarillas. Sigue siendo una de las cosas más bonitas que he visto. ¿Cómo no me había fijado en él inmediatamente?

—Es precioso, pero demasiado. —Me refería al precio. El anillo tenía pinta de costar el alquiler de todo un año.

—Tú, pruébatelo —me insistió.

Ingrid era una mujer a quien costaba desobedecer, así que me lo probé. Brillaba orgulloso en mi dedo anular. Moví con suavidad la mano bajo la luz, observando sus destellos.

—Déjame ver —pidió Tobias.

Me volví y sacudí la mano como si estuviera en un video de rap.

—Ostentoso, ¿eh? —Hacer aquello era ridículo, lo sabía, pero no por eso menos divertido.

—Esto es serio —dijo.

—Lo sé.

—¿Cuánto cuesta? —le preguntó a Ingrid.

—Normalmente cinco mil —contestó—. Pero, para vosotros, tres mil.

Era el triple de lo que podíamos permitirnos. Al momento me lo

quité.

—Es muy caro —dije—, pero precioso. ¿Tienes más?

—Claro, claro, pero ninguno tan bonito. Lo llamo Rose.

Tobias se había quedado callado detrás de mí. Busqué su mano a tientas.

—Oye. —Lo acerqué—. ¿Cuál te gusta?

—Me gusta este —contestó. Estaba convencido—. El que te has puesto. Lo compramos.

—Tobias. —Me aproximé a él y bajé la voz, intentando crear la sensación de privacidad—. Es muy caro, venga.

—¿No es el hombre quien compra el anillo? —me preguntó, aunque en realidad no era una pregunta. Ya no era divertido, estaba teñido de agresividad.

—Sí, pero, cariño, no necesito ese. Vamos a elegir cualquier otro, ¿vale?

Rebusqué entre los anillos. Había uno precioso con puntitas de diamante y amatista en un intrincado diseño de oro.

—¿Este cuánto cuesta? —le pregunté a Ingrid.

—Setecientos —contestó—. Es muy bonito.

Me lo puse. Me quedaba perfecto.

—¿Qué dices? —le pregunté a Tobias.

Me echó un vistazo a la mano.

—Está bien —dijo.

—Tobias, bien no es suficiente. ¿Quieres seguir mirando?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, es muy bonito. —Me cogió la mano con cuidado —. Te queda muy bien. —Me sonrió, yo supe que con esfuerzo.

—Me encanta. —Lo pensaba. No era como el otro, pero me gustaba como me quedaba. No quería quitármelo.

—Nos llevamos este —dijo Tobias.

Le hice un arrumaco. Me abrazó. Estábamos haciendo un esfuerzo. Yo deseaba recobrar un poco de la alegría con la que habíamos entrado en la tienda.

—Sabia elección —observó Ingrid—. Te favorece mucho. —No parecía que le molestara que nos lleváramos un anillo cinco veces

más barato. Sentí una oleada de cariño por ella.

La seguimos entre los percheros hasta la sala principal. Se puso detrás de la caja registradora y miré a Tobias sacar la cartera. Setecientos dólares seguían siendo mucho dinero, un dinero que sabía que no tenía, pero algo me dijo que no interviniera. Tobias le dio la tarjeta de crédito.

Le dimos un abrazo de despedida a Ingrid y subimos la escalera hasta la calle. Hacía mucho más frío que cuando la habíamos bajado.

—Me encanta —le dije. Me miré la mano. El anillo brillaba a los últimos rayos del sol veraniego—. Y te quiero.

Tiró de mí hacia él.

—¿Seguro que estás contenta?

Quería que añadiera «con el anillo», pero no lo hizo.

—Claro que sí —dije—. Soy la mujer más feliz del mundo. Me caso contigo.

—Sí —dijo. Asintió varias veces.

Le cogí la cara.

—Esto es lo único que necesito —añadí—. Lo único que necesitaré siempre.

Me abrazó con tanta fuerza que me dejó casi sin respiración. Aquella tarde nos quedamos aferrados el uno al otro, como si supiéramos lo que se avecinaba.

22.42

Cuando por fin Tobias aparta sus labios de los míos tardo un segundo en recordar dónde estábamos. En la cena; la de la lista. Me toco la boca y, en un parpadeo, vuelvo a estar en la mesa. Audrey y Conrad nos miran. Robert se entretiene con el *soufflé*, y Jessica se ha cruzado de brazos a mi lado.

—Seguro que esto lo arregla todo —comenta, impávida.

—Yo echo de menos que me besen así —susurra roncamente Audrey. Luego, sobresaltada, mira a Conrad.

Supongo que, por debajo de la mesa, le ha acariciado una pierna.

Tobias me mira como si intentara calibrar mi reacción, pero no puedo pensar en otra cosa más que en cómo se siente él, en qué estará pensando. Quiero cogerlo de la mano y salir corriendo y llevármelo a casa.

—Perdona —me dice—. No pretendía hacerlo… —Mira a Jessica—. ¿Tú querías que nos casáramos?

—Por supuesto —le responde ella, pero sin demasiada convicción—. Quería que fuerais felices. No es asunto mío.

—Como si lo fuera —replica Tobias—. No te callas, y aquí estás.

—Sí, pero no la beso. Además, yo estoy viva. —Disimula una sonrisa y Tobias se da cuenta.

—Jess —le dice—. Conrad está muy vivo, como tú y Sabrina.

Jessica pone los ojos en blanco, pero sin dejar de sonreír.

—Lo pasábamos bien juntos —prosigue él. Mueve la silla para estar frente a mí hablando con ella—. ¿Recuerdas la noche que

pintamos a Sabby con rotulador y le pusimos pasta de dientes en los pies?

—Se lo merecía —dice Jessica—. Hizo que echáramos de menos el *Libro de Mormón*[6]

—Era mi cumpleaños —aclaro.

—Sí, cumplías veinticuatro. Tendrías que haber aguantado mejor la bebida. —Tobias me da un codazo y Jessica se ríe.

—Te enfadaste muchísimo —dice—. No nos dirigiste la palabra en todo el día.

—No exactamente —la corrijo—. Me pasé todo el día vomitando.

—Aun así —añade Tobias—. Habíamos sido nosotros.

Jessica se retrepa en la silla y asiente.

—Sí. Habíamos sido nosotros. Pero de eso hace ya mucho.

Siento el aire cargado a mi alrededor. Como si el espacio entre los iones positivos y negativos fuera yo.

—Tal vez no deberías haberme aceptado de nuevo —dice Tobias, inclinándose hacia delante con las manos en las rodillas—. Cuando volví de Los Ángeles a lo mejor tendrías que haber pasado página y haberte quedado con Paul, no sé.

Pensé en decirle no, no dejarlo volver a subirse a mi vida. Pero no era viable. Cuando Tobias volvió, no tuve alternativa.

—Nunca te pedí que te quedaras —digo. No se lo digo a él, sino a toda la mesa—. No podía volver a Los Ángeles contigo, pero nunca te pedí que te quedaras.

—¿Por qué no? —me pregunta Audrey.

—Era demasiado orgullosa, o me daba demasiado miedo, supongo, de que me dijera que no o de que me dijera que sí y luego estuviera resentido conmigo.

—¿Habría sido así, Tobias? —La voz de Audrey flota en el aire —. ¿Te habrías quedado?

Deseo tanto que diga que no que prácticamente saboreo el deseo. Lo noto maduro en la boca como una baya lista para ser recogida.

—No lo sé —responde—. O, mejor dicho, no. Creo que la

respuesta es que no. No tuvo que pedírmelo. Me fui. Odiaba la idea, pero tenía que irme.

—Pero volviste. ¿Por qué?

—Porque no podía vivir sin ella.

Todos se quedan callados. Nadie se mueve, ni siquiera para coger una copa de vino.

Nunca puse en duda que Tobias fuera el indicado para mí, pero ¿y si todas las oportunidades perdidas, los conflictos y las angustias no apuntaran a lo épico de nuestra relación sino a su precariedad? A su fragilidad.

Quizá Jessica tuviera razón: éramos unos inmaduros, éramos unos irresponsables. Yo creía que, de algún modo, el universo actuaría por nosotros. Lo creía incluso esta noche, sentada a esta mesa. Pero ¿y si el trabajo hubiera dependido siempre de nosotros? «La elección del momento oportuno lo es todo», me dijo Jessica al irse. Y esta noche casi no nos queda tiempo.

VEINTE

A principios de octubre, Tobias vino a casa y me dijo que quería cambiar de trabajo. Había llegado la hora. Las cosas en el nuevo empleo iban de mal en peor. No solo estaba deprimido, sino que le parecía haber retrocedido diez pasos desde Los Ángeles.

Yo sabía que quería volver a trabajar en la fotografía como le gustaba, y también que era solo cuestión de tiempo que empezara a buscar otro empleo o a redactar su currículum. El hecho de hacerlo en aquel momento, cuando no tenía ni un duro, cuando apenas podíamos pagar el alquiler y nos acabábamos de prometer, no lo preocupaba, por lo visto. Era una bola de energía en cuanto entró por la puerta.

—Llevo pensándolo desde hace tiempo —dijo, sentándose a mi lado en el sofá—. Pero hoy me he dado cuenta: ¿por qué esperar? Quiero poder centrarme en mi propio trabajo.

—Vaya —dije—. De acuerdo. —No era divertido vivir con un amargado a quien no le gustaba su trabajo. Quería que fuera feliz, y quería que por fin consiguiera el empleo que deseaba. Pero también quería dormir bajo techo, comer y casarme. Intenté hacer cálculos —. Dime en qué estás pensando.

Noté lo emocionado que estaba y fui a buscar algo de beber para los dos. Cogí la botella de champán caro que Matty nos había regalado cuando habíamos inaugurado el nuevo piso. La habíamos estado guardando. La saqué con dos copas. Si teníamos que hablar de aquello, lo haríamos con alcohol en las venas.

—Se lo comunicaré mañana, ya encontrarán a alguien, y

entretanto puede que Lañe me sustituya. —Lane era otra ayudante a tiempo parcial. A Tobias le caía bien—. Y después, lo primero es lo primero: tengo que hacerme una página web. —Gesticulaba como solía hacer cuando estaba muy animado. Descorché el champán y lo serví—. Le pediré a Matty que me ayude con los detalles técnicos y después me gustaría contactar con los clientes para los que trabajé en Los Ángeles. No creo que todos digan que sí, pero a lo mejor uno o dos…

Le di una copa. Los ojos le brillaban, algo muy infrecuente en aquellos días. Quizá la última vez había sido en la playa de Montauk. Si era cierto lo que decía, si el trabajo iba a llegar, quería apoyarlo. Tal vez ese era el problema: que su insatisfacción en el trabajo se había infiltrado en nuestra relación. Si empezaba a ser feliz allí, empezaría a serlo conmigo.

—¡Qué bien! —dije—. Me parece una idea estupenda.

—¿Sí? —Tobias parecía avergonzado, algo impropio de él—. Es que, bueno, es posible que me haga falta que pagues tú todo el alquiler, un mes, como mucho dos, pero luego ganaré más que ahora y te lo devolveré…

El corazón se me aceleró, pero disimulé. Puse una mano sobre la suya.

—Cariño —le dije—. Está bien. Lo conseguiremos. —El sueldo de Random House me alcanzaba poco más que para subsistir, pero tenía ahorros. Mis padres habían comprado unos bonos cuando nací que habían vendido al terminar la carrera. La suma ascendía entonces a casi diez mil dólares y había seguido aumentando. Usaría ese dinero. Valía la pena con tal de verlo tan feliz.

—Te amo —me dijo. Me besó con pasión—, y quiero que empecemos a hablar de la boda. Deberíamos casamos en primavera. ¿Por qué esperar, no crees?

El corazón no me cabía en el pecho. Tan henchido lo tenía que nos envolvió a ambos. Latía a nuestro alrededor.

—En primavera —dije—. Qué maravilla.

—O podríamos fugarnos. —Me quitó la copa y la dejó en el suelo. Luego me sentó en su regazo.

—¿A Las Vegas? —Le puse las manos en las mejillas. Llevaba varios días sin afeitarse y tenía una barba incipiente. Cuando se la acaricié me hizo cosquillas.

—O al Ayuntamiento. —Tobias se inclinó a besarme y luego me colocó a horcajadas sobre él.

—Mi madre se pondría como una loca —contesté, sin aliento. Hacíamos el amor a menudo, pero había perdido parte de la intensidad de la conexión que notaba yo antes de que se fuera a Los Ángeles. Eso había vuelto y ardía entre nosotros en el sofá.

—No te olvides de Jessica —dijo Tobias, acariciándome el cuello—. Te mataría.

—A mí no, te mataría a ti —lo corregí.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Ya le has enseñado el anillo? —me preguntó.

Se lo había enseñado. Habíamos quedado para comer una semana después de comprarlo. Parecía contenta. Solo le apetecía hablar de la boda: dónde celebrarla, qué vestido llevaría. La había dejado hablar. Cuanto más llevaba el anillo, más me enamoraba de él. Ni siquiera me lo sacaba por la noche. Me encantaba el toque de oro, el modo en que reflejaba el sol.

—Sí. Dijo que era poco tradicional. Ya conoces a Jessica: necesita que todo sea como ella cree que debe ser.

—¿Incluso yo?

—Incluso tú —dije. Le di un beso en la mejilla—. He aprendido algunas cosas del departamento de ventas y *marketing* de Random House —le expliqué—. Tendrías que hacerte un perfil de Twitter y otro de Instagram con tus fotos, y yo te ayudaré a promocionarlos.

Echó la cabeza hacia atrás con desdén.

—Es importante —lo provoqué—. Necesitas afianzar tu presencia en internet.

—Mi presencia.

—Tu presencia.

—¿Cómo te parece que lo estoy haciendo ahora?

—Decentemente —le contesté, arqueando una ceja.

Entonces, con un rápido movimiento, me levantó y me cargó al

hombro.

Tobias no abultaba mucho más que yo. Era más alto y puede que un poco más robusto, aunque muy poco desde que se había hecho vegetariano. Había perdido la masa muscular de California. Me balanceé sobre su hombro y se levantó y fue tambaleándose hasta el dormitorio. Me sujetó con fuerza las piernas mientras me lanzaba a la cama.

—Creo que esto va a estar muy bien —me comentó—. Lo noto.

Aunque no estuviera convencida, estaba tranquila, aliviada. Teníamos un objetivo. Por fin habíamos encontrado lo que debíamos resolver y el modo de hacerlo.

22.48

Estamos pendientes del postre. El helado se funde con rapidez.

—Nunca he sido aficionada a lo dulce —dice Audrey—. Pero esto está delicioso.

Coge un poco de helado de praliné con la cuchara y se lo ofrece a Conrad, que abre la boca de buena gana.

—Divino —añade, relamiéndose.

—El *soufflé* está increíble —dice Robert—. Intentaba prepararlo, pero nunca conseguía que subiera bien.

—El truco es no batir demasiado las claras de huevo —aclara Audrey.

Intento imaginar a Robert en su cocina, con un delantal, una esposa cariñosa cortando verduras y dos niñitas a sus pies. Si fuera amigo mío, creo que me alegraría por él.

—¡Qué bueno! —exclama Jessica, con un bocado enorme de *soufflé* en la boca.

Tobias toma un sorbo de expreso y se vuelve hacia mí.

—Nunca me arrepentí de haber vuelto. A veces me disgustaba que el trabajo no fuera como en Los Ángeles, pero tú no tenías la culpa y nunca debí haberte hecho sentir culpable.

—Íbamos a casarnos —le digo.

—Íbamos a hacerlo. —Es triste; él está triste.

—Nunca estuve segura de que quisieras realmente.

—Quería. Cuando te pedí que te casaras conmigo, hablaba en serio.

—¿Y después? —le pregunto.

Se frota un lado del cuello.

—No lo sé. Quería estar contigo, pero quería muchas cosas. También quería muchas para ti, por si no lo crees.

—Lo creo.

—Así que, ¿no llegasteis a casaros? —pregunta Robert—. Veo que no lleváis anillo.

Se sienta un poco más recto y hace una floritura con las manos cuando pregunta, como si se estuviera arreglando una corbata invisible.

—No —le responde Tobias—. No nos casamos.

—Pero estuvisteis a punto —añade con tristeza Robert—. Tuvo que ser una verdadera tragedia. Tantos asuntos pendientes…

Tobias agacha la cabeza.

—Habíamos fijado la fecha, sí —dice—, pero el accidente…

—No estábamos lo que se dice juntos —intervengo—. Habíamos tenido una pelea tremenda y llevábamos más de un mes sin hablarnos.

Oigo el tenedor de Conrad caer con estrépito en el plato.

—¿Os habíais separado cuando murió?

Siento que las lágrimas se apoderan de mí. Me temo que si digo algo no podré parar de llorar.

—Vale —dice Robert—. Aún no son las once.

Me mira, y la esperanza que veo en su rostro, la fe, me parte en dos. De repente, sé lo que quiero preguntarle, cuál es la pregunta central del porqué.

—¿Te gustaría cambiar las cosas si pudieras? —le pregunto a Robert.

Lo veo sopesar la idea. Su mujer, los hijos. Las rodillas magulladas y los novillos. Los años pasados con ellos.

—Sí —dice con aspereza—. Si pudiera arreglar las cosas contigo, sí.

—¿Incluso aunque eso lo cambiara todo?

Robert se aclara la garganta.

—Lo único injustificable es la pérdida de un hijo. Todo lo demás… Hay personas que se quedan parapléjicas y encuentran a

Dios; las hay que se quedan sin un céntimo y dicen que eso les ha traído una paz más profunda, que han descubierto lo que importa de verdad en la vida. He oído a algunos decir que lo peor que les ha sucedido ha sido para mejor. Sin embargo, nadie dice eso de haber perdido un hijo.

Conrad hace un ruido en el otro extremo de la mesa.

—Bien —dice; eso es todo.

Miro a Robert. Él querría volver atrás, si pudiera; deshacer toda la vida que vivió después. Pero no me parece bien. No he querido otra cosa desde que era niña: que me diera prioridad, que me cuidara y que regresara; sin embargo, ahora que lo oigo decirlo, sé que estaría mal. No soy lo único importante que había en su vida. También tenía una familia que lo necesitaba, que merecía existir, y que fuera mi padre, ahora, en este punto, desharía todo eso.

Robert me está mirando con lo que solo puedo describir como amor. Amor nervioso, amor tímido, amor que desconoce cuál es su lugar y cómo será recibido, pero amor de todos modos.

Creo que ya basta. Por ahora, en esta mesa, ya basta.

VEINTIUNO

Tobias se despidió del trabajo a la semana siguiente y a los tres días dejó la oficina. Tampoco es que tuviera una oficina propiamente dicha. Llegó a casa con una caja llena de fotografías (las mismas que se había llevado para empezar).

—¿Lane te sustituye? —le pregunté.

—De momento —dijo, en el tono que usaba para darme a entender que no quería hablar más del asunto. Así era Tobias, impulsivo. Una vez tomada la decisión, no había más que hablar.

—Estupendo —contesté—. Deberíamos celebrarlo.

Fuimos a nuestro restaurante favorito de tacos, en Park Slope. Pedimos margaritas y nos atiborramos a patatas fritas y guacamole gratis. Saqué un paquete y lo puse sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un regalo de cumpleaños atrasado —dije.

Su cumpleaños lo habíamos celebrado el mes anterior sin mucha fanfarria. Dijo que no quería regalo (solo tarta, una tarjeta y a mí semidesnuda) y le hice caso. Aun así, llevaba tiempo queriendo regalarle aquello.

—Sabby, te dije que no lo hicieras.

—Ya, pero bueno.

Lo abrió. Contenía el reloj de bolsillo de mi padre. Mamá me lo había dado hacía años, ni me acordaba de cuándo. Era de oro, con un filete de plata.

—Me encanta. —Lo sostuvo con cuidado.

—También es brújula —le expliqué. Le señalé las agujas.

—Por si me pierdo. —Me miró, pero no se reía.

—Para que siempre puedas encontrar el camino de regreso.

Me cogió la mano y me besó las puntas de los dedos. Cuando un grupo de mariachis se puso a tocar, me tendió la suya.

—¿Bailas conmigo?

El restaurante era pequeño, puede que de diez mesas en total, y ya era tarde, las once pasadas.

Me atrajo hacia sí. Llevaba una camisa de cuadros que a mí me encantaba pero que sabía que a él no le gustaba. También sabía que estábamos en un restaurante barato de tacos, compartiendo un primer plato y atiborrándonos de patatas fritas, que eran gratis. Era consciente de que teníamos veintinueve años y éramos demasiado mayores, pero en aquel momento tenía la sensación de estar exactamente donde debía. Tobias era mi hogar, así de sencillo. Lo demás, pensé, ya vendría. ¿Quién se preocupa por el dinero si tiene amor?

—¿En qué piensas? —me susurró Tobias pegado a mí.

—En que deberíamos estar en México —le expliqué—. En Tulum, puede que en cabo San Lucas. O en el Caribe.

—Mmm —dijo Tobias—. Cuéntame más.

—Tú, yo, la brisa de una isla. Un chapuzón de madrugada.

—¿Y qué más?

—Todo el día en bañador.

—A veces ni siquiera en bañador.

—Podríamos alojarnos en uno de esos hoteles que tienen una cama grande con dosel y cortinas en las puertas.

—¿Y los bichos? —preguntó Tobias.

—Es una isla paradisíaca, cariño —dije—. No hay bichos.

Se envaró entre mis brazos. Por un momento no entendí por qué, pero luego caí en la cuenta. Las vacaciones eran una fantasía. Había creído que yo me refería a ir a México de verdad, a que nos tomáramos unas verdaderas vacaciones. Con aquel comentario le había expresado que sabía que no lo haríamos. No teníamos dinero, no podíamos. Sin embargo, él se había tragado la fantasía, la idea de «pero quizás», «a lo mejor», «¿y si?».

En ese momento pensé en Paul. Me avergoncé de haberme acordado de él, de haber recordado nuestro viaje a Portland, cuando nos alojamos en el hotel Heathman como si nada, comimos en buenos restaurantes y fuimos a dos conciertos, solo porque sí. También habíamos ido a Londres y a Nueva York. Todo era tan sencillo, tan perfecto, que, y no por primera vez, eché de menos esa clase de relación en la que no sentía todo el peso del mundo sobre mis hombros.

Pasaron dos semanas y otras dos. Tobias estaba ocupado con la página web, siempre en casa, trabajando en el ordenador. Decía que la pondría en marcha y publicaría un anuncio.

A toro pasado, debería haberme dado cuenta. Tobias era creativo, apasionado y tenía muchísimo talento, pero estaba perdiendo el vínculo que unía su talento a un medio viable de ganarse la vida. Su último trabajo, y el de antes con Wolfe, tenían una estructura, un orden, un sistema en el que encajar. Tobias detestaba ese sistema, pero no entendía que todo negocio, independientemente de lo creativo que sea, necesita uno.

Yo había aprendido el negocio de la fotografía poco a poco durante los años de convivencia con él. En cierto modo, estaba mejor capacitada para analizar la trayectoria de Tobias que él mismo. La mayoría de los fotógrafos creaban su porfolio mientras eran ayudantes, por lo que yo sabía. Al principio los encargos que recibían eran los que les cedían sus jefes; las migajas, por así decirlo. Los que exigían viajar lejos, los mal pagados o para revistas de segunda fila. Tales trabajos les daban más independencia, lo que a su vez les brindaba más oportunidades, más contactos. Una cosa llevaba a la otra, pero no para Tobias, porque había dejado a Wolfe y luego trabajado para alguien cuya clientela no le interesaba. Que se entregara por completo a su trabajo sin nada que lo respaldara era arriesgado, particularmente para alguien como Tobias, con tantos altibajos emocionales.

Al comienzo de su período como autónomo se esforzó al máximo, y admito que como una ingenua me dejé contagiar por su entusiasmo. Yo me daba cuenta de la situación, pero me parecía que

traicionaba a Tobias, su talento y mi amor por él dándome cuenta. Cerré los ojos. Lo vi gastarse en un nuevo equipo fotográfico miles de dólares que no tenía, que necesitábamos para el alquiler o para la boda (habíamos fijado una fecha para primavera, en una pequeña iglesia de Park Slope que vimos dando un paseo y nos gustó). Me dije que tenía que gastar dinero para poder ganarlo después. Me sentaba con él frente al ordenador, mirando las fotos de la ciudad que se había pasado todo el día tomando. Eran preciosas. Ancianos con sus nietos. Camareros de los cafés del West Village que daban a Nueva York un aire parisino. Grafitis. Buscaría trabajo, decía. Daría apoyo técnico y se presentaría en las revistas. Conocía a todo el mundo. Era solo cuestión de tiempo que consiguiera su primera sesión fotográfica. Le creí.

Pero con el paso de las semanas el plan fue cambiando. Lo de buscar trabajo quedó descartado. No quería otro trabajo descorazonador, decía. No podía volver a hacer un trabajo así. Empezó a hacer fotos, constantemente. Se olvidó de una cena con Kendra y su novio. Canceló una noche de copas que David y Mark, su nueva pareja, habían planeado. Lo único que hacía, día y noche, era fotografiar.

—¿Para cuándo crees que estará lista la página web? —le pregunté semanas más tarde.

Acababa de llegar del trabajo. Las editoriales Penguin y Random House se habían fusionado hacía poco y estaban despidiendo personal sin ningún miramiento. Pensaba tener el trabajo asegurado de momento, ya que todavía no se habían cebado mucho con la editorial, pero era cuestión de tiempo que lo hicieran. No tenía lista propia de publicaciones, una que impresionara al menos, y sabía que sería una mala candidata para una editorial rival de más categoría. Tendría que empezar como ayudante de editor otra vez, cuando estaba casi preparada para un ascenso. También estaba cerca de cumplir los treinta sin haber ahorrado nada para el futuro que quería. No tenía ni dinero, ni tiempo, ni siquiera días de vacaciones. Me lo había gastado todo esperando a que un día, ¿qué? ¿Que algo mágico ocurriese? ¿Que Tobias consiguiera hacerse famoso? Ya ni

siquiera sabía qué andaba haciendo.

—No lo sé —me respondió—. Creo que necesito más material.

—¿En serio?

Me arrepentí en cuanto lo hube dicho. Se me notaba el pesimismo. Me fulminó con la mirada, como si yo no lo entendiera, como si no pudiera. Iba en pantalones de chándal, y pensé que a lo mejor tenía razón, que no lo entendía. Mi profesión consistía en apoyar a los artistas, pero yo no lo era.

—Puedo ayudarte —añadí, tratando de correr un tupido velo, de rectificar—. Conozco a los artistas, ayudo a los escritores todo el tiempo. Podemos poner un anuncio en *The Village Voice*, en Twitter, y podrías hacer unas cuantas sesiones publicitarias para complementar. —Esto último se lo colé, pero ni siquiera me escuchaba.

—Creo que lo que necesito es una exposición —dijo—. Hoy he subido a Queens y he hecho un montón de fotos.

Volvió hacia mí la pantalla del ordenador para que las viera. Había cientos de fotos de los terrenos de la Feria Mundial. Eran preciosas. Hice mis típicos comentarios de apoyo: «Vaya», «Me encanta esta». Sin embargo, a medida que iba clicando fui siendo cada vez menos generosa. ¿Por qué no podía haber pasado el día fotografiando una boda? ¿O en un bar *mitzvah*? ¿En el cumpleaños de un perro, si se lo pagaban? La ciudad estaba llena de gente dispuesta a darle pasta por sus habilidades, y me molestaba que se considerara por encima de todo aquello, que yo hubiera estado en el trabajo mientras él se quedaba en casa, pensando en galerías y fotografías, pero no en las facturas.

—¿Qué clase de exposición? —le pregunté cuando terminó.

—Ya sabes —contestó—, exponer mi trabajo en un sitio al que invitar a los peces gordos.

—¿Dónde? —pregunté. No tenía ni idea de lo que quería decir con eso de los «peces gordos». ¿Quién le garantizaba que si exponía acudiría alguno? En todo caso, ¿no tenía ya esos contactos? Parecía que cada paso que daba era uno hacia atrás. Empezaba a pensar que no quería ningún cliente que no fuera *Vanity Fair*.

—El Museo de Bellas Artes de Nueva York —dijo—. Mi amigo Joseph trabaja en el departamento administrativo de la Escuela de las Artes Tisch y ha dicho que lo organizará todo —me desafió.

—Tobias, no puedo mantenernos a ambos mucho más tiempo.

—Lo sé —refunfuñó—. Por eso trabajo día y noche para poner este negocio en funcionamiento.

—¡Genial! Estupendo. —Me puse el portátil en el regazo. Tenía que terminar de editar un texto para mi jefe, y me apetecía una copa de vino, y darme un baño, y dejar de hablar de aquello.

—Dilo como si creyeras en mí —musitó.

Fingí no haberlo oído. Se fue a la cocina y se preparó pasta o un sándwich o algo así, y después se fue al dormitorio. Cuando terminé de editar el texto, se había dormido.

Al día siguiente, en el trabajo, le confesé a Kendra que iba mal de dinero. Llevaba dos meses pagando yo todo el alquiler, el equivalente a la mitad de mis ahorros en bonos. No sabía si podría soportar un tercero.

—Tienes que planteárselo —me dijo Kendra en su despacho, a puerta cerrada, mientras tomábamos café y bollos. La habían ascendido recientemente a editora de pleno derecho, un puesto que tendría que haber sido mío teniendo en cuenta el tiempo que llevaba allí. Pero tampoco podía negar que mi productividad se veía mermada por la situación con Tobias. Era irónico: necesitaba el trabajo más que nunca, pero trabajaba a medio gas. Tardaba tres horas para hacer algo que debería haber hecho en una. Estaba distraída y asustada. Sí, el miedo estaba detrás de todo. Me asustaba que todo llegara a un punto crítico, porque ¿y luego qué?

—Es demasiado para ti sola —continuó Kendra.

Me lamí un poco de caramelo del dedo.

—Ahora mismo está muy susceptible —expliqué—. Piensa que no creo en él.

Kendra sacudió la melena. Se había dejado un flequillo largo que le daba un air *punk-rock* que le quedaba muy bien. Seguía saliendo con Greg.

—¿Y crees en él?

Debería haber respondido automáticamente a esa pregunta. Claro que creía en él. Era el artista con más talento que conocía. Supe lo bueno que era desde el momento en que vi su primera foto en la exposición de estudiantes de la UCLA. También sabía que mi juicio no era imparcial. Lo amaba. Había invertido tanto en él que no me podía permitir ser imparcial. Y también sabía que con el talento no basta. Durante los casi cuatro años que llevaba en Random House había conocido y leído a muchos buenos escritores que no habían conseguido darse a conocer. Algunos originales eran espectaculares, pero no podíamos publicarlo todo, y por lo general firmaba contrato el escritor espabilado, el famoso o el que tenía seguidores en Twitter y una buena presencia en Instagram.

Quería seguir creyendo como antes, y como pensaba que Tobias creía, que algún día el talento se impondría, que todo gran manuscrito, toda gran foto y pintura vería la luz con el tiempo. Pero cada vez me resultaba más difícil mantener esa esperanza.

—Tiene un talento extraordinario —le expliqué a Kendra. De eso estaba segura—, pero no sé si con eso basta. Piensa que el mundo se rendirá a sus pies y esto, sencillamente, no funciona así.

Kendra asintió.

—Una cosa sería que estuviera tomando medidas concretas para levantar un negocio —dijo—, pero tengo la sensación de que se limita a jugar con la cámara. Diría que se está aprovechando de ti.

El bollo se me cayó. Tobias no era así. Nunca me habría utilizado conscientemente a no ser en beneficio de ambos. Pero Kendra tenía razón en una cosa: tenía que hablar con Tobias, que sincerarme con él. No podía seguir de aquella manera. Estaba despilfarrando un dinero que no tenía, con la esperanza de casarnos en primavera. Seguía queriendo boda, por trivial e inconsciente que parezca. Cerraba los ojos. ¿No es eso el amor, hasta cierto punto? ¿No es negarse a ver las zonas tan oscuras, tan lúgubres que saldrías corriendo? ¿O es verlas pero amar de todas formas?

22.57

—Tengo problemas con la gente que se va —le digo. Me siento más vulnerable que hace una hora. Creo, cuando miro a todos con los postres, que nos sentimos un poco menos tensos. El tiempo se nos acaba y tengo que ser franca con las cosas que debo sacar a relucir—. Primero tú y luego con Tobias. —Asiento en silencio mirando a Robert.

—Y yo —dice Jessica.

La miro.

—¿Qué? También me fui. Crees que fue culpa mía. Que podría haberte dado más o que te abandoné o que necesitabas mucho más de mí, pero no es así como lo veo yo.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta Audrey con suavidad maternal.

—Nos hicimos mayores. Ya no vivíamos juntas. Me casé.

Creía que habíamos terminado con esto cuando me preguntó por qué la había incluido en la lista, por qué estaba aquí, pero el dolor entre Jessica y yo es profundo, probablemente porque nuestra historia también lo es.

—Todo eso lo sé —aclaro—. Pero te comportas como si no te importara, como si nuestra amistad fuera una molestia para ti. Solo nos vemos si lo propongo yo. A veces me temo que si dejara de llamarte no volveríamos a hablar nunca.

—Eso es una estupidez —dice Jessica, pero no parece convencida de sus palabras.

—¿Lo es?

—Tengo un bebé, ¿vale? Mi vida es diferente. No lo entiendes.

—Ya era así antes de tener al bebé. Eres mi mejor amiga, supuestamente, pero Kendra está más al tanto de lo que me pasa que tú.

Jessica deja escapar un poco de aire entre los labios, como un leve silbido.

—Eres increíble —espeta—. Nunca eres tú la responsable, ¿verdad? Nunca es culpa tuya. ¡La gente es humana, Sabrina! Se equivoca y no es perfecta, es egoísta y a veces lo hace lo mejor que puede.

A mi lado, Tobias se pellizca el entrecejo, por encima del puente de la nariz.

—Jess —digo.

—Está bien —dice ella—. Nos quedaremos aquí sentados escuchándote mientras nos despedazas, asintiendo y pidiéndote perdón. Es tu cena, ¿no?

Sus palabras me impactan como un puñetazo.

—Siento pedirte demasiado —digo lentamente—, pero no tengo familia. Mi madre está a casi cinco mil kilómetros de distancia; vivo sola… —Se me quiebra la voz. Lo detesto. Detesto ser tan vulnerable, detesto que parezca que no puedo levantarme y seguir adelante. Detesto que tenga razón: la responsabilidad no es suya, por supuesto que no. Ella no puede solucionar esto, por mucho que quiera que esté aquí—. Y a veces te necesito y no siempre quiero tener que pedírtelo. No quiero tener la sensación de que salir conmigo es una especie de obligación para ti.

—No lo es.

—¿No? ¿Realmente querías estar aquí esta noche? ¿Querías siquiera mantener esta tradición de cumpleaños?

Jessica me mira y, por primera vez, noto lo cansada que parece. Tiene unas ojeras oscuras, como si llevara días sin dormir.

—Quería que tuvieras un buen cumpleaños —me dice, lo que por supuesto no responde a mi pregunta.

Aunque tampoco yo tengo la respuesta.

—Ahora, si no hago determinadas cosas, mi vida es un caos —prosigue—. Sé que no es lo que querías escuchar, pero es cierto.

—Te echo de menos —le digo.

Jessica se peina con los dedos.

—Yo también te echo de menos. Sencillamente, no siempre tengo la energía necesaria para hacer algo al respecto.

Un camarero aparece a mi lado.

—¿Ha terminado? —me pregunta, indicando la sopa de helado que tengo delante.

—Sí.

—Eres muy dura conmigo —dice Jessica.

—Exactamente. Nunca estás de acuerdo con lo que hago.

—Eso no es verdad. Eres increíble. Te envidio por tu trabajo. Ojalá yo tuviera una vida como la tuya.

—Pero si eres muy feliz en Connecticut —le digo.

—Ah, ¿sí? Has ido a verme tres veces en tres años. ¿Cómo lo sabes?

Es verdad, nunca voy. Ella tampoco me invita, pero ¿qué fue primero? ¿Mi falta de ganas de ir o su falta de ganas de recibirme?

—Lo siento —le digo—. De verdad que lo siento. Yo no…

—Ya te lo he dicho, no te culpo. Ahora las cosas son así, simplemente. No creo que tengamos que hacer nada al respecto.

—Pero ¿y si seguimos distanciándonos indefinidamente?

Jessica suspira y me mira sin parpadear.

—¿Y si no? ¿No podemos creer en eso para variar?

VEINTIDÓS

—¿Y si te presto nuestra cabaña? —me propuso Kendra en el trabajo. Me estaba quejando de que la ciudad empezaba a agobiarme, aunque lo cierto era que me agobiaba el piso. Cuando Tobias no estaba fuera fotografiando, estaba en el sofá editando las fotos. Me decepcionaba llegar a casa y encontrármelo allí. Cada vez se me caía el alma a los pies—. Mis padres nunca la utilizan. Puedes ir este fin de semana y despejarte.

Me imaginé tomando vino junto a la chimenea, con el móvil apagado y escuchando el sonido del viento o de los árboles o el que sea que haga la naturaleza. Había pasado demasiado tiempo, era noviembre y mi última escapada de la ciudad había sido a la playa de Montauk.

—Suena muy bien.

—Estupendo, mañana te traigo las llaves.

Llegué a casa decidida a contarle el plan a Tobias. Pensaba que lo ilusionaría pasar solo un fin de semana y que nos convendría a los dos estar algo de tiempo separados.

Entré en casa. Sonaban los Mambo Kings y me encantaba el ritmo de salsa. Olí el ajo y el aceite y la mezcla de especias que solo Tobias sabía hacer.

Dejé el bolso y me quité los zapatos. Estaba de espaldas a mí, de cara a los fogones, e inmediatamente se volvió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Reina, bienvenida al paraíso. —Me puso las manos en la cintura y me guio hacia la encimera, donde había una licuadora llena

de cóctel margarita y dos copas con sal en el borde—. No podemos ir a México, de modo que he traído México aquí. —Me ofreció una copa.

—Sí, por favor —dije, aceptándola.

Llenó primero la mía y después la suya y brindó.

—¡Vivan los margaritas!

—Por nosotros —brindé yo, y lo atraje hacia mí para besarlo en lugar de tomar un sorbo.

Dejó la bebida en la encimera y me levantó del taburete de la cocina, sujetándome por la espalda y acercándome a él.

—Estoy cocinando —dijo, besándome.

—Ya no.

Llevábamos casi tres semanas sin hacer el amor, nuestro nuevo récord y una señal de que nuestra relación iba mal. Le dábamos mucha importancia al sexo, o por lo menos yo. Estaba bien, realmente bien, y cuando estábamos juntos en aquel espacio íntimo me sentía más convencida que nunca de nuestra relación. Cuando estábamos fuera me sentía fracturada, desconectada.

Tobias me besó la mejilla.

—En los fogones hay tres clases de fajitas —me explicó—. ¡Ni hablar! —Me dio un apretón en las nalgas y se apartó de mí con suavidad para volver a ocuparse de comida. No me sentí rechazada, más bien me hizo gracia. Habíamos regresado a la burbuja del amor. Tomé un sorbo y lo observé cocinar.

Después de comer, hartos de fajitas y tequila, le hablé del plan de los Berkshires. No le dije que quería ir sola, sin embargo. Le dije que quería que fuéramos juntos.

—Me parece perfecto —respondió.

Estaba entusiasmada. Parecía que volvíamos a conectar, que habíamos dejado a un lado las hostilidades de los últimos meses y lo estábamos superando. Sabía que aquel viaje era el botón de reinicio que necesitábamos. Nos había ido tan bien en los Hamptons que quería recuperar un poco de esa diversión, de ese brío y esa espontaneidad que, a mi parecer, definían nuestra relación. La casa nos había presionado: con el dinero, el trabajo, la vida. Quería ir a

un sitio donde no tuviéramos todo aquello como una espada de Damocles sobre nuestra cabeza, donde hubiera más espacio y aire limpio. Tendríamos la conversación que Kendra y yo habíamos ensayado la semana anterior. Lejos de la ciudad, en un sitio espacioso y con aire puro, Tobias me escucharía. Encontraríamos la solución.

Aquel fin de semana alquilamos un coche y nos dirigimos a Lenox. Tobias conducía y yo iba con la ventanilla bajada. A principios de noviembre todavía era otoño, hacía frío pero no glacial y quedaban algunas hojas en los árboles. El norte del estado era un mar dorado, rojo y naranja. Busqué a tientas la mano de Tobias.

Levantó el pulgar y me acarició el meñique. En cuanto dejamos Queens atrás, me sentí aliviada.

Jessica llamó por teléfono. No le hice ni caso.

—¿No tenías que contestar? —me preguntó Tobias.

—No.

Me guiñó un ojo.

La cabaña de los padres de Kendra estaba en la cima de una colina a cuyos pies se extendía un prado donde pastaban las ovejas y las vacas. Era pequeña: un dormitorio, un baño, un rinconcito a modo de cocina, una chimenea y un porche. Habíamos llevado comida y vino, así que me puse a sacarlo todo mientras Tobias preparaba la chimenea.

Jessica volvió a llamar pero no me enteré porque tenía el teléfono en el bolso, en silencio, como iba a estar todo el fin de semana.

—¿Quieres una copa de tinto? —le grité.

—Abre el Nero D’Avola —contestó.

Busqué el sacacorchos en el bolso. Kendra me había dicho que la cabaña estaba totalmente equipada, pero no había querido correr ningún riesgo. Renunciar al vino durante el fin de semana no me parecía que fuera a servirme de ayuda.

Tobias salió para coger leña de un montón que había al lado de la cabaña. Mientras, puse el gruyer y el gouda y las uvas que había comprado en una tabla de cortar con galletitas saladas y almendras, las del Trader Joe’s que sabía que le encantaban a Tobias.

Cuando entró, llené dos copas y le ofrecí una, en la otra mano llevaba en equilibrio la tabla de quesos.

—Dame, la cojo yo. —Dejó la tabla en la repisa de la chimenea. Le di la copa y nos sentamos en una silla frente a la chimenea mientras él encendía el fuego.

—¿Te ayudo? —le pregunté, y tomé un sorbo.

Me miró ladeando la cabeza de esa forma con la que me daba a entender que pensaba que estaba mal de la cabeza pero que le encantaba. Cuarenta y cinco grados a la izquierda, con un ojo cerrado:

—No sé, ¿puedes?

—Soplaré.

Me miró arqueando una ceja.

—Vaya, conque soplarás.

—Puede —contesté. Tomé otro sorbo y lo miré por encima de la copa.

—Creo que deberías quedarte donde estás —dijo. Se levantó y se aproximó. Me acarició un muslo y me acercó los labios a la mejilla para besarme.

Lo senté conmigo en la silla. Retomamos el asunto donde lo habíamos dejado antes, con los margaritas. Le quité la camisa y le acaricié los hombros y la espalda. Me quitó el jersey y me besó en el hueco de la clavícula y entre la oreja y el hombro, enloqueciéndome.

Lo único que nos hacía falta era estar así, muy cerca. Pegados el uno al otro, sin ningún espacio entre nosotros. Así nos iba bien. Era el mundo, con todo su ruidoso caos, sus exigencias y la gente y el aire lo que nos hacía discutir, lo que nos separaba, lo que nos estaba distanciando.

Tobias se apartó y me miró. Luego se me acercó tanto que olí el vino en sus labios.

—¿Te he contado alguna vez lo que ocurrió después de que nos encontráramos aquel día en el tren? —me preguntó.

No me lo había contado. Habíamos hablado algunas veces de la playa, de nuestro otro comienzo, pero no de ese.

—Me bajé en la siguiente parada. Caminé el resto del trayecto.

Tuve que llamar a Matty.

—¿Por qué?

—Porque tenía que decirle a alguien que la había visto.

—¿A quién?

—A ti. —Me cogió la barbilla y me besó con suavidad los párpados, los pómulos, los labios.

—Quédate a mi lado —le dije.

—Siempre lo estaré.

Me besó la oreja; después, la clavícula. Lo llevé de la mano al dormitorio.

Después jugamos al Monopoly y nos bebimos dos botellas de vino. Tobias preparó pasta al pesto con pollo a la parrilla. Teníamos que hablar, lo sabía, pero nos hacía más falta esa noche. Necesitábamos recordar lo que nos hacía especiales y únicos, lo que nos unía. Quería hacer el amor y comer pasta y tenerlo entre mis brazos.

Ya hablaríamos por la mañana, me justifiqué.

Al día siguiente.

23.05

Jessica se aparta la camiseta del cuerpo y cuando la miro veo que la tiene empapada. La leche le gotea otra vez y trata de ocultar las manchas.

—Perdón —se disculpa. Recoge el bolso del suelo y se marcha corriendo al baño. Verla alejarse, tirando de la camiseta, es para mí como un puñetazo en el estómago. Ojalá no nos hubiéramos peleado.

—Necesito tomar el aire otra vez —digo.

Conrad hace un amago de levantarse, pero Audrey le sujeta firmemente el hombro.

—Voy yo —dice.

Es la primera vez que se levanta en toda la noche, y me fijo en que lleva pantalones negros hasta los tobillos y bailarinas también negras de charol. Coge el jersey Chanel del respaldo de la silla y se abriga los hombros.

—Tú primero —me dice, indicando la puerta.

En cuanto salgamos, quiero un cigarrillo. El de antes con Conrad ha reavivado mi deseo de fumar. Me corroe la impaciencia cuando Audrey saca un paquete.

—No creo que ahora me perjudique —dice, haciéndose eco de las palabras de Conrad—. ¿Te apetece uno?

Su marcado acento me inquieta. Estoy a solas con Audrey Hepburn.

—Sí, por favor —le digo.

Saca uno, me lo da y saca otro para ella. Enciende el mío

primero; luego, el suyo. Las dos damos una calada más que profunda.

Audrey exhala primero; una nube de humo la envuelve.

—Eso está mejor, ¿verdad? —comenta, tosiendo un poco.

Sonrío y sigo su ejemplo.

—¿Qué sabes de mí? —me pregunta. Quiere saber por qué está aquí.

—Poca cosa —ríe confieso—. Sobre todo de tu trabajo.

Sé más, sé mucho más, pero me resulta raro decírselo ahora, aquí fuera. Porque la verdad es que no sé exactamente por qué elegí incluirla en la lista, aparte de que sus películas significaban algo para mí, no solo en mi relación con Tobias sino también en la relación con mi padre. Una de las pocas cosas que tengo de él, sin contar el reloj, es una colección de películas antiguas: *Charada*, *Desayuno con diamantes* y *Sabrina*.

Ella asiente.

—¿Sabías que vivía en Holanda durante la Segunda Guerra Mundial? Nos pareció que allí estaríamos a salvo, ya ves. No creímos que fueran a invadir… —Se le quiebra la voz y da otra calada—. Fue una época terrible. Esos cinco años apenas comimos. Triturábamos bulbos de tulipán para hornear pan. Vi cómo se llevaban a los amigos. Mi hermano fue enviado a un campo de trabajo de Alemania. De haber sabido lo que se avecinaba, podríamos habernos pegado un tiro.

—Lo siento mucho —le digo—. Algo sabía de eso. Tuvo que ser espantoso. No puedo ni siquiera imaginarlo.

—Pero ¿quieres saber lo peor? —me pregunta.

—¿Qué puede ser peor?

Cambia su escaso peso delicadamente de un pie a otro. Me quedo embelesada. La recuerdo de golpe en su paseo por Roma y cantando en un piso de París.

—Décadas después trabajé con UNICEF, y antes de morir viajé a Somalia. Ver esa hambruna, todos esos niños muriendo de hambre… —Traga saliva y veo a pesar de la escasa luz de la farola que tiene los ojos llenos de lágrimas—. Eso fue peor, porque no lo

estaba sufriendo con ellos y no podía hacer nada. Dos millones de personas muriéndose de hambre. —Sacude la cabeza y se enjuga los ojos—. Sufrir en soledad es terrible, pero ver a otros sufrir, a los inocentes, a quienes no pueden ayudarse a sí mismos, es peor.

Me mira y sé lo que quiere decir, lo que está tratando de transmitirme.

—Gracias por compartir esto conmigo —le digo.

—He sido introvertida toda la vida. Tranquila, razonable. Puede que haya llegado el momento de abrirme un poco.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le digo mientras da otra calada.

—Por supuesto.

—Si pudieras hacerlo todo de nuevo, todo, ¿qué cambiarías?

Audrey se lo piensa un momento.

—Me casaría otra vez, la tercera, con Robert —me dice—. Lo quería con toda el alma. Si pudiera hacerlo todo otra vez, eso haría.

—¿Nada más?

Sonríe.

—¡Oh, un montón de cosas! Pero tuve una buena vida. Es mejor no pensar demasiado en el pasado.

Se vuelve de golpe hacia mí y la belleza profunda de sus rasgos me atrapa de nuevo. Es impresionante, una mujer radiante. Un delicado pétalo de rosa de simetría perfecta, eterna. Como ella, ¿no? Me pregunto cómo sería al final, si alguna vez se marchitó. Me resulta inimaginable.

—Yo era una romántica —me dice—. Lo fui hasta el final. La gente me relacionaba con los romances, pero no sé si me consideraba romántica. Se me consideraba el objeto del amor, no la que lo anhelaba, por así decirlo. Creo que cuando la gente ve mis películas, esa es la imagen que se hace de mí.

Pienso en sus películas, en la colección de mi padre. Pienso en *Vacaciones en Roma* aquella primera tarde con Tobias. En el mito, la magia de esta estrella de cine. Sin embargo, Audrey Hepburn no es Holly Golightly con el vestidito negro y la gabardina bajo la lluvia. No es Nicole, en París, planeando un atraco a un museo y

enamorándose del guapo ladrón. No es Eliza Doolittle, escalando socialmente. Todo eso era pura ficción. Ideas elaboradas por los jefes de los estudios cinematográficos. Audrey Hepburn no es más que la mujer que tengo al lado.

Me mira con curiosidad, como si estuviera esperando a que le pregunte la razón por la que estamos aquí juntas. La razón por la que está aquí esta noche. Que le pida por fin consejo.

—¿Qué debo hacer? —le pregunto.

—¿Tienes más de una opción?

Miro hacia el interior del restaurante. Veo a Tobias.

—No lo sé —le digo—. Creía que podía… —Se me quiebra la voz.

Audrey me pone una mano en el hombro. Me sobresalta. Tiene los dedos ligeros y fríos en el aire nocturno, como gotas de lluvia.

—Cariño, no puedes desear que yo viva.

—Lo sé —le digo—. Por supuesto. Pero Tobias… Esto no tenía que pasar. No teníamos que acabar así.

—Tal vez —dice, sin apartar la mano.

Tengo la sensación de que todavía falta el colofón y de que trata de suavizar el golpe.

—Pero, por lo que sé —prosigue—, tener un compañero con el que no puedes estar en este mundo en lugar de uno con quien bregar a diario te facilita mucho la vida. —Me acaricia el hombro con el pulgar—. Lo hecho, hecho está.

—No. —Tengo ganas de apartarle la mano, de dar una patada, de gritarle… nada menos que a Audrey Hepburn—. Fue culpa mía…

Me echo a llorar de repente, deshecha en lagrimones y sollozos. Audrey me abraza. Es una mujer menuda, toda ella piel y huesos, pero maternal, más grande y más suave que su apariencia.

—Lo que te estoy diciendo es que no te corresponde a ti —me susurra, frotándome la espalda con pequeños movimientos circulares —. No puedes devolverle la vida a otra persona.

—¿Y todo esto? —digo—. ¿Por qué está pasando esto? ¿Cómo es posible?

—Querida… —Me aparta y me sostiene a la distancia de sus brazos—. Sabes por qué.

—No —repito. Trato de alejarme pero me sujeta con firmeza y noto que la marea sube y amenaza con arrastrarme hasta el mar.

—Tienes que hacerlo —me dice—. ¿No me has preguntado qué debes hacer?

Asiento en silencio.

—Despedirte.

VEINTITRÉS

Al día siguiente decidimos ir en coche a Great Harrington para comer en Baba Louie's, una pizzería con fama de ser buena. Después de dejar el vegetarianismo, Tobias había decidido probar si le sentaba bien seguir una dieta sin gluten (que no), y en Baba Louie's preparaban una masa sin trigo. También nos apetecía disfrutar de la ciudad, pasear, ir de compras, aprovechar el aire fresco y que la nieve no hubiera cuajado todavía. Seguíamos animados por la noche anterior, por la cercanía que sentíamos al estar juntos, lejos de los demás.

—¿Qué te apetece primero, comer o pasear? —me preguntó Tobias.

—Comer —contesté. Nos habíamos olvidado del desayuno para hacer la lista de la compra y me moría de hambre.

La pizzería abría a las once y llegamos a menos cuarto. Nos abrazamos ante la puerta y Tobias me frotó los brazos a pesar de que no hacía mucho frío.

—¿Nos tomamos un café? —me propuso.

—Necesito algo con sustancia —respondí—. Si nos quedamos aquí, puede que abran antes. —No se veía a nadie y las luces estaban apagadas, pero no quería quedarme sin la mesa de la ventana. Tobias se rio pero me hizo caso.

Por fin, un hombre corpulento con delantal blanco salió de la parte trasera, encendió las luces y nos abrió. Pedimos la mesa más cercana a la ventana, que tenía una *pizza* pintada en el cristal. En cuanto nos sentamos tuve un *déjà vu*: me asaltó el apacible y

agradable recuerdo de haber estado allí antes, de esa misma manera. Nunca habíamos estado juntos en los Berkshires. De pequeña había ido una vez con mi madre, y otra con Paul cuando Tobias estaba fuera. Decidí que aquel sitio me encantaba. Nada de playa, aquel era ahora nuestro sitio. Me puse a pensar a toda prisa. Podíamos incluso cambiar de planes y casarnos allí. Me imaginaba en la finca Wheatleigh con un vestido lila pálido y una corona de flores. En verano, con nuestros amigos sentados en sillas blancas de madera mientras yo flotaba por el pasillo hacia Tobias.

—¿Qué piensas? —me preguntó. Me lo preguntaba a menudo al principio de nuestra relación, pero ya casi nunca, lo que para mí era señal de que realmente no le interesaba. Sin embargo, en aquel momento y aquel lugar concretos me agarré a ello como a un clavo ardiendo.

—Que sería muy bonito casarnos aquí.

Se retrepó en la silla, síntoma de que empezaba a ser reacio, aunque no sabía hasta qué punto.

—¿No íbamos a celebrarlo los seis en Park Slope?

Lo habíamos decidido: Tobias, yo, Jessica, Sumir, Matty y mi madre. Tobias no quería que sus padres estuvieran, así que no le había insistido. No tenían una relación muy estrecha, nunca la habían tenido.

—Sí —contesté—, pero imagino lo bonito que sería que nos casáramos aquí arriba. Cabrían muchas más personas a las que queremos.

—Habíamos acordado que en Park Slope. —Estaba molesto, un poco agitado—. Te dije que quería fugarme.

—Y yo te dije que yo no —me impulsó a responderle su irritación. Era como si todo lo que había estado enterrando, reprimiendo, emergiera estrepitosamente a la superficie: una ruptura, una línea de falla.

—Exacto, y por eso nos casaremos en la iglesia.

La camarera se nos acercó. Tenía grandes agujeros en las orejas por los *piercings*, el cabello morado y aparentaba veinte años. Me pregunté si iría al instituto o a la universidad y si viviría con su

familia. En ese momento pensé en mi padre.

—Chicos, ¿os tomo nota ya? —nos preguntó.

Le pedimos que nos diera un minuto. No deberíamos haberlo hecho, tal vez. Deberíamos haberle pedido *pizzas*. A lo mejor, si nos las hubiera traído en el momento exacto, habríamos evitado lo que sucedió después.

Así es la vida: los sucesos determinantes surgen de la nada. Una llamada perdida. Una caída por la escalera. Un accidente de coche. Ocurren en un instante, en una exhalación.

—De modo que quieres un bodorrio —dijo Tobias. No era exactamente una acusación, pero capté la animosidad que encerraba el comentario. «Un bodorrio». Como querer bajar los impuestos a los ricos. Más que una frivolidad, una ostentación no solo innecesaria y de mal gusto, sino nociva.

—Sí —contesté—. Quiero un bodorrio. —Lo estaba retando. Ni siquiera era cierto, no quería ningún bodorrio. Tenía pocos amigos y apenas familia, pero quería exponer su mentalidad y decirle: «¿Ves? Por esto estamos así. No es por mí, es por ti».

—De acuerdo —dijo—. Bien. Tendremos una gran boda y la celebraremos aquí arriba. ¿Podemos comer de una vez?

Era lo que quería escuchar, pero no estaba bien. Los dos nos sacrificábamos para contentar al otro.

Y entonces vi la verdad: no sabíamos cómo hacernos felices.

Pensaba que él sabía lo que me hacía falta. Que sabía que yo quería creer que avanzaríamos, que entraríamos en otra etapa, que construiríamos una vida juntos que nos aportaría cierta estabilidad. Pero no lo sabía. O puede que lo viera pero no pudiera dármelo. Todas nuestras peleas, los cortes y las quejas y las mañanas sin calidez se debían a ese simple hecho. Él quería hacerme feliz y yo quería que él lo fuera, pero éramos incompatibles.

—No —contesté—. No creo que podamos.

—¡Por Dios, Sabrina! ¿Qué quieres?

—Quiero que estemos en la misma onda, y no lo estamos. Llevamos mucho sin estarlo.

—De modo que es por mi…

—No —lo corté—. No es culpa tuya. No es culpa de nadie. Pero siempre estamos igual, siempre estamos pinchándonos. No queremos lo mismo. Ni siquiera hemos hablado de tener hijos.

—Ni siquiera hemos decidido cómo casarnos —dijo. Se pasó una mano por la cara—. ¿Por qué no podemos hacer las cosas una detrás de otra?

—Porque somos incapaces. Nos paralizamos y estamos resentidos por ello. —Decirlo en voz alta me partió el corazón.

Se levantó y se marchó del restaurante. Lo seguí. El sol se había escondido detrás de una nube y hacía frío. Había dejado el abrigo dentro, en el respaldo de la silla.

—Detesto sentirme así y detesto hacer que también te sientas así. ¡Me siento impotente! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

Mi mundo se hizo añicos. Juro que fue como si el sol cayera desde el cielo.

—No podemos seguir haciéndonos esto —dijo. Vi lo mucho que le dolía, vi la punzada de dolor en sus ojos—. No puedo seguir haciéndotelo.

Noté su desesperación y la mía, mezclada con la rabia y el miedo, inundándome las venas.

—Entonces, adelante —lo desafié, cruzando los brazos. Temblaba—. Termina con esto.

—Sabby…

—No —dije. Veía destellos de luz. Sabía que la tristeza sería enorme, demasiado profunda, y no quería sentirla. La ira dura menos. Dejé que me quemara.

Se puso a llorar.

—A lo mejor solo necesitamos darnos un tiempo…

Me quedé mirándolo, estupefacta. Me sentía como si me hubiera atravesado con una espada y me hubiera sacado el corazón y los pulmones limpiamente. No dije nada. Me miré las manos. Seguía llevando el anillo en el dedo. El precioso, dulce y sutil anillo. El que se suponía que debía mantenernos unidos décadas, no meses. Me lo saqué con dedos temblorosos. No podía quedármelo. Ni

siquiera podía mirarlo.

Se lo devolví.

—Empéñalo —dije, la voz temblorosa—. Necesitas el dinero.

Volví al Baba Louie's, cogí el abrigo y salí. Fuimos a la cabaña, recogimos en silencio y nos marchamos a Nueva York. Estuve mirando por la ventanilla, con las rodillas dobladas sobre el pecho. Estaba demasiado aturdida para llorar.

—Esto no es una ruptura definitiva —me dijo—. Solo es temporal. Creo que necesitamos estar separados una temporada, ¿tú no, Sabby?

Me aterraba estar sin él, claro que me aterraba. Pero lo que más miedo me daba era que él estuviera sin mí, lo que encontraría en ese silencio. Si encontraría en él la felicidad.

23.21

Audrey y yo seguimos fuera. Me he fumado tres cigarrillos y ella está terminando el segundo.

—Deberíamos volver —dice, aunque ninguna de las dos se mueve. Sé que tiene razón, que ha llegado el momento de volver a entrar, porque el tiempo se nos acaba y ahora que sé lo que tengo que hacer, necesito hacerlo.

Conrad aparece en la puerta.

—Queridas —dice—. Vais a pillar frío si os quedáis aquí fuera mucho más.

—Eres todo un caballero —dice Audrey. Apaga el cigarrillo en la repisa de la ventana—. ¿Vamos?

Conrad mantiene la puerta abierta y entro detrás de Audrey.

—¿Qué tal fuera? —pregunta Tobias. Hay esperanza en su voz, una cadencia infantil que me rompe el corazón, porque sé que se debe a que cree que hay una salida, que a lo mejor Audrey y yo hemos descubierto una tomando el aire nocturno. ¿Cómo voy a decirle que no la hay, que no puedo hacer nada? Que la vida no es como las películas que nos gustaban sino infinitamente más compleja.

Miro la silla de Jessica, que sigue aún en el baño. Robert cuida su café.

—Lo siento —le digo a Robert. Voy a empezar por ahí.

Deja la taza en el platillo, sorprendido.

—Lamento que no funcionara con mamá y que perdierais a ese bebé, y que cuando te recuperaste no pudieras volver o no volvieras y

no llegara a conocerte bien. Lamento no haber intentado encontrarte con suficiente empeño cuando pude y, cuando por fin lo hice, haberme ido sin llegar hasta el final. No sé si hubiera servido de algo, pero no quiero que te tortures más. No creo que sea útil para ti ni creo que lo sea para mí. No quiero la carga de tu arrepentimiento. Creo que en cierto modo lo que ha pasado es que cargué con él en algún momento de mi vida, tal vez para odiarte, tal vez para sentirme más cerca de ti, no lo sé, pero me pesa demasiado y tengo que devolvértelo.

Robert se sienta más erguido. Juro que creo que va a tenderme las manos.

—Sin embargo —prosigo—, no tienes que cargar tú con él solo porque te lo devuelvo. Puedes dejarlo aquí.

Los ojos de Robert se llenan de lágrimas.

—Eso estaría bien —dice.

Me levanto de la silla porque quiero abrazarlo, no para que se sienta mejor, sino porque quiero sentir el abrazo. No recuerdo haberlo abrazado. Supongo que me abrazó cuando era pequeña, puede que incluso me acunara para dormirme, pero nunca me levantó de la acera después de rasparme una rodilla ni me sacudió el polvo después de caerme de la bicicleta. No me llevó a hombros ni subió conmigo la escalera. No me placó en el patio trasero durante un partido de fútbol americano ni me subió a sus pies para bailar conmigo. Sé que no recuperaré todo eso, que no hay forma de recuperarlo, que se ha perdido como las conchas que se lleva el mar; pero quiero sentir lo que es estar en sus brazos, ser amada por él, solo una vez.

—Papá —le digo. Como si lo supiera, se levanta y me abraza. Huele no como lo recuerdo, porque no lo recuerdo, sino como esperaba que oliera, y es por eso, más que por cualquier otra cosa, que lloro en su hombro. Me pone una mano en la espalda y la otra en la cabeza. Sé que ha hecho lo mismo muchas veces con sus hijas y soy consciente del hecho de que solo tenemos esta oportunidad, esta foto de hoy. Eso es. Tal vez no compense nada, pero puede paliar el futuro, tal vez incluso aportar un poco de paz.

Se aparta y me sujeta con el brazo extendido.

—No es fácil hacer lo que acabas de hacer —dice—. Demuestra lo fuerte que eres. Tu madre te ha educado bien.

Le beso la mejilla. No sé si lo recordará a dondequiera que vaya. Creo que sí. Espero que lo haga.

Vuelvo a sentarme. Al otro lado de la mesa, Audrey y Conrad me sonríen como padres orgullosos.

Jessica vuelve a la mesa.

—No acabo nunca cuando este trasto no tiene la batería bien cargada —comenta, metiendo otra vez el sacaleches en el bolso—. ¿Qué me he perdido?

Robert me sonríe. Parece más fuerte que antes y me siento orgullosa, en cierto modo.

—Creo que deberíamos pedir la cuenta —digo.

A mi lado, Tobias se rebulle en el asiento.

—¿Qué hay de nosotros? —me pregunta.

Conrad empuja hacia atrás la silla para llamar la atención del camarero. Audrey me mira fijamente.

Me acuerdo de uno de los dichos de Jessica. Estaba en un imán que estuvo pegado a nuestra nevera todo el tiempo que vivimos juntas. «Todo lo bueno se acaba».

—Cariño —le digo. Llevaba mucho tiempo sin decirlo. Le cojo las manos. Las lágrimas me corren por las mejillas incluso antes de decirlo—. Ha llegado la hora de que nos despidamos.

VEINTICUATRO

Tobias se instaló con Matty tan pronto como llegamos de Great Barrington. No quería pensar en él, en nosotros, en lo que la ruptura significaba, así que me centré en el pasado. Reproduje nuestra relación como si fuera un montaje de YouTube de los mejores momentos de un programa de televisión. Nosotros en la playa, rodeados de imponentes lienzos. En el vagón de metro detenido. Comiendo pasta en la cama. Fui creando montones tan altos de recuerdos que amenazaban con venirse abajo.

Tobias y yo apenas hablamos durante las siguientes dos semanas. Alguna llamada de vez en cuando. Él quería saber si estaba bien, pero yo no sabía qué responderle: «¿Bien, gracias, aquí tumbada en el fondo del mar?». Nos enviábamos mensajes sobre cuestiones prácticas, el dinero y las cosas compartidas. De vez en cuando nos decíamos «Te echo de menos». Y, lo más importante, no nos veíamos.

No creo que ninguno de los dos supiera qué estábamos haciendo. Romper definitivamente parecía imposible, pero cuanto más tiempo pasábamos separados, más difícil parecía que volviéramos a estar juntos. ¿Cómo recuperaríamos nuestra vida, nuestra relación y nuestro piso después de aquello? ¿Cómo seguiríamos adelante? Estábamos en punto muerto, y llevábamos así mucho tiempo.

Cuando Matty vino a recoger una caja que contenía sus pertenencias, le abrí la puerta en albornoz. Se había convertido en mi rutina: llegar del trabajo, ponerme el albornoz y mirar *Cómo*

conocía vuestra madre hasta que me escocían los ojos y me quedaba dormida.

—Estás hecha polvo —me dijo Matty.

—La caja está en la habitación —le respondí. La cogí del suelo. Contenía sobre todo ropa y algunos utensilios de cocina que Tobias le había pedido a Matty que tomara «prestados». Se la di.

—¿Has cenado? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Venga —dijo—. Te llevo a cenar.

No fuimos muy lejos, a un restaurante de *ramen* del barrio en el que habíamos estado los tres muchas veces, pero bastó para que me pusiera unos vaqueros, un jersey y brillo de labios.

—Estás estupenda —comentó Matty cuando salí del baño.

—El sarcasmo nunca ha sido tu fuerte.

—¿Quién dice que esté siendo sarcástico?

En el mostrador pedimos dos cuencos de *ramen* y una botella de vino. Tenían un blanco barato que siempre surtía efecto. Matty llenó las copas mientras yo sorbía los fideos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Mejor —dije. No recordaba la última vez que había comido algo decente. Cuando me había puesto los vaqueros me bailaban.

—¿Sigue contigo? —le pregunté. Tobias no me había dicho nada, pero lo suponía.

Matty asintió.

—Sí, pero tengo sitio de sobra.

Se había comprado un piso de dos habitaciones en Brooklyn Heights, bastante menos ostentoso que el *loft* del centro en el que vivía antes. Era un segundo sin ascensor con molduras en el techo, situado en un edificio más alto que la media de la época de preguerra, y me encantaba. Tenía grandes ventanales del suelo hasta el techo que daban a una calle arbolada.

—Nunca cambiará —comenté. Me terminé la copa y Matty volvió a llenármela.

—Cambiará —respondió—. Todo el mundo cambia. Aunque, ¿sabes?, puede que sea una equivocación tener que cambiar para

complacer al otro.

Me lo quedé mirando. Había madurado desde que lo conocí. Su cambio de cachorro emocionado a hombre apasionado le había afectado al físico. Se vestía como un adulto. Tenía éxito. Me alegré por él.

—No lo sé —dije.

—Lo arreglaréis —contestó.

Recordé la última vez que habíamos cenado solos Matty y yo. No dudé si pensaba «te lo dije». Sabía que lo pensaba.

Me acompañó a casa, cogió la caja y la metió en el coche. Me dio un abrazo.

—Cuídate —dijo—. Llámame si necesitas algo.

Subí a casa y marqué el número de Jessica. No había querido decirle nada. De hecho, había estado ignorando sus llamadas desde Great Barrington. Sabía que al final tendría que decírselo. Eso si Tobias no lo había hecho ya, cosa que dudaba. Jessica lo habría llamado a él al no poder hablar conmigo, pero seguramente no le había cogido la llamada, estando las cosas como estaban. De hecho, me sorprendía que Jessica tratara con tanta insistencia de hablar conmigo. Era la única que me llamaba.

Me puse una almohada en el regazo y llamé desde el viejo sofá que había sido primero de ambas, después de Tobias y mío, y suponía que ahora era solo mío.

—Hola —dijo—. Por fin. Creía que te habías muerto.

—No —contesté—. Aquí estoy.

—He intentando ponerme en contacto contigo.

—Lo sé. Lo siento, Jess…

—Espera. Tengo noticias. Quería verte para decírtelo, pero se me empieza a notar… Estoy embarazada.

La recordé fugazmente en nuestro primer piso, inclinada sobre el lavabo, intentando leer un test de embarazo. Era suyo. Ya llevaba años con Sumir, pero solo teníamos veintidós años y no estábamos preparadas para tener un bebé. Dio negativo, y nos pusimos a chillar y a dar brincos.

«Lo único constante es el cambio».

—¡Qué bien! Me alegro por ti —dije, y me alegraba. Sabía tanto si quería un hijo como cualquier otra cosa sobre ella. Yo no tenía cabida en su vida en Connecticut. Gran parte de su modo de ser parecía haberse disipado con el tiempo. Me parecía que ella todavía me conocía únicamente porque yo seguía siendo la misma de siempre. Tal vez eso era injusto también—. ¿De cuánto estás?

—De cuatro meses.

Cuatro meses. Llevaba embarazada todo el otoño. Desde agosto.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Se lo podría haber dicho en ese momento, pero no lo hice. Me dije que por no aguarle la fiesta, pero no era cierto, al menos no del todo. No se lo dije porque no podía confiarle ese dolor. Y eso me puso triste, más de lo que ya estaba por Tobias.

—Bien —dije—. Ya sabes, trabajando.

—Ven pronto. Enseguida engordaré mucho. Los pantalones ya no me entran. —Había algo en su voz… ¿Era añoranza? ¿Nostalgia? Quería creer en el tono de sus palabras: «Te echo de menos».

—Seguro que estás radiante. Y me encantaría ir.

—Oye, Sab —dijo Jessica. Llevaba mucho tiempo sin usar ese mote—. Espero que no sea un niño.

Me reí. Ella también. Me gustó, aunque fuera por teléfono.

—Hagamos algo este fin de semana —dijo—, o el próximo.

—Hecho.

Colgamos.

Tiempo después, cuando me preguntó por qué no le había contado nada, le dije la verdad: «Tenía miedo de que me dijeras que era lo mejor».

23.32

En respuesta a mi sugerencia de despedida, Tobias empuja atrás la silla y se levanta. No dice nada, solo se acerca a la ventana.

Conrad me mira arqueando una ceja, pero Jessica ya se ha levantado. Sigue a Tobias hasta la ventana y se quedan allí de pie, juntos. Mi mirada se cruza con la de Audrey, que me dice que no me mueva, y eso hago.

No tengo muchas ganas de hablar. Los otros permanecen en silencio.

El camarero está retirando los últimos platos. Audrey le pide un poco más de agua y él me entrega la cuenta. A pesar de las protestas de Conrad, le doy la tarjeta de crédito. Quiero pagar. Es mi cena de cumpleaños, al fin y al cabo. Miro el reloj. El segundero hace tictac constantemente, como un soldado marchando a la guerra. Tengo un *flash* de mi padre cantándome cuando era bebé, paseando por la cocina.

«Dejé a mi mujer y a cuarenta y ocho niños solos en la cocina muertos de hambre sin nada que comer más que pan de jengibre. Izquierda, izquierda, izquierda derecha izquierda».

Hasta que oigo a mi padre no me doy cuenta de que estoy cantando en voz alta. Se une a mí. «Izquierda, izquierda, izquierda derecha izquierda».

Luego se nos une Conrad. Su vozarrón llena el restaurante, y me alegro de que estemos solos aparte de los lavaplatos y nuestro camarero. Audrey también se nos une y cantamos los cuatro.

—Es una canción infantil espantosa, si uno lo piensa —comenta

esta última, interrumpiéndonos.

—Sobre todo en mi caso —dice Robert—. Aunque recuerdo con cariño cuándo te la enseñé.

—Todas lo son —dice Conrad—. *Mary, Mary, Quite Contrary* trata sobre la naturaleza asesina de la reina Mary[7].

—Y la del pozo… —añade Audrey.

—¿La del pozo? —se extraña Conrad—. No sé ninguna de un pozo.

Audrey frunce el ceño.

—Estoy un poco mareada —confiesa—. Será por todo el vino que he tomado.

Echa un vistazo al reloj de pared y se me encoje el estómago. Miro a Jessica y a Tobias. «No hay tiempo, no hay tiempo, no hay tiempo».

No lo soporto más. Me levanto y me acerco a ellos.

—¿Qué tal por aquí? —pregunto.

Jessica mira a Tobias.

—Bueno, él está muerto y parece que va a seguir estándolo, así que no demasiado bien.

Tobias se echa a reír. ¡Hace tanto que no oía su risa! Más tiempo del que ha pasado desde que se fue.

Jessica me pone la mano en el hombro.

—Sigo aquí —me dice—. Lo solucionaremos, tenemos tiempo. —Me aprieta el hombro, le da una palmada a Tobias en el pecho y vuelve a la mesa.

—Me gustaría poder llevarte lejos de aquí —dice él. No me mira sino que mira por la ventana los taxis que pasan y las pocas personas que todavía pasean. Fuera, la ciudad sigue su curso, ajena a nosotros.

—¿Adónde iríamos? —le pregunto.

—Tal vez hacia la autopista —responde—. Podríamos pasear junto al agua.

—No está lo bastante lejos —le digo. Estamos hombro con hombro.

—Tienes razón. Nunca llegamos a ir a México, ni a París, ni a Guam. Me arrepiento de eso.

—No. Basta de arrepentirse.

Recuesto la cabeza en su hombro.

—¿Qué me va a pasar ahora? —pregunta. Lo miro a la cara y veo el miedo flotando alrededor.

—No lo sé. Ojalá lo supiera, pero creo que ya no vas a estar donde has estado. Creo que te habrás… —Se me quiebra la voz y es él quien llena el silencio.

—Ido.

Tengo las mejillas húmedas. No he parado de llorar.

—No queda tiempo —digo.

Asiente. Sus ojos también están húmedos.

—Lo siento mucho —dice—. Se nos daba muy bien estar juntos pero muy mal todo lo demás.

—Todo lo demás era importante. Más de lo que creíamos, me parece.

Asiente.

—¿Siempre vamos a acabar así?

Pienso en la década que pasamos juntos, completamente desplegada ante nosotros esta noche.

—No lo sé, pero así acabamos y creo que ahora eso es lo que importa.

Me sujeta la cara.

—Te quiero —dice—. Siempre te querré.

«Hechos el uno para el otro», solía pensar. Que estábamos hechos el uno para el otro. Que las estrellas se habían alineado para unirnos. Nunca se me pasó por la cabeza que nuestro destino no fuera para siempre.

VEINTICINCO

Ocurrió un sábado. Estaba en casa haciendo la colada. Tenía planeado ir por la tarde a casa de Jessica. Cenaríamos temprano, porque le entraba el sueño a partir de las siete. Le vería la tripa. Llevaba sin ver a Tobias desde el día en el que me dejó en casa, hacía casi un mes.

Estábamos a principios de diciembre y nos acercábamos al invierno. Las luces navideñas se sucedían a lo largo de la ciudad. Los escaparates de Bloomingdale's, Bergdorf's y Barneys estaban decorados para la Navidad. Jessica y yo solíamos ir juntas a verlos. Tomábamos un chocolate a la taza en Serendipity, en la Tercera Avenida, y después paseábamos por la ciudad visitando los grandes almacenes. A veces llegábamos hasta el Lord and Taylor. Nunca entrábamos en las tiendas; no teníamos ni un céntimo. Solo íbamos a ver los escaparates: el confeti plateado y dorado, los bastones de caramelo de tamaño real, paisajes de un invierno de fantasía.

Estaba doblando una camiseta de Tobias cuando lo oí. Era una vieja de suave algodón, de la UCLA, que usaba yo para dormir. No se la había llevado, y cuando Matty vino a recoger más ropa, la dejé aparte a propósito.

Oí el chirrido de los neumáticos y el crujido del metal y del cristal haciéndose añicos por la ventana cerrada. Corrí a mirar la calle. Habían atropellado a alguien, estaba claro. Fuera la gente gritaba. Cogí un plumón de la cama y bajé disparada a la calle.

Salía del portal cuando lo vi. Solo una pierna, a la derecha del coche. «Es su zapato», pensé. El viejo par de Dr. Martens con las

suelas gastadas. Los habría reconocido en cualquier parte. Corrí hacia él.

Tenía medio cuerpo debajo del coche. Más tarde el conductor alegó que apareció de repente, que prácticamente se lanzó a la calzada. Tenía el cuerpo destrozado. El hombro aplastado, la pierna doblada en un ángulo imposible.

—¡Que alguien llame a emergencias! —grité. Me agaché a su lado. Estaba caliente. Olí su aroma de cigarrillos y miel. Le puse las manos en la cabeza—. Todo está bien, todo está bien —le susurré una y otra vez.

Acerqué la cabeza a su boca para comprobar si respiraba. No noté la respiración. La adrenalina te engaña. Sientes la necesidad de arreglarlo, de rectificar lo sucedido. En el momento del impacto crees posible volver atrás. ¡Estás tan cerca del instante anterior! ¿Sería tan difícil atrasar el reloj? Simplemente, deshacer rápidamente lo hecho.

Me quedé así, con la cara apoyada en la suya, hasta que los paramédicos llegaron. Sacarlo de debajo del coche fue complicado, y más de una vez lo hirieron, pero no aparté los ojos. Tenía la sensación de que, si dejaba de mirarlo, aunque solo fuera un instante, desaparecería; de que lo único que lo mantenía allí era que yo estaba también. «Por favor. Quédate conmigo».

Subí con él a la ambulancia. En algún momento debí de llamar a Jessica, pero no recuerdo cuándo. Lo recuerdo a él entrando en el quirófano. Y la recuerdo a ella en el hospital, horas después, cuando el médico salió. «Lo siento. Lo hemos intentado. Los daños eran demasiado graves».

Nunca se despertó.

Jessica se echó a llorar a mi lado, pero yo estaba conmocionada. Era como una habitación blanca sin rastro de puerta. Quería verlo, pero me dijeron que no podía. «Solo los familiares». Pero si su familia era yo. Habíamos estado juntos nueve años. Era la única familia que tenía, y me necesitaba, aunque ya nos hubiera dejado.

—Tenemos que llamar a sus padres —dijo Jessica. Todo lo que sabía de ellos era que vivían en Ohio y que una vez nos habían

llevado al Olive Garden de Times Square.

Me senté en la sala de espera del hospital. No quería irme. ¿Adónde iba a ir?

Encontré el número de teléfono de sus padres en mi móvil. La madre respondió al tercer tono. Los conté. Le expliqué que Tobias había sufrido un accidente. Estuvo diciéndome que lo sentía, como si yo fuera la única que había sufrido la pérdida. Puede que fuera su modo de protegerse: creer que yo había perdido más, que la carga la llevaría yo. Tiempo después me enteré de que él no le había dicho que nos estábamos dando un tiempo.

Dijo que cogerían el siguiente vuelo. Tendríamos que organizar el funeral. Se atragantó con la palabra. ¿Sabía yo dónde conseguir flores?

Me entregaron sus efectos personales al marcharme. Una bolsa de plástico con cierre de cremallera. No me atreví a abrirla.

—Tenemos que irnos —dijo Jessica.

—No —respondí—. No podemos. ¡No podemos dejarlo aquí! —grité, estremecida por los sollozos—. No podemos irnos.

Jessica me abrazó. Su tripa de embarazada nos separaba.

—De acuerdo —dijo—. Nos quedaremos.

Tomamos asiento en la sala de espera hasta las tres en punto de la madrugada. Luego, Jessica me llevó a casa y se quedó conmigo hasta que los padres de Tobias llegaron al día siguiente. Cuando vi a su padre, volví a derrumbarme.

La última vez que había hablado con Tobias había sido por teléfono.

—¿Te sabes mi contraseña de T-Mobile? Quiero cambiar la tarifa.

Le dije que revisaría la carpeta de las contraseñas y, si la encontraba, se la mandaría por SMS.

—¿Sabby? —me preguntó.

—¿Sí?

—Las cinco palabras.

—Cansada —contesté, y colgué.

23.47

Tobias y yo volvemos a la mesa. Audrey se está poniendo nerviosa. Mi padre está cansado. Conrad bosteza, palmeándose el esternón, como si estuviera preparándose para acurrucarse junto al fuego con un *whisky* y cerrar los ojos.

—Gracias a todos —digo—. No tengo ni idea de cómo ha pasado esto, pero me alegro. Espero que no sea un sueño.

—No lo es —asegura Jessica—. Mis tetas no mienten. Se señala la camisa sucia de leche. —Además, ¿por qué no iba a ser real?

Me siento más unida a Jessica Bedi, mi mejor amiga. En lo más hondo, por debajo de las trampas de su vida, hay una mujer que todavía cree en la magia.

«Todo es posible».

—Yo diría que lo es —dice Conrad—. Empiezo a notar una leve resaca.

—¿Sabrás volver a casa? —le pregunta Audrey. De repente, parece preocupada.

—No lo sé —le responde él—. Pero sé parar un taxi.

Los miro a todos. Esta cena empezó como un recordatorio de todo lo que he perdido; pero, viéndolos ahora, lo único que siento es un profundo agradecimiento por un padre que nunca dejó de amarme; por una estrella de cine que compartió su elegancia con una generación y esta noche ha compartido una cena con nosotros; por un profesor que desafía a sus alumnos y por una buena amiga que sigue aquí.

—Gracias —repito.

Conrad asiente en silencio; Jessica se aclara la garganta. Al otro lado de la mesa, Audrey me lanza el más delicado de los besos antes de preguntar:

—Bueno, ¿nos vamos? Ya es hora.

Miro el reloj. Faltan doce minutos para la medianoche.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunto al grupo.

Conrad da una palmada.

—Me iré el primero —dice. Empuja atrás la silla y se levanta, ajustándose la americana—. Espero recibir un largo correo electrónico y quizás una llamada telefónica esta misma semana. Estaré esperando.

—Cuenta con ello. Gracias por haber venido —le digo—. Nos hacías falta.

Dirige su atención a Audrey, que parece no saber si quedarse sentada o ponerse de pie. Conrad le coge la mano.

—Ha sido un supremo placer, señorita Hepburn —dice, y la besa suavemente.

—Oh —exclama ella—. Vaya.

Conrad le estrecha la mano a Robert, le da una palmada en la espalda a Tobias y nos dice adiós. Sale por la puerta. Lo sigo con la mirada hasta que desaparece calle abajo.

A continuación se marcha Audrey. Se levanta y se abriga los hombros con su jersey Chanel.

—Fuera hace frío —añade. Parece nerviosa sin Conrad, y siento una oleada de afecto por ella, que ha aguantado hasta el final.

—Ha sido un honor pasar la noche contigo —le dice mi padre, levantándose también—. Te acompañaré.

Me mira, y quiero decirle que no estoy lista, que esto debería ser el comienzo, no el final. Pero nuestro tiempo se ha acabado.

—Doy gracias por haberte conocido esta noche, Sabrina —dice —. Diría que estoy orgulloso, pero poco he tenido que ver en tu educación.

—De todos modos, dilo —le pido.

Se me acerca y se inclina.

—Hija mía —me dice al oído, saboreando las palabras. Me besa

la mejilla y sale por la puerta con Audrey al aire nocturno.

—Y quedamos tres —dice Jessica.

—Siempre son multitud —añade Tobias.

Jessica sonríe.

—Me voy. —Consulta la hora—. El bebé se despertará dentro de cuarenta y cinco minutos. Podré amamantarlo, a lo mejor. —Coge el bolso—. Luego te llamaré —me dice—. ¿Vale?

—Sí. Oye, Jess…

—¿Sí?

—Gracias por venir esta noche.

—Es la tradición, ¿no? Aunque el año que viene no sé yo. No estoy segura de que podamos mantenerla. —Se vuelve hacia Tobias—: Sé bueno, ¿de acuerdo? —Le pone una mano en el brazo y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo ir más que hacia arriba. —Es una broma, pero nadie se ríe.

—Hasta la vista —dice ella, y se va. Las campanitas de la puerta tintinean detrás de ella.

Nos hemos quedado solos.

Tobias se vuelve hacia mí.

—¿Paseamos un poco? —me pregunta.

Miro el reloj. Nos quedan seis minutos.

—Sí.

Nos ponemos el abrigo. Tobias me abre la puerta mientras salimos. El banco de mimbre blanco está allí, pegado a la puerta. Ojalá pudiéramos sentarnos en él, aunque fueran solo cinco minutos más.

—Te acompaño a casa —me dice.

—No lo lograremos —le advierto.

—Aun así.

Y echamos a andar hacia casa.

VEINTISÉIS

Hasta una semana después no abrí la bolsa que contenía los efectos personales de Tobias que me habían entregado en el hospital.

Celebramos el funeral un domingo, en la iglesia de Slope Park en la que se suponía que íbamos a casarnos. Los padres de Tobias trajeron *bagels* y Jessica leyó un poema que había escrito. Todos llevábamos ropa de colores, porque en mi opinión es lo adecuado cuando tratas de huir de las sombras, cuando tratas de celebrar la vida. Aunque yo estaba de luto. Llevaba un vestido rojo que a Tobias le gustaba, pero por dentro todo era negrura.

Matty vino y se sentó a mi lado, y después deambulamos por la ciudad durante doce horas, sin apenas cruzar palabra. Parecía entender que no existían palabras para hacerlo llevadero y no se molestó en intentarlo. Compartíamos la desgracia, y eso ya era algo. Me sentía agradecida por ello. Por estar con alguien que realmente lo había conocido.

Más tarde me senté en el suelo de nuestra habitación y saqué el sobre de papel del envoltorio plástico. Inspiré profundamente y contuve el aliento, como si estuviera preparándome para zambullirme en el agua. Contenía su teléfono, la cartera, una tarjeta del metro y la caja de un anillo. La abrí inmediatamente. No era el que le había devuelto, sino el otro, el primero en el que nos fijamos. Aquel por el que discutimos, el que era demasiado caro. Tobias había vuelto a la tienda y lo había comprado.

La idea que seguía pareciéndome demasiado peligrosa, como si

pudiera quemarme viva si le daba ocasión, era ¿qué estaba haciendo él en la esquina de casa? «Apareció de repente», había dicho el conductor.

Corría hacia mí. Y ahora sabía que cruzó la calle con el anillo en el bolsillo. Solo podía significar una cosa: volvía conmigo. El tiempo que nos habíamos dado se había terminado cuando decidió que quería estar conmigo.

Sentí el corazón en un puño. Pensé que seguramente moriría como él. En ese momento lo deseaba porque la alternativa era demasiado cruel. Saber a ciencia cierta que él volvía para arreglar las cosas. Que había estado ahorrando, seguramente durante nuestra separación, y comprado aquel anillo, el primero que vimos, para hacerme una nueva promesa, una más sólida. Y yo no sabía cómo iba a vivir con eso.

El anillo era precioso, tal y como lo recordaba. Lo saqué de la almohadilla de terciopelo negro en la que reposaba y me lo puse. Me quedaba perfecto. Deslumbrante, reflejaba la luz de la tarde en cascada por todas partes, en el parqué, en las paredes blancas.

—Es precioso —dije en voz alta.

No me explico por qué, pero en ese momento pensé en el otro anillo y lo que habría sido de él. ¿Se lo había devuelto a Ingrid para cambiarlo? ¿Lo había empeñado? ¿Seguía entre sus cosas? Matty todavía no se había ocupado de ellas. Habíamos dicho que lo haríamos juntos, pero no sabía cuándo estaríamos preparados, uno de los dos al menos, o si llegaríamos a estarlo alguna vez. ¿Doblar los pantalones?, ¿descolgar las camisas?, ¿repasar las fotos? Impensable.

Llevé el anillo todo el día, y después lo devolví a su cajita y la escondí debajo de la cama, donde solía tener su fotografía.

24.00

Tobias se para. Ninguno de los dos ha dicho nada desde hace un minuto, pero aquí está.

—Bueno —dice.

Todavía no hemos llegado a casa, pero hay una cosa que tengo que preguntarle. Es la pregunta que llevo toda la noche queriendo hacerle, desde que empezó la cena, hace casi cuatro horas. Es la única que me queda. Lo sé, por supuesto, ¿o no? Sin embargo, necesito que me lo diga.

—¿Por qué estabas allí ese día?

Él suspira y asiente, como si ya supiera que iba a preguntárselo.

—Iba a volver a proponerte matrimonio —me dice—. Pon una fecha. Llama a nuestros padres. Ten una gran boda. —Sonríe y deja escapar una risita—. Quería el anillo adecuado.

Pienso en la pelea que tuvimos ese día en la tienda. Su orgullo herido.

—Es un anillo muy bonito —le digo.

La luna le ilumina la cara y vuelvo a ver a ese chico de diecinueve años en la playa de Santa Mónica. Guapo y terco con todo.

—Pero no era el adecuado. Seguía equivocado. El que elegimos juntos, ese era el nuestro.

—Sí.

—Has sido el gran amor de mi vida —añade—. Así fue, pero no quiero ser el tuyo. —No está triste, ni siquiera un poco—. No quiero serlo.

—Tobias —le digo. Los ojos me escuecen otra vez.

—No para siempre, ¿vale?

Asiento en silencio.

—Vale.

—Toma. Quiero que tengas esto. —Me da el reloj de bolsillo, el que había sido de mi padre, el que le regalé.

—Fue un regalo —le digo.

—Sigue siéndolo —aclara—. Como ha dicho Robert, no puedo llevármelo.

Me abraza y apoyo la cabeza en su cuello, pero luego abro los ojos porque no quiero dejar de verlo ni un momento.

—No te lo dije —añade—. Ahora me acuerdo.

Lo miro.

—¿Qué?

Calla. Como si se estuviera aprendiendo mi cara, desliza la mirada sobre mí. Como si fuera una perezosa tarde de domingo. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Llevabas una camiseta roja de tirantes y unos vaqueros cortos, el pelo suelto, y no dejabas de señalar con los brazos. Pensé que ibas a derribar a alguien.

Pienso en los dos, de pie en la arena, sin tener ni idea de lo entrelazadas que estaban ya nuestras vidas y de lo entrelazadas que llegarían a estar.

—Así te recuerdo —me dice. Se despide con un ligero gesto y se va.

Eso es todo. No desaparece, sino que se va. Me lo imagino en la tienda de la esquina, comprando cigarrillos y una botella de gaseosa a granel.

Camino el resto del camino hasta casa sola. Saco las llaves del fondo del bolso con un trozo de goma seca y un brillo de labios. Subo la escalera hasta mi apartamento. No se ve nada y enciendo la luz. Queda tarta de cumpleaños en la encimera y dejo el bolso al lado de los restos de glaseado y las migas de chocolate. Entro en el dormitorio.

Saco la caja de zapatos de debajo de la cama y miro el contenido.

Fotos de Tobias y mías, las llaves de nuestro antiguo apartamento, entradas de Broadway, resguardos de películas, el pósit arrugado, el anillo, hasta que encuentro lo que busco. Es una carta de Alex Nielson dirigida a mí, con fecha de 2006. La abro y la leo.

> Querida Sabrina:
>
> Me resulta extraño estar escribiéndote, aunque supongo que para ti será extraño leer esto. Me llamo Alex y soy tu hermana. Compartimos padre, Robert Nielson. Me dio tu nombre y te busqué. Es genial que estés en la USC. Me encantaría ir algún día, aunque no estoy segura de conseguirlo. Aún estoy en octavo, pero no tengo muy buenas notas. Aunque me encanta escribir.
>
> Soy la mayor de dos hermanas. La menor se llama Daisy. No nos llevamos demasiado bien. Por eso a veces me pregunto si tú y yo nos llevaríamos bien y otras me convenzo de que tengo que conocerte. Por eso te escribo, supongo.
>
> Papá habla de ti. No mucho, pero sí a veces. Cuando le pregunto por ti me responde. Me contó que no te había visto desde que eras pequeña. Dijo que no quiere inmiscuirse en la vida que llevas ahora y lo entiendo, pero a veces desearía que lo hiciera. Es un buen padre. Me da pena que no lo sepas.
>
> Me contó una historia sobre ti el otro día. Daisy protestaba por su nombre. No le gusta. Lo encuentra demasiado femenino. Ahora va de gótica, de roquera total. Preguntó por qué le habían puesto ese nombre y mi madre (que se llama Jeanette) le dijo que porque las margaritas eran lo primero que vio en la habitación del hospital cuando la tuvo. Daisy lo encuentra una tontería. Bueno, pues después de cenar le pregunté por ti. Quería saber por qué te llamaron Sabrina. ¿Te parece raro? Ni siquiera te conozco. Solo te he visto en fotos de cuando eras muy pequeña.
>
> Me dijo que le encantaba Audrey Hepburn, que era su actriz preferida. En su primera cita con tu madre la llevó a ver *Sabrina*, en blanco y negro, y comieron palomitas de

maíz y caramelos de café con leche. Todo salió de él, por cierto. Me contó los detalles. *Sabrina* era la película de Audrey que *más* le gustaba. Pensaba que era importante que la protagonista no fuera una violeta que se marchita sin que se buscara la vida y se volviera más fuerte. Me dijo que cuando te conoció pensó que serías esa clase de mujer.

Apuesto a que tenía razón.

Con cariño,

ALEX

P. D.: Si alguna vez quieres que nos veamos, házmelo saber. Papá ha prometido llevarme a una exposición en Santa Mónica la semana que viene. Está en la playa. A lo mejor podríamos vernos allí.

Las historias pueden desarrollarse de muchas formas, y ahora veo que esta empieza a tomar forma. Hay algo diferente en el espacio donde solía haber una sola cosa. Pongo el reloj y el recibo en la caja, prueba de la noche, de la década, de lo que fue una vez y ya no es, pero cuando voy a cerrarla, la tapa no encaja. Hay algo pegado a un lado.

Meto los dedos hasta que encuentro el objeto extraño. Lo saco. Tengo en las manos la fotografía, no la que hizo Tobias, la que perdí, sino la que estuvimos mirando en la playa el primer día. La del niño y el águila. Es una copia no más grande que una postal.

Nunca la he comprado, estoy segura, pero aquí está, en la caja de los recuerdos.

El niño está de pie con las alas extendidas detrás de él y los ojos cerrados, tal como ese día, hace diez años, para alzar el vuelo. Saco un bolígrafo. Le doy la vuelta a la foto. Pienso en lo que vendrá, en cuánto habrá que decir. Veinticuatro años. Cumpleaños. Cambios de domicilio. Empleos y vida. «Empieza —pienso—. Empieza, empieza, empieza».

«Querida Alex», escribo. Y, por primera vez en mucho tiempo, sé exactamente lo que quiero decir.

AGRADECIMIENTOS

A James Melia, mi brillante editor, que me ofreció un lugar para aterrizar suavemente cuando realmente lo necesitaba e hizo tan maravilloso el proceso de creación de este libro. Gracias por amar a estos personajes tanto como yo.

A Erin Malone, mi increíble agente literaria, por ser la editora más dura y la mejor campeona. No pensaba que alguna vez te encontraría. Gracias a Dios lo hice. Además, nunca te desharás de mí.

A Dan Farah, mi milagroso representante. Haces todo lo que hago más grande y mejor. Este camino es brutal y hermoso. Gracias por estar conmigo. Te quiero.

A todo el equipo de Flatiron Books, especialmente a Bob Miller, Amy Einhorn y Marlena Bittner, por ser los más cariñosos, cálidos, dinámicos y los más emocionados con Sabrina. Moláis.

A David Stone, mi agente de televisión, por su firme convicción y sus habilidades de Jedi. Gracias por ser nuestro adulto.

A Laura Bonner, Caitlin Mahoney y Matilda Forbes Watson, por asegurar que este libro viaje a lo largo y ancho del mundo.

A Leila Sales, Lexa Hillyer, Jessica Rothenberg y Lauren Oliver, por su aliento inagotable, su amor y las conversaciones acerca de la vida. ¿Qué sería yo sin esta comunidad que hemos creado?

Ajen Smith, por ser el mejor *sherpa* adulto de la ciudad. Te adoro.

A Melissa Seligmann, por dejarme jugar con nuestro pasado y por empujarme a honrar nuestro presente.

A Hannah Gordon, amiga para siempre y mi primera lectora. Sigo estando jodida sin ti.

A Raquel Johnson, por atender todas las llamadas telefónicas y amarme tan ciegamente. Cariño, somos muy afortunadas.

A Chris Fife y Bill Brown, que me vieron pasar uno de los años más duros de mi vida con extraordinaria compasión. Sois mis ángeles.

Para el elenco de *Famous in Love*, que me hizo mamá por primera vez, ni en mis más locos sueños pensé que tendría tanta suerte.

A mis padres, que siguen siendo mi norte. Menos mal que he estado soltera mucho tiempo, de lo contrario no tendría nada sobre lo que escribir. Habéis hecho muy bien vuestro trabajo.

Por último, a cualquier mujer que alguna vez se haya sentido traicionada por el destino o el amor. No te rindas. Aquí no acaba la historia.



REBECCA SERLE: Escritora americana, Rebecca Serle estudió en la Universidad del Sur de California, obteniendo un máster en Bellas Artes en la New School de Nueva York. Reside a caballo entre Nueva York y Los Ángeles, donde ha ambientado gran parte de sus novelas dedicadas a un público de jóvenes adultos.

Serle ha trabajado en la adaptación televisiva de sus libros para Freeform y Warner Brothers Television. Desde hace años se dedica exclusivamente a la labor de escribir.

De la producción literaria de Serle se han traducido al castellano obras como *Una cena perfecta* (2014), *Tocando las estrellas* (2019) y *La vida que no esperas* (2021).

Notas

[1] La expresión «three score miles and ten» se refiere a una esperanza de vida de setenta años. Aquí, asociada a miles, a una distancia de setenta millas. *(N. de la T.)* <<

[2] La Universidad de California en Los Ángeles y la Universidad del Sur de California son tradicionalmente rivales. El equipo de fútbol americano de la primera son los Bruins (osos pardos), y el de la segunda, los Trojans (troyanos). *(N. de la T.)* <<

[3] *El amor está en el aire* es el título de una canción de John Paul Young. *(N. de la T.)* <<

[4] Canal de televisión por cable y vía satélite de la NBC Universal Cable Entertainment Group. *(N. de la T.)* <<

[5] Se refiere a los cuatro premios: Emmy, Grammy, Oscar y Tony. *(N. de la T)* <<

[6] Los mormones siguen un código dietético que prohíbe el consumo de alcohol, tabaco, café y té. *(N. de la T.)* <<

[7] María I de Inglaterra ejecutó a muchos protestantes intentando sin éxito revertir los cambios eclesiásticos de su padre, Enrique VIII, y su hermano, Eduardo VI. *(N. de la T.)* <<